

Selección RNR

*La buena,
la mala y yo*

Fabiola Arellano



Romance Actual

La buena, la mala y yo
Solo chicas 3

Fabiola Arellano



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso en esta novela que está escrita por una autora latina, más precisamente de México, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y, ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

PRÓLOGO

*H*ola a todos, yo... Mi nombre es Bárbara Potter y... estoy aquí porque quiero salir del pozo y, según dicta lo estipulado por la buena sociedad establecida, mi comportamiento y excesos son inapropiados e inaceptables.

CAPITULO I

—¡*P*erfecto! —exclamó Bárbara cuando un auto, al pasar a toda velocidad sobre un charco de agua estancada, la empapó, y justo cuando estaba a una manzana de llegar a la entrada de la estación del metro—. Ahora solo falta que me orine un perro —masculló al tiempo que se sacudía.

«Este ha sido uno de los peores días de mí vida. En definitiva, me he levantado con el pie izquierdo». Tenía que tomar una rápida ducha y cambiarse de ropa otra vez. No pensaba subirse al transporte urbano y presentarse en su trabajo remojada como pollo y oliendo a caño.

Sacó el espejo de mano que guardaba en el bolso y gimió al ver arruinado su maquillaje. El rímel, el delineador de ojos y la sombra oscura se habían corrido, por lo que su rostro quedó con la apariencia de un mapache. Las pecas resurgieron al no tener la fina capa de polvos que las cubría, y su cabello rojo como las cerezas escurría de aguas sucias.

«Una tiene que cuidar su imagen», se dijo mientras su mirada esmeralda evaluaba los daños. Convencida de que esa era una excusa válida para justificar el hecho de que, una vez más, llegaría tarde al trabajo por causa de un *absurdo accidente*, comenzó a caminar rumbo a su apartamento para ducharse y cambiarse de ropa. Sabía que su jefa estaría furiosa. Eloisse Chapman no pertenecía al grupo de las que se dejaban conmovir, al contrario, era un hueso duro de roer, por eso, la apodaban *la Sargento*.

—¡Maldición! —gritó horrorizada al ver sus carísimos zapatos Prada echados a perder por la humedad. Detuvo sus pasos, se quitó uno y lo observó a detalle, esperanzada de una posible recuperación; al borde del llanto, comprendió que el desastre era irremediable.

Estaba por decir: «¿Qué más podría pasarme hoy?». Pero su lado supersticioso silenció a tiempo el cuestionamiento, sabía que tentar a la suerte

era peligroso.

En una ocasión, una gitana que le había leído la mano le comentó que nunca se debía cuestionar a la vida con frases como: «¿Por qué a mí?, ¿qué más podría pasarme?, ¿qué podría hacer?», o algo así por el estilo.

Aún recordaba las palabras de la adivina: «La vida nunca desprecia un reto lanzado y siempre se encarga de sorprenderte y demostrar que sí se puede mejorar o, sobre todo, empeorar».

Soltó un bufido nada propio de una chica y, malhumorada, emprendió camino de regreso a su apartamento. Sacó el móvil para avisar de su retraso.

—Hola, Lucy, ¿me podrías comunicar con Eloisse? Por favor.

—*No me digas, ¿otra vez llegarás tarde?*

—No vas a creer lo que me pasó... —Le relató lo sucedido.

—*Pues te deseo suerte con la Sargento. Ayer la dejó definitivamente su marido y está de un humor... ¡La cosa está que arde!*

—¿En verdad? Solo a mí me pasan esta clase de cosas.

—*Te comunico. Suerte con el ogro.*

—Gracias, *honey*, la necesitaré.

La música de Beethoven se escuchó en la línea; instantes después, la nefasta voz de su jefa resonó con fuerza:

—*Déjame adivinar, ¿tarde otra vez, Potter?*

—Eloisse, juro que no es mi culpa. Unos tipos en un auto pasaron a gran velocidad y me empararon con agua estancada, entonces...

—*¿Sabes qué, Potter? Ahórrate las excusas, ¡estás despedida!*

—¿Qué?

—*Lo que oíste. No quiero ver tu pelirroja presencia por aquí.* —Sin más, colgó.

Incrédula, Bárbara observó el aparato. ¿Había escuchado bien?

—¡Esa maldita bruja acababa de despedirme! —Llena de rabia y frustración, soltó un grito agudo, más parecido a un aullido que a cualquier otra cosa.

En ese momento, su móvil comenzó a sonar. Se burló de sí misma al tener la absurda esperanza de que fuera Eloisse para retractarse, pero era Ian quien la llamaba.

—*Hola, preciosa, ¿estás libre esta noche?*

—Claro, la Sargento acaba de echarme.

—*¿En verdad?*

—Sí. Esa mujer es un ogro. Es más, es la personificación de la amargura. Aunque... Pensándolo bien, creo que fue lo mejor, si ella no me corre, quizá seguiría allí sufriendo una eternidad bajo su yugo solo por no salir de mi zona de confort y buscar otra opción.

—*¿Te parece si paso a buscarte ahora? No sé, quizá podríamos ir al cine y, después, mi habitación de hotel nos espera...*

—Mmm —gimió—. Eres un sonsacador, Ian. Peor aún, eres como la serpiente del Edén que solo existe para tentar a esta Eva. —Él rio. Un sonido muy masculino que a ella le encantaba—. Tendrás que darme al menos una hora, guapo. No vas a creer lo que me pasó...

Charlaron unos minutos más y, sin ser consciente de ello, Bárbara se encontraba ya en la puerta de acceso al edificio de apartamentos donde vivía cuando Ian colgó la llamada.

Descorazonada, abrió la puerta de su hogar decidida a tragarse los problemas. Desde que habían regresado de la boda de Dante, Cinthya no era la misma, estaba sumida en la más absoluta depresión. Lo que menos quería era agobiar a su amiga con sus asuntos, los cuales eran demasiado complicados.

Para empezar ese horrible día, por la mañana, Greg, uno de sus compañeros siguió molestándola y tuvo que ponerle un alto. Él le había jurado que se arrepentiría por menospreciarlo, pero ella no hizo caso de sus amenazas, ya tenía bastante experiencia con tipos como él como para preocuparse. La cereza del pastel la había puesto el desagradable profesor Jenkins al regañarla frente a todo el grupo y negarle el plazo que le había pedido para entregar el proyecto de fin de curso. Al parecer, la rutina de ridiculizarla se estaba volviendo una costumbre, y, por si fuera poco, al salir de la facultad, cuando se dirigía a su horrible trabajo, unos tipos la habían bañado con aguas sucias; gracias a ello le fue imposible llegar a tiempo, por lo que la Sargento la había echado sin contemplación alguna.

Trató de ser optimista, si buscaba el lado amable de la situación, en ese momento que ya formaba parte de la lista oficial de desempleados, podría dedicar horas extras al bendito proyecto final.

Molesta, aventó su gran bolso, que utilizaba para guardar los libros. Este estaba pintado a mano y mostraba la cara de un gato gris con unos enormes ojos verdes.

—*I'm home, sweetheart.* —Buscó a su amiga con la mirada; no le

sorprendió encontrarla tumbada en el sillón, con el ceño fruncido y cambiando de un canal a otro sin poner real atención a la programación del televisor.

La vez anterior, en la que Laura, la madre de Cinthya, la había exiliado después de aquella terrible Navidad, no era nada comparado con lo sucedido tan solo una semana atrás. A raíz de ello, la fotógrafa estaba aniquilada y echa una piltrafa humana. Alex y ella habían discutido y parecía que la ruptura era definitiva.

Bárbara no sabía qué más hacer para ayudarla a salir de aquel estado autocompasión y quebranto. Consternada, se dirigió al cuarto de baño, le urgía quitarse el olor a drenaje. Minutos después, limpia y más relajada, fue a la cocina a preparar té. Esa era una de las costumbres arraigadas de su ascendencia irlandesa, de la cual no podía desprenderse.

—Toma, *honey*, esto te servirá. —Colocó una taza con una infusión de manzanilla, en las manos de su amiga.

—No tengo apetito —rechazó Cinthya desganada.

—Lo sé, por favor, *darling*, tienes que levantarte. Esta no eres tú. ¿Dónde está la guerrera peleonera que siempre has sido?

Le partía el alma verla así. La forma en la que habían salido de la hacienda Las tres ánimas fue humillante y vergonzosa; Laura los había echado como si fueran unos vulgares ladrones, dejando, una vez más, a su amiga sumida en la tristeza. La sentencia de *su majestad Laura I*, como así la llamaban, fue contundente: destierro absoluto.

—Al parecer, se quedó en México, junto con su corazón roto —murmuró Cinthya mientras daba un sorbo.

—Si tanto lo amas, ¿por qué dejas que se case con otra? Tuviste la oportunidad de desenmascarar a esa hipócrita, ¿por qué no lo hiciste?

—Yo... estaba tan dolida que ni lo pensé.

—Esa mujer es el colmo. Te acusa de liarte con Alex, y lo de ella con Jake, ¿qué? *Honey*, ambas sabemos que ese par solo está siguiendo con los planes por complacer a terceros, pero entre ellos no hay amor, es más, podría apostar lo que quieras a que Karla vendrá por Jake.

—¿Estás loca?, claro que eso nunca sucederá. La Flauta jamás desafiará a sus padres, y menos por un don Nadie.

—Di lo que quieras, *sweetheart*, pero por la forma en como Karla miró a Jake cuando nos fuimos, puedo asegurar que esa historia aún no termina.

Había tanto dolor y tristeza en sus ojos... Si la hubieras visto, te habrías convencido como yo de que está loca de amor por él.

—No lo creo y, aunque fuera el caso, insisto, Karla jamás enfrentará a sus padres. Créeme, Jake lleva todas las de perder.

—El pobre está igual que tú; parecen fantasmas, sombras merodeando la casa. En verdad, no sé qué voy a hacer con ustedes.

—Nada, dejarnos vivir nuestro duelo, el tiempo es el mejor aliado para asimilar las pérdidas, al menos eso dice Maricela. Y tú, disfruta de que, a pesar de toda esta tragedia, saliste beneficiada; Ian está a tu lado, así que no lo echas a perder, mírate en mi espejo...

—*Oh, honey!* Me siento tan culpable de estar bien con Ian, mientras que Jake y tú... —La sola mención de su cita logró evaporar, por arte de magia, los desagradables acontecimientos del día.

—Déjate de sentimentalismos y disfruta tu relación. Por Jake y por mí no te preocupes, ya se nos pasará; sobreviviremos, eso te lo juro.

En ese momento, llamaron a la puerta, Bárbara corrió a atender con el corazón agitado. Nunca, ningún chico había provocado en ella tanto revuelo.

—¡Hola, guapo! Pasa. —Se hizo a un lado para que él entrara.

Ian saludó a Cinthya con su típica sonrisa de niño malcriado y arrogante.

—¿Seguimos en cuarentena? —El joven intentó que la broma levantara un poco el ánimo de su amiga—. ¿Qué, no tienes un estudio que atender? ¿Alguien a quién molestar?

Cinthya frunció el ceño y le sacó la lengua como si fuera una niña enfurruñada.

—¿Y tú, qué? ¿No se supone que tenías que regresar a México? —contraatacó.

—Sí, pero eso será hasta el domingo, así que, mientras tanto, prefiero *aprovechar* mi estancia. —Miró a Bárbara con toda intención para dejar en claro cómo pensaba pasar el tiempo con ella.

—¡Ay, por favor! —se quejó Cinthya al percatarse del intercambio de miradas ardientes—. Tanta miel empalaga, así que largo, ¡váyanse con su fuego a otra parte!

—Disculpe usted, señorita Amargura —se mofó Ian siguiéndole el juego—. No sabía que le molestara tanto nuestra presencia.

—Sí, sí, todo eso. Ya váyanse o llegarán tarde a la película. Aunque, conociéndolos, sé que la pantalla será lo último que verán. Seguro que van a

estar demasiado ocupados toqueteándose y besándose como dos adolescentes dominados por las hormonas.

—¿Cómo has adivinado? —Sonrió Ian de forma pícaro.

—¡Largo! —gritó Cinthya disimulando una sonrisa.

Dentro de todo lo acontecido, le alegraba que al menos sus amigos disfrutaran de su mutua compañía.

Los siguientes días, al salir de la facultad, Bárbara se reunía con Ian, le parecía increíble tenerlo a su lado. Él era tan atento, educado, joven, atractivo, rico... y la lista de atributos y cualidades podía seguir hasta hacerse interminable; lo que a sus ojos lo hacía el candidato perfecto para ser su marido.

Pasar tiempo con él era una delicia: agradable conversación, salidas a restaurantes y centros nocturnos, regalos y mimos... ¿Qué más se podía pedir en un hombre?

El domingo, antes del mediodía, tuvo que ir a despedirlo a la terminal del aeropuerto; con un enorme esfuerzo pudo ahogar las ganas de pedirle que no se fuera. Rogar era un error que se había prometido no volver a cometer.

—Por favor, quita esa cara. Solo estará fuera una semana —recriminó Cinthya frunciendo el ceño.

—Lo sé, es... yo... —Bárbara tomó aire para calmarse—. Tú mejor que nadie sabes que las despedidas no son mi fuerte.

—No irás a enamorarte de él, ¿verdad?

—¡Claro que no! El enamorarse queda fuera de cualquier ecuación y lo sabes; eso solo conduce al desastre. Esto es solo una cuestión práctica. Ian es todo lo que yo busco en una pareja: es guapo, inteligente, culto, joven, rico... y, lo que es mejor: somos compatibles en gustos y pasatiempos. La fórmula perfecta para la estabilidad en una relación no incluye un cliché tan gastado como el amor.

—¿Es en serio? ¿Sigues con eso de que el amor duele y por eso hay que evitarlo como la peste?

—¡Exacto! Ese es el punto. Mira nada más cómo están Jake y tú.

—Bárbara, no te engañes, Ian no es lo que tú crees. Al menos, conócelo bien antes de idealizarlo. Él no es de los que se comprometen, está acostumbrado a que las mujeres le lluevan del cielo, por lo tanto...

—No vas a empezar otra vez con esa cantaleta de que es un mujeriego incorregible y de más, ¿o sí? —la interrumpió molesta.

—Está bien, ya no insistiré, pero después no vengas a lloriquear. Sabes tan bien como yo que Ian no es para ti, mereces algo mejor.

—Agradezco tu preocupación, pero no podrás convencerme. Mis padres se casaron por *amor* y no necesito decirte en qué terminó todo el asunto, ¿verdad?

—Su caso no es regla general. Existen matrimonios exitosos que pueden dar fe de que el amor sí se sostiene.

—Dirás lo que quieras, pero yo no pienso caer en esa trampa mortal. El día que me case, será con alguien afín y que no tenga interés de gobernar mi vida.

—Y estás convencida de que Ian es ese alguien, ¿no es así?

—Quizá.

—Siento tener que desilusionarte y bajarte de tu perfecto castillo en el aire, pero el día que Ian se case, si es que lo hace, será con una chica de su misma clase, una que su madre apruebe. Ya sabes, ¿no?, una copia exacta de doña Flauta.

—¿Por qué me dices todo esto? Sé que no hemos hablado de matrimonio ni hijos. ¡Por Dios! Yo ni siquiera sé si estoy lista para eso, pero él va a mudarse conmigo de forma permanente, ¿recuerdas? Creo que eso significa algo.

—Solo espero no tener que decir: «Te lo dije» —expresó Cinthya resignada. La cabezonería de la pelirroja no tenía precedentes, y ella sabía que era muy difícil hacerla cambiar de opinión.

CAPITULO II

*L*a semana siguiente pareció interminable para Bárbara; la joven pasó la mayor parte del tiempo trabajando en el proyecto que el profesor Jenkins le había pedido para recuperar puntos y no reprobar la materia.

Una tarde, la llamada de un cliente asiduo de Cinthya pareció ser la respuesta a todas sus plegarias respecto a su amiga, ya que ese tipo había conseguido sacar a la fotógrafa de su claustro para ponerla a trabajar.

Cinthya se había marchado a su estudio como lo había hecho los últimos días, y Bárbara aprovechó para visitar la biblioteca y documentarse sobre unos conceptos para el proyecto, mismos que aún no tenía del todo definidos. Sabía que, en ocasiones, se comportaba como mamá gallina, pero le era imposible no preocuparse por su amiga. Por suerte, estaba sobre los toques finales, ya no le faltaba mucho y quería que todo estuviera perfecto.

Se dijo que nada le daría más satisfacción que ver al arrogante profesor Jenkins tragarse sus palabras y reconocer el talento en estado puro que corría por las venas de Bárbara Potter.

La tarde transcurría sin contratiempos cuando su móvil sonó; al ver el nombre de Ian aparecer en la pantalla del aparato, no pudo evitar sentir ese algo en su estómago.

—Hola, guapo.

—*Chiquita, no vas a creer lo que tengo que contarte...* —Hizo una pausa deliberada, sabía que eso la molestaba, y a él, hacerla rabiar para después contener a besos esa furia pelirroja.

—Déjate de dramas y habla ya. Sabes que odio que me tengan en pausa —rezongó con voz chillona.

—*Karla se rebeló en contra de mis padres y se ha ido de la casa en busca del francés ese, el tal Jake.*

—*What? Are you kidding, right?*

—*No, es verdad, créeme. Mi madre está histérica y no deja de recriminarle a papá el haberla malcriado. Como si fuera cosa solo de él.*

—*No puedo creerlo, honey. Estoy en shock.*

—*Lo sé, a mí también me costó aceptarlo. Una cosa más, chiquita, en cuanto sepas algo de mi alocada hermana, avísame.*

—*Por supuesto, cuenta con ello.*

—*Gracias, chiquita. Cuento con ansias los días que faltan para verte y hacerte mía hasta que no podamos más.* —Un gemido lastimero salió de su garganta—. *Será mejor que cuelgue o terminaremos teniendo sexo por teléfono y, la verdad, lo prefiero en vivo y a todo color. Adiós, preciosa, cuídate.* —Colgó.

Sin perder tiempo y aún impactada por la noticia, Bárbara marcó el número de Cinthya.

—*Hola, amiga* —respondió a la primera.

—*¡Oh, honey, no vas a creer lo que voy a contarte! Acaba de hablarme Ian; al parecer, Karla se rebeló contra sus padres y se ha ido de su casa...*

—*Lo sé, Jake y yo estamos con ella en el hospital* —la interrumpió.

—*What? ¿Un hospital?* —Estaba impactada—. *¿Tiene la anorexia algo que ver?*

—*Por desgracia, sí.*

—*¿Cómo está?*

—*Tranquila, ya lograron estabilizarla, pero hay que hacer el papeleo para que la trasladen a una clínica de especialidad en trastornos alimenticios. Ahora estamos arreglando eso.*

—*Avisaré de inmediato a Ian, se quedó muy preocupado. En cuanto pueda me reuniré con ustedes, honey.* —Colgó.

Una hora más tarde, Karla y Jake se marchaban en la ambulancia. Bárbara llegó a tiempo para despedirlos, le pasó el móvil a la enferma para que pudiera hablar unos minutos con su hermano.

—*WTF!* El tráfico estaba imposible, por eso, tardé siglos en llegar, temía no encontrarlos —explicó a Cinthya, entonces se dio cuenta de que sus palabras habían sido inútiles, pues su amiga no le prestaba atención, estaba hundida en sus pensamientos viendo como la ambulancia se alejaba—. *¡Ey!, honey, ¿se puede saber qué demonios te pasa?* —la amonestó.

Cinthya relató a grandes rasgos lo que Karla le había revelado; la historia

dejó a Bárbara más que conmocionada.

—Tendrás que perdonarme, amiga, pero necesito estar sola. —Sin más, Cinthya se alejó, dejándola con la boca abierta y miles de preguntas sin pronunciar.

Bárbara se quedó en la puerta del hospital sin saber qué hacer. Quería correr al lado de su amiga, pero comprendía su necesidad de estar un tiempo a solas. Sabía que tenía que respetar su decisión y concederle espacio para reflexionar.

Estaba por abordar el taxi cuando su teléfono volvió a sonar.

—¿Jake?

—*Hola, bebé, Karla necesita hablar contigo.*

—¿Qué? ¿Conmigo?

—*Hola, Bárbara, no tengo mucho tiempo, así que iré directo al grano. Necesito que me escuches bien. En México, dejé todo arreglado para que Cinthya y Alex se casen, solo tienes que encargarte de que la novia llegue a tiempo.*

—Ok. ¿Qué quieres que haga? —Atenta, escuchó las instrucciones de Karla.

Después de ocuparse de varios pendientes, como hacer las maletas y recoger los boletos que Karla había comprado con antelación, llamó a su amiga y, juntas, se aventuraron en un nuevo viaje a la Ciudad de México.

Veinticuatro horas después de su arribo, Dante y Lizzy la llevaron de vuelta a la terminal y, para su consternación total, Ian ni siquiera se había tomado la molestia de ir a despedirla. Disimulando su decepción, forzó una sonrisa, agradeció las atenciones de sus amigos y subió al avión.

No pudo evitar recordar los acontecimientos transcurridos en las últimas horas. Primero: todo estaba listo y preparado para que Cinthya y Alex se casaran, pero nadie esperaba que la novia abandonara el templo y se diera a la fuga a bordo de una motocicleta. Segundo: el caos desatado tras la partida de Cinthya había sido magistral. Tercero, y lo que más le había afectado a ella: Ian había insistido en que pasaran la tarde haciendo el amor en la suite que tenía reservada, a lo cual ella se había negado por la sencilla razón de que no tenía cabeza para eso hasta que no apareciera su amiga. Él, lejos de comprender su preocupación, se había enfadado con ella y, sin más, la dejó en medio del atrio de la iglesia. Desde ese momento no supo más de él; no contestaba sus mensajes ni llamadas, lo cual la había puesto furiosa.

Entre más pensaba en la fuga de Cinthya y el comportamiento egoísta de Ian, más enfadada y decepcionada se sentía. Para colmo, un chico muy atractivo no le quitaba ojo de encima desde la fila lateral del avión; en un principio, eso le molestó y decidió ignorarlo.

Envenenada por la rabia que la carcomía al recordar el comportamiento de Ian, los viejos temores comenzaron a invadirla. Una vez más, las personas en las que confiaba la habían abandonado. Irónicamente, otra vez estaba sola.

Ese sentimiento tan conocido por ella la sacudió de pies a cabeza; de pronto, su cerebro fue atacado por pensamientos depresivos y pesimistas; su corazón comenzó a palpar a gran velocidad, el sudor mojó sus manos y estas comenzaron a temblar; una opresión en el pecho le impedía respirar con normalidad, la boca se le secó al instante y sintió atragantarse. Las náuseas y el mareo eran síntomas inequívocos, sabía que estaba a punto de tener una crisis de ansiedad si no se controlaba. Hacía mucho tiempo que no le pasaba y, siendo honesta consigo, le aterrorizaba volver a sufrir un episodio así.

El miedo a morir o padecer dolor y terminar otra vez en un hospital, poco a poco, fue apoderándose de ella. La respiración se volvió aún más dificultosa y un frío helador le recorrió el cuerpo; las manos comenzaron a temblarle de manera descontrolada. Necesitaba calmarse y recordar lo que su terapeuta le había dicho sobre qué hacer en caso de presentarse el ataque de ansiedad y no tener medicamentos a la mano.

Comenzó a tomar bocanadas de aire y a contar series de diez. Pálida como un muerto y sin pararse a pensar en las consecuencias, pidió a la azafata una copa vino. Tenía varios años sin recurrir al alcohol para calmarse, pero en ese preciso momento lo necesitaba casi como sus ejercicios para respirar.

—¡Ay, no! —expresó horrorizada y tapó su boca con la mano.

Al abrir los ojos, se encontró en una cama ajena, con un brazo y una pierna masculinos apresando su cuerpo semidesnudo.

«¡Maldición!». Se preguntó cómo había podido ser capaz de consentir algo así. ¡Si para estar con Ian había tenido que pasar por un proceso de aceptación!

Las náuseas pronto dieron paso a las arcadas. Corrió al cuarto de baño y vació su estómago. El asco y la repulsión que sentía hacia sí misma le carcomían las entrañas. Todo el pasado con su peste y mezquindad la atacó de golpe.

Se tomó el rostro con las manos y deseó poder regresar el tiempo, más sabía que eso era imposible. El daño estaba hecho; una vez más, se había traicionado a sí misma al permitir que el alcohol gobernara su destino.

Al regresar a la habitación, observó a su compañero de cama y no le sorprendió en absoluto su aspecto físico: cabello rubio, piel bronceada..., sin duda, una copia barata de aquel que prefería no mencionar.

Mientras recogía su ropa desperdigada por el lugar, sintió un ligero dolor de cabeza que se acrecentó al intentar recapitular. Recordó que estaba furiosa por lo sucedido con Cinthya e Ian, después pidió una copa de vino para calmarse; esta, pronto se transformó en otra y luego otra... Se vio a sí misma de pie, junto al joven del avión, en la barra de algún bar; unos cuantos bailes y... lo demás era confuso, retazos de imágenes sin sentido.

Comprendió que había debido tomar más de lo que creyó para llegar al extremo de no recordar con exactitud qué había pasado después que abandonaron el bar.

Se dio prisa por salir del lugar, lo que menos quería era enfrentarse al día después. Estaba avergonzada y asqueada de su comportamiento. Hacía años que no tenía un encuentro así con el alcohol, y el haber roto su récord perfecto la devastó.

Al llegar a casa, el apartamento le pareció más sombrío que nunca. Se respiraba demasiada soledad, y si algo odiaba ella, era estar a merced de tan cruel depredador. Ese era su talón de Aquiles. Al menos, durante el trayecto en el taxi, pudo distraerse mirando a la gente frenética en la bulliciosa urbe, pero al verse inmersa en la calma absoluta de su hogar, el miedo, acompañado de sus fobias y traumas, la obligó a salir.

Sin perder tiempo, dejó el bolso de viaje sobre el sofá y se precipitó escaleras abajo; una vez fuera y al percibir personas a su alrededor, se sintió reconfortada. Se encaminó a su cafetería favorita y optó por una taza de té relajante, muy caliente; en ese momento, no se sentía capaz de soportar un café cargado; sus nervios aún estaban un tanto resentidos y la cafeína conseguía alterarla. Sentada en la terraza, se dedicó a observar el vaivén de la ciudad.

El desplante de Ian la perturbaba más de lo que quería reconocer. Después de la terapia y rehabilitación, con él había tenido la primera relación sexual de forma consciente y totalmente sobria. Permitir una verdadera intimidad no fue fácil para ella.

Cuando conoció a Ian en casa de los De Anda, el chico ojos de gato la impresionó. Era atento, educado, atractivo, divertido y, sobre todo, caballeroso. En ese mismo instante, decidió que él era el candidato perfecto para probarse a sí misma que estaba lista para una relación formal, con un novio normal. Claro que, sin implicar el corazón, ese lo había perdido mucho tiempo atrás.

¿Entonces? ¿Por qué le afectaba tanto su rechazo? No lo amaba, de eso estaba segura, conocía de primera mano las consecuencias de enamorarse y no estaba dispuesta a pasar otra vez por semejante calvario.

Por primera vez desde que lo conoció, contempló la posibilidad de que quizá Ian no era tan buen candidato después de todo. Sin poder evitarlo, pensó en su padre; él había pasado meses engañando a su madre y no parecía sentir remordimientos en absoluto por el daño causado, al contrario, disfrutó restregándole en la cara su felicidad al lado de una mujer más joven y el nacimiento de su hijo varón.

Eso destruyó a Annie, la madre de Bárbara, al grado de que había caído en una fuerte depresión y, por ende, fue presa fácil de los antidepresivos y el alcohol. Ese era el mejor ejemplo de lo que el amor podía hacerle a una persona. No, ella no podía volver atrás. Mientras pudiera evitarlo, jamás sería tan autodestructiva como su progenitora.

Annie no era ni la sombra de lo que había sido. Aun estando en casa, era como si no estuviera presente. Consumida por el dolor y la amargura, abandonó a su única hija al cuidado de la *amable* señora Rylee, quien apenas si le prestaba atención a la niña asmática y sobreprotegida que, de tener la familia perfecta, de la noche a la mañana, se vio sola y vulnerable.

No era de extrañar que la adolescente problemática se descontrolara de más. Acostumbrada a ser el centro de atención, fue muy difícil para ella el presenciar cómo su padre cambiaba sus afectos para el nuevo bebé. Lyle Potter, por fin, tenía el varón que tanto había ansiado, y ella quedó relegada en el olvido.

No tenía nada en contra de su hermano, Liam no era culpable del proceder de su progenitor, pero no podía evitar sentir que él la había despojado de todo

cuanto tenía.

Evitó pensar en esa época tan difícil; hacía más de cinco años de la última crisis y lo que menos deseaba era regresar con los *bata blanca* y terminar echada en un diván mientras un completo extraño trataba de diseccionar su vida.

—Eres una sobreviviente, una mujer adulta, Bárbara, compórtate como tal —se dijo para infundirse valor y recordarse que, gracias a su fuerza de voluntad, había pasado los últimos años sin ocupar medicación ni largas sesiones de terapia.

No podía permitir que un junior acostumbrado a hacer lo que le venía en gana resquebrajara con un berrinche lo que tantos años le llevó construir. Reflexionó que, si Ian no era la persona adecuada, ni hablar, ya llegaría el indicado, y, si este nunca aparecía, no se detendría por eso. Decidida a superar los obstáculos y salir adelante, regresó a la soledad de su apartamento.

Los cuatro días siguientes los pasó inmersa en la conclusión de su proyecto. Tener una meta y una tarea que realizar era la mejor manera de mantenerse a salvo. Estaba segura de que el viernes dejaría al odioso profesor Jenkins con la mandíbula hasta el suelo de la impresión que se llevaría.

Una tarde, cuando estaba por salir rumbo a la biblioteca, el teléfono del apartamento comenzó a sonar.

—*¿Se puede saber por qué demonios no contestas el maldito teléfono?* —la cuestionó Cinthya enfadada—. *Te he llamado varias veces y nada. ¿Sí sabes para qué sirve ese aparatito que llamamos celular?*

—Lo siento. He estado muy ocupada con el proyecto que tengo que presentarle al profesor Jenkins, incluso estaba por salir a la biblioteca y, en cuanto al móvil... —Optó por ser sincera—. Como no quiero hablar con Ian, la verdad es que se me ha pasado ponerlo a cargar.

—*¿Ya tuvieron su primera disputa de enamorados? ¿Qué te hizo?*

—Nada, es solo un berrinche sin importancia.

—*Eso espero, no me gustaría verte sufrir por alguien como él.*

—Gracias por preocuparte, *honey*, te recuerdo que puedo cuidarme sola.

—*Aun así, no está de más recordarte que Ian no es de los que se comprometen.*

—Lo sé, pero no hablaste para reprenderme, ¿o sí?

—*No, tienes razón, en realidad, es para contarte que Alex y yo por fin*

estamos juntos.

—Eso es excelente, *sweetheart*. ¿Cuándo es la boda?

—¿Boda? ¿Cuál boda?

—¿Cómo que cuál? La tuya, tontita.

—*No, por ahora, no habrá tal. Hemos decidido vivir juntos y dejar que el tiempo decida.*

—¿Sigues con ese absurdo temor al compromiso?

—¡*No, claro que no!*

—¿Entonces? ¿Por qué no te casas? Hasta donde sé, Alex está más que dispuesto.

—*¿Por qué todo el mundo cree que toda relación de pareja debe terminar forzosamente en matrimonio? Eso es absurdo, ridículo* —protestó.

—Está bien, no te enfades conmigo. ¿Entonces? ¿Solo resta decir enhorabuena y desearte la mayor felicidad? —Hizo una pausa para tomar una bocanada de aire al comprender el motivo de la llamada—. Supongo que esto es un adiós.

—*No necesariamente. Alex y yo hemos decidido quedarnos aquí, en Las tres ánimas, pero pasaremos por el departamento a recoger mis cosas.*

—¿Quieres que te organice la mudanza?

—*¿Harías eso por mí?*

—Tú sabes que mataría por ti, amiga.

—*Gracias, Bárbara, si no es mucha molestia empaquetar...*

—No, cuenta con ello; yo me encargo de tener todo en cajas. ¿Cuándo piensan venir?

—*Aun no lo sé, Alex tiene varios asuntos que finiquitar aquí en el rancho, antes de poder tomarse unos días libres.*

—Qué bien por ti, amiga. Me alegra tanto que por fin encuentres la felicidad que tanto mereces.

—*Gracias.* —Tomó aire, contrariada. Bárbara sospechó que lo que aquejaba a su amiga era que le resultaba difícil dejarla sola; Cinthya, en ocasiones, era demasiado sobreprotectora—. *¿Estarás bien?*

—Por supuesto, recuerda que soy una sobreviviente.

—*Sabes que te quiero, ¿verdad?*

—*Oh, my God!* Ahora sí que lograste asustarme, ¿tú siendo cariñosa? Qué alguien me explique qué sucede... —Intentó bromear para ocultar el dolor que sentía. Adoraba a Cinthya y, después de poco más de cuatro años de vivir

juntas, la consideraba como una hermana.

—*Tengo que dejarte. Alex quiere que vayamos al pueblo a cenar y...*

—No tienes por qué darme explicaciones. Entiendo. Dale mis saludos y, una vez más, enhorabuena.

—*Te quiero, flaca.*

—Y yo a ti, *honey*.

Después de colgar, corrió a la biblioteca, no quería ahondar en el vacío que sintió al comprender que, ahora sí, se había quedado sola.

A la mañana siguiente, se preparó un té, lo puso en el termo y salió de prisa para no llegar tarde a clases.

CAPITULO III

—Señorita Potter, ¿sería tan amable de exponernos su tan esperado proyecto? —La ironía era más que evidente en la voz del profesor.

—Por supuesto. —Se puso de pie; con el mentón en alto y con paso decidido, se colocó al frente de la clase y comenzó a explicar su teoría de el por qué la novela romántica había sido menospreciada y devaluada por los hombres a lo largo de la historia. Así como la sugerencia de que debería haber una materia especializada en ella.

Mientras avanzaba en sus argumentos, explicaba la importancia de documentarse:

—La novela romántica es fuente de conocimiento. Con ella, podemos aprender historia, arte, cocina, matemáticas, seducción, relaciones sociales... y, en el caso de los caballeros, es una excelente guía para saber cómo convertirse en auténticos Casanovas. En fin, en esos grandes tesoros, está plasmada la sabiduría de miles de mujeres a lo largo de la historia, secretos bien guardados solo para los que saben leer entre líneas y...

—Con eso es suficiente, señorita Potter. —La interrumpió el profesor mirándola de tal manera que Bárbara no supo cómo interpretarlo—. ¿En esto ha gastado su tiempo? ¿Es este el gran proyecto por el cual yo quedaría tan impresionado que no podría cerrar la boca? —ironizó—. Admito que me ha decepcionado. Esperaba más de usted. Puede irse, ah, y retire todo esto. —Señaló las novelas que ella había llevado como parte de su exposición.

Bárbara se quedó paralizada en medio del salón de clase, mientras los demás alumnos abandonaban el aula. Se preguntaba qué demonios había pasado. Estaba realmente desconcertada, no podía creer lo sucedido. ¿Cómo se atrevía ese hombre a tratarla así?

«¡Hombre tenías que ser!». La sorpresa comenzó a convertirse en rabia;

entonces su cuerpo salió de la parálisis que la incredulidad a lo acontecido le dejó. Hecha una fiera, caminó hacia el hombre y le clavó un dedo acusador en el pecho.

—Es usted un cerdo arrogante, ¿cómo se atreve a humillarme de esta manera? ¿Por qué yo?, ¿eh? —Por un segundo, la distrajo la dureza de sus pectorales—. ¿Qué hice para que te ensañes conmigo? —Era tanta su furia que ni siquiera se percató que había comenzado a tutearlo.

James Jenkins estaba realmente sorprendido; nunca esperó una reacción tan explosiva de la pelirroja. Presentía que ella tenía temperamento, pero nunca había sido testigo de hasta qué grado.

—Lo primero, señorita Potter, soy su profesor, por lo tanto, quien pone las calificaciones; que no se le olvide. Segundo, y más importante, no está en condiciones de discutir conmigo. ¿Le queda claro?

El hombre le mostró una sonrisa de medio lado que pretendía ser cínica, pero que a ella le resultó tan seductora que sus ojos fueron atraídos sin remedio alguno a esa pecaminosa boca. Perdió el aliento un instante mientras pensaba: «Oh, my God!».

Incrédula, observó la blanca dentadura y, ¡allí estaban!, eran los dientes caninos más afilados y perfectos que jamás hubiera visto. Ella padecía de una extraña fascinación por ese rasgo, le parecía de lo más sexy y solía ponerla a mil.

No era ninguna vampiresa ni fantaseaba con tipos chupa sangre vestidos de esmoquin; simplemente, se sentía atraída por una sonrisa de aspecto lobuno, salvaje... Y descubrir ese rasgo en James Jenkins fue toda una sorpresa que la dejó por un instante fuera de combate. Su cerebro era incapaz de reaccionar con coherencia, solo podía pensar en morder esos carnosos labios y constatar con su lengua el filo de esos tentadores dientes caninos.

De forma inconsciente, se pasó la lengua por los suyos como un felino saboreándose a la presa que está a punto de devorar. Lo vio tragar saliva, parecía nervioso, y eso le gustó. Sabía el efecto que tenía sobre los hombres, por eso, decidió seguir fastidiándolo.

—¿Y si no me ha quedado claro? ¿Qué? ¿Va a castigarme? —Se acercó hasta que sus cuerpos se rozaron. Él estaba de pie en el nivel bajo de donde se situaba su escritorio, por lo que sus rostros quedaban a la misma altura.

Se miraron a los ojos en una guerra de voluntades que ella estaba segura de que ganaría con facilidad; sin embargo, en un instante, el ambiente se tornó

denso, cargado de tanta electricidad que podría mantener encendida la ciudad entera por toda una semana, o quizá más.

Lo que no entraba en sus planes, y la descolocó por completo, fue que ¡él la afectara a ella! Estaba acostumbrada a dominar sus emociones y no implicarse. ¿Entonces? ¿Qué le estaba pasando?

De pronto, era consciente de la masculinidad de ese hombre; él manaba un impresionante magnetismo sexual que se introducía a través de sus poros y llegaba hasta la más pequeña de sus terminaciones nerviosas, haciéndola sentir femenina, pero, sobre todo, dominada por un verdadero macho alfa.

Por vez primera, prestó atención a los ojos que se escondían tras las horribles gafas de pasta. Eran verdes con motas doradas y contenían en sí una profundidad tan misteriosa e infinita como el cosmos. Sin poder evitarlo, los comparó con las hermosas supernovas que tanto le gustaba observar de niña.

Su manera de mirar era fuerte, imperiosa, como la de una fiera salvaje, segura de sus atributos y habilidades. Se preguntó cómo era posible que no se hubiese percatado antes de lo atractivo que era él.

«*What the hell...?*». ¿Cómo podía el simple movimiento de la manzana de Adán en su garganta provocar en ella terremotos catastróficos a lo largo de todo su cuerpo, teniendo como epicentro su templo de Venus, el cual comenzó a humedecerse de forma instantánea?

Ahora era ella quien estaba nerviosa. Nunca le había pasado algo así; sentía la piel sensible, erizada. Su corazón comenzó a latir tan aprisa que le recordó el repiquetear de un tambor. ¿Qué estaba sucediéndole? ¿Por qué James Jenkins la hacía sentir vulnerable y expuesta?

Asustada de lo que estaba sintiendo, aspiró profundo y solo consiguió que su esencia de hombre, acompañada de un aroma maderado con toques de sándalo, impregnara hasta la más mínima célula de su cuerpo.

—Yo... —dio un paso atrás y trastabilló. Él la tomó del brazo para evitar que cayera.

—¿James? —La profesora Nubia, una mujer de origen hindú y exótica belleza, entró en el salón justo en ese momento—. Oh, no sabía que estabas ocupado, regreso más tarde. —Después de brindarle una sugerente sonrisa, se alejó con su cadencioso mover de caderas.

—Yo... Yo ya me iba —atinó a responder Bárbara. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Sin perder tiempo, fue a recoger sus cosas para huir a la brevedad. Sentía los pezones endurecidos; el calor en medio de sus muslos

era escandaloso. Las mejillas le ardían y tenía los sentidos totalmente alterados.

Le avergonzaba admitir las ganas que tenía de traspasar las barreras maestro alumna. Se reprimió a sí misma y, una vez más, su lado bueno, representado por el angelito imaginario posado en su hombro derecho, recriminaba al diablillo instalado cómodamente en el lado contrario que la instaba a liberar a la chica rebelde que se mantenía encarcelada en las profundidades de su ser.

Se recordó que la última vez que le permitió salir, no había resultado nada bien. No, lo mejor era mantener amordazada y bajo cadenas a la Bárbara primitiva y salvaje que vivía bajo su misma piel.

Ya en el desolado corredor, se detuvo junto a la pared y se concentró en normalizar el ritmo de su respiración. La calma poco a poco volvió. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Algo en ella debía ir realmente mal.

James era incapaz de asimilar lo que había sucedido; nervioso, tragó saliva. Era verdad que la chica pelirroja le había parecido guapa desde que la conoció, pero eso no significaba nada. Todos los días veía chicas hermosas a su alrededor. ¿Entonces? ¿Qué había pasado entre ellos hacía solo un instante?

Confundido y aun afectado, prefirió dejarla marchar, pero al recordar la palidez del rostro de la joven, no pudo evitar preocuparse y la siguió fuera.

—¿Se encuentra bien? —preguntó inquieto. Al observarla comprendió que ella estaba tan desconcertada como él. No se atrevió a acercarse, aun sentía los estragos de la explosiva atracción que había surgido entre ellos.

—Sí, es solo que no he dormido bien y admito que me he malpasado saltándome algunas comidas. —Fue lo que se le ocurrió a la joven para justificarse.

James no pudo evitar sentirse culpable, debía reconocer que el proyecto de la chica no era del todo malo, pero le faltaba trabajarlo para conseguir algo realmente efectivo.

—Señorita Potter, tómese un respiro este fin de semana, y espero que la próxima vez, sí me traiga un proyecto de calidad.

Bárbara lo miró confusa. ¿Quién rayos era ese hombre? Era como si de pronto le hubieran quitado una venda de los ojos y pudiera verlo tal cual,

como un hermoso ejemplar de Adán. Todo en él le resultaba inquietante, hasta el simple timbre de su voz reverberaba en sus terminales nerviosas causándole escalofríos y una extraña sensación en la espina dorsal.

Le asustó el poder que tenía sobre ella y su cuerpo. Con gran esfuerzo controló el impulso de salir corriendo con gritos de frustración como si fuera una loca. Respiró hondo y entonces asimiló lo que él le había dicho: ¿Le estaba dando una segunda oportunidad?

—¿Qué? ¿Creí...? —La incredulidad la hizo tartamudear.

—No suelo hacer esto, así que espero que sepa aprovechar la concesión que hoy hago con usted. —Mientras se alejaba rumbo a su despacho dijo—: La veo el lunes en mi oficina para hablar más a detalle de cómo solucionaremos este asunto.

Temblorosa y un tanto aturdida, Bárbara lo vio alejarse de ella sin siquiera mirar atrás. Con pasos torpes, salió del edificio de la facultad preguntándose qué demonios había pasado allí dentro.

—¿Estás bien? —Rouse Elliot, su compañera y amiga, se acercó nada más verla aparecer en la puerta de salida—. ¿Cómo te fue con el ogro? Tardaste una eternidad, estaba a punto de ir por ti. Créeme, sentí la tentación de comprobar si todavía estabas viva —bromeó.

—Yo... no... —Bárbara aún no podía hilar palabra.

—Seguro y apareció la profesora Nubia. La vi dirigirse al salón cuando yo iba camino a la salida. Eso te salvo, ¿verdad? Aun no sé qué le ve, aunque, pensándolo bien, son tal para cual; igual de fríos, estirados y amargados. Aquí si aplica el dicho de «Dios los hace y ellos se juntan».

—¿Qué quieres decir?

—Bárbara, ¿en qué mundo vives, chica? Toda la facultad sabe que esos dos están prometidos.

—¿Qué? ¿Va a casarse? ¿Con ella? —Aún no se recuperaba de una impresión cuando ya tenía otra encima. Sabía que no era asunto suyo, que no debería importarle y, sin embargo, la noticia le cayó como bomba nuclear. La invadió una sensación parecida a cuando se enteró que su padre tenía otra familia.

«¿A ti qué más te da lo que él haga?», se recriminó enfadada. Lo que menos necesitaba era sentir celos por un hombre que apenas conocía y, menos aún, por uno que era prohibido. No debía olvidar que él era su profesor y ¡estaba prometido! Aferrada a ese pensamiento, decidió olvidarse de todo lo que él le

había provocado y buscarse una actividad en la cual concentrar su energía y disfrutar del fin de semana.

¿Disfrutar el fin de semana? «¿Con quién?, si ahora estas más sola que las dunas de un desierto». Sintió como la amargura hacía el intento de apoderarse de ella. Pensó en Emily, su última terapeuta y la única persona que podía entenderla. Reflexionó que era una pena que se hubiese marchado a vivir tan lejos. Por fortuna, todavía conservaba la tarjeta donde le había anotado su nuevo teléfono. Sí, en definitiva, necesitaba una buena conversación con ella.

—¡Hola, hermosas! ¿Qué harán mañana por la noche? —Joshua, uno de los chicos del equipo de futbol y pretendiente activo de Rouse, se acercó a ellas con una sonrisa destinada a conquistar los afectos de su amada.

—¿Por qué lo preguntas? —Rouse aún no se fiaba del todo. Sí era verdad que Joshua le gustaba, pero había algo en él que no terminaba por convencerla. Quizá la arrogancia propia de los chicos populares.

—Patrick dará una mega fiesta. *Pool party time*. ¿Qué dicen? ¿Se anotan a la diversión?

—Yo, no sé... —Rouse dudó.

—¡Vamos, amiga! —Bárbara no se lo pensó ni dos veces, cualquier cosa era preferible a estar sola en casa. Desde que Cinthya se había marchado, buscaba cualquier pretexto para estar acompañada.

—Está bien, iremos.

—¡Perfecto! Paso a recogerlas a las 3:00 pm. —Tomando a Rouse por sorpresa, Joshua la besó en los labios y luego se marchó.

—Vaya, creo que alguien quiere dejar en claro al mundo, que Rouse Elliot tiene dueño —comentó Bárbara con un dejo de burla. Por arte de magia recuperó su buen humor, por fin se sentía un poco más ella misma—. Ya deberías hacerle caso y dejarse del jueguito del gato y el ratón.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes? Joshua está buenísimo y está más que dispuesto.

—No todo es sexo, Bárbara...

—¿Ah, no? —bromeó.

—Por supuesto que no. Yo busco algo más en la relación de pareja.

—Los hombres son todos iguales; infieles, egoístas, inmaduros. ¿Por qué no puede una chica ser igual y disfrutar como ellos?

—Me sorprendes, Bárbara. Eres una contradicción viviente; un día pareces

muy enamorada de un chico, hasta el tuétano, ¿no fue eso lo que dijiste del tal Ian? Cito tus palabras: «Este sí es el bueno, estoy segura de que por fin encontré al hombre indicado». Y luego, resulta que siempre no. ¿Quién te entiende? Defiendes hasta con los dientes las novelas románticas, el romanticismo en sí, pero en la vida real no aplicas lo que lees. Eres cínica, desconfiada y no ves a los chicos como personas; solo objetos necesarios para complementar tu placer personal. Cambias de pareja como se puede cambiar de bragas, y eso no está bien. No es correcto. Al final, es algo destructivo.

—Rouse, los hombres que se describen en las novelas no existen, son creados para compensar lo que son en realidad y, no he tenido tantas parejas, citas sí, pero eso es otra cosa. —Pensó en Ian y la manera tan infantil en la que reaccionó ante su negativa.

—¿Desde cuándo cambiaste de parecer respecto a ese tipo? —La pregunta de Rouse sacó a Bárbara de sus cavilaciones—. Todavía la semana pasada decías que Ian era un chico como sacado de una novela...

—*Touché* —aceptó—. Digamos que cada persona habla de la feria según cómo le fue. ¿No crees?

—¿Por qué tienes tan mal concepto de ellos?

—¿Lo dice la chica que no se decide a salir con un futbolista solo porque es popular? —Su sarcasmo era más que evidente. No quería entrar en temas escabrosos.

—Eres imposible, Bárbara. Un día llegará uno que te bajará los humos y te hará cambiar de opinión.

—Lo dudo, pero mientras eso pasa, prefiero seguir disfrutando de mi juventud, *honey*. —Recurrió a la máscara de frivolidad con la cual se protegía del mundo.

—Si tú lo dices...

Al salir de clases, Bárbara se dirigió al Central Park, quería retrasar lo más posible el regreso a ese lugar al que ya no sentía deseos de llamar casa.

Durante quince minutos observó la tarjeta que tenía entre sus manos sin decidirse a llamar. Necesitaba hablar con alguien, así que sacó el móvil y comenzó a marcar.

—*Emily Jackson al habla.*

—Emily, soy Bárbara... —No pudo seguir hablando, pues un nudo se formó en su garganta.

—*¿Estás bien?*

—No... —vaciló—. No lo sé.

—*¿Quieres contarme qué te pasa?*

—Después de cinco años sin ningún episodio, yo... No sé lo que me sucede. —respiró hondo—. En días pasados estuve al borde de una crisis y... una copa llevó a otra, y... tuve una recaída —confesó avergonzada.

—*Entiendo. ¿Fue con alcohol o algo más?*

—Solo alcohol y... después vino lo inevitable.

—*Despertaste al lado de un chico rubio, de piel bronceada y agradable sonrisa.*

—Sí —admitió apenada.

—*¿Tienes idea de cuál sea el detonador para que la ansiedad regresara?*

—No estoy segura...

—*Pero intuyes qué pudo ser, ¿no es así?*

—Quizá...

—*Eso ya es algo. Cuéntame tu teoría.*

—A raíz del viaje que hicimos a México, mi vida cambió drásticamente.

—*¿Quiénes?*

—Cinthya, Jake y yo.

—*Continúa.*

—Veras, Jake se enamoró de Karla y se ha ido con ella a Florida, a una clínica de rehabilitación especializada en trastornos alimenticios; y Cinthya se reencontró con Alex, su amor de adolescente, y las chispas saltaron entre ellos, estaban a punto de casarse, pero ella huyó a refugiarse en la hacienda de su padre... —Respiró hondo, sabía que estaba dando largas al asunto—. El punto es que ambos se han ido, y yo... me he quedado sola.

—*Comprendo. Una vez más, alguien a quien amas y en quien confías se va y te abandona, ¿no es así como te sientes, Bárbara? ¿Abandonada? ¿Traicionada?*

—Yo... sé que están en su derecho de buscar la felicidad y que tengo que dejarlos ir, pero... ¡Dios! ¡Es tan difícil! Me cuesta asimilar que mi vida, una vez más, ha cambiado. Creo que es por eso por lo que mis nervios están un tanto alterados.

—*Entiendo. ¿Qué tan intensa ha sido la crisis?*

Bárbara le contó con lujo de detalles lo sucedido en el avión, con vergüenza aceptó que había vuelto a beber y que no supo cómo había terminado en la

casa de un completo desconocido.

—*Bárbara, sabes que el alcohol y el sexo no son la salida. Creí que habíamos superado esa dependencia que cierto individuo creó en ti.*

—Lo sé, y no sabes cómo me arrepiento. Después de la rehabilitación, he salido con muchos chicos, pero sin llegar a nada más que un beso, café, una película o quizá una cena. Hasta ahora había logrado mantenerme lejos del peligro. Aparte del desliz con el chico del avión, he practicado sexo, no voy a mentirte, pero lo permití de forma consiente, totalmente sobria y solo con mi pareja actual, Ian. Estamos en una relación formal y... quiero que así sigamos.

—*Eso me alegra. Cuéntame más sobre ese novio tuyo...*

Bárbara le relató cómo se habían conocido y el último incidente que los mantenía distanciados.

—*Ahora, con toda certeza, puedo decirte dos cosas. Primera: tienes que mantener la calma y controlar tus nervios. La ansiedad que sientes es normal y, en efecto, es consecuencia de la partida de tus amigos y el pleito con tu novio. Me alegra que estés consciente de ello y que lo estés asimilando. Segundo, y lo más importante: si comparamos el tipo de crisis que has tenido y cómo has reaccionado ante ello, puedo asegurar que has avanzado mucho. No necesito recordarte cómo fue en el pasado, ¿verdad?*

—No quiero ni pensarlo.

—*Te puedo recomendar con alguien, el doctor...*

—Por ahora me las he arreglado bien. —La interrumpió—. Te agradezco, pero no es necesario. No quiero medicarme a menos que sea realmente necesario. He puesto en práctica los consejos y las técnicas de respiración que me has enseñado para superar la crisis. Es solo que necesitaba hablar con alguien y...

—*Lo sé, es más fácil hacerlo con quien conoce bien toda tu historia.*

—Supongo que sí.

—*¿Cómo llevas lo de estar sola en tu apartamento? ¿Has sentido síndrome de la abstinencia?* —Aunque Bárbara no había presentado una dependencia al alcohol grave, Emily se sentía con la obligación de vigilar que no traspasara la línea del no retorno.

—No, por fortuna, mi cuerpo no me pide alcohol. En cuanto a mi fobia a la soledad, estoy trabajando en ello. Trato de mantenerme ocupada la mayor parte del tiempo.

—¿Tienes un empleo?

—No. Acaban de despedirme.

—Vaya, eso es un inconveniente. Te recomiendo que busques una actividad, sabes que me refiero a una terapia ocupacional.

—Lo sé y te prometo ponerme en ello cuanto antes.

—Bárbara, tienes que prometerme que, si tu ansiedad empeora, buscarás ayuda profesional.

—Lo prometo. No me arriesgaré a volver atrás, puedes estar tranquila.

Después de colgar, se sentía liberada. Hablar con Emily siempre era como una dosis de aire fresco en medio de una humareda. Con nuevos bríos, se encaminó a casa.

CAPITULO IV

Al llegar al apartamento, Bárbara se sorprendió de encontrar una maleta en el corredor, justo frente a su puerta. Miró a todos lados y no vio a nadie; entonces escuchó pasos acercándose y se asomó escaleras abajo. No le extrañó ver a Ian que, con una bebida enlatada en la mano, subía hacia ella.

—¿Qué haces aquí? No me digas. —Se colocó un dedo en el mentón como diciendo: «déjame pensar»—. ¿Ya se te pasó el berrinche? —lo enfrentó desafiante.

—Linda, sé que mi comportamiento dejó mucho que desear, pero en mi defensa he de alegar que tuve que salir de la ciudad de urgencia y...

—No me digas... ¿Te fuiste a un lugar tan remoto que solo existían las señales de humo como medio de comunicación y por eso no tenías modo de contactarme y explicarme lo ocurrido? —el sarcasmo era más que evidente—. A otro perro, con ese hueso, Ian, que no nació ayer.

—Sé que tienes motivos de sobra para estar molesta, pero te juro que estuve ocupado todo el fin de semana. Mis padres apenas si me dejaron un respiro.

—Eso no justifica... —Ni siquiera pudo terminar de hablar cuando Ian se lanzó a devorar sus labios con hambre feroz, dejándole en claro cuánto la había extrañado.

—¿Por qué estamos peleando cuando podemos aprovechar el tiempo en algo más agradable?

—Eres un demonio, Ian.

—Lo sé. Admítelo, preciosa, te encanta que te tiente a portarte mal.

—¿Para qué negar lo evidente? Pasa antes de que me arrepienta y te mande frustrado e insatisfecho de vuelta a tu país —bromeó. No podía mostrarse demasiado dura con él, a fin de cuentas, ella también había fallado.

—Sabes que eso no pasará. Me deseas tanto como yo a ti.

—Arrogante.

—Sí, pero te fascina que sea así. —La arrinconó contra la puerta y comenzó a besarla con desesperación—. No sabes cómo te eché de menos.

Sin decir más, la tomó por la cadera, la instó a rodearlo por la cintura con sus piernas y así, entrelazados, se dirigieron a la recámara para *aprovechar bien* el tiempo.

Mientras Ian recorría a besos su cuerpo, Bárbara no pudo evitar pensar en un par de impresionantes ojos verdes. La profundidad y el dominio con los cuales la había observado la hechizaban como una cobra a su presa. Se le estremeció la piel con tan solo recordar esa voz vibrante y masculina. Un tortuoso cosquilleo siguió atormentando cada átomo de su cuerpo. Confundida ante lo insólito de sus pensamientos, decidió parar el rumbo antes de que le echaran a perder el festín que tenía junto a ella.

—¡Basta!

No fue consciente de que habló en voz alta hasta que Ian la cuestionó:

—¿Qué? ¿Enserio quieres que pare? —Él estaba más que desconcertado con la actitud de ella y se incorporó enfadado.

—No. Perdón, estaba distraída pensando en el... proyecto. Hoy fue un día horrible —se justificó.

—Vaya, es la primera vez que dejas que algo interfiera con el placer. Me sorprendes.

—Olvídalo, *honey*, no pasa nada. Mejor continuemos donde nos quedamos.

—Trató de sonar convincente y dejó que, como siempre, él siguiera al mando de la situación.

El sexo con Ian era agradable, pero aún no lograba implicarse. Después de aquel al que prefería nunca más nombrar, no había tenido una conexión real, un verdadero orgasmo. Reconoció el hecho de que el tacto de él sobre su piel no le resultara incómodo ni insoportable, era una ventaja que no debía dejar pasar por alto.

«Estamos bien juntos», se dijo para recordarse, una vez más, que Ian era su pareja ideal, por eso, no permitió que unos intrigantes ojos verdes volvieran a tomar sus pensamientos. Necesitaba concentrarse en Ian, en ser para él la mujer perfecta, hacerse indispensable, satisfacerlo y volverlo loco al punto de que comenzara a suplicar que nunca lo abandonara.

—¡Dios! Eres única —expresó Ian sin aliento.

Al día siguiente, Ian la acompañó al *pool party*. Bárbara se sentía pletórica al ir del brazo de tan buen partido, sabía que era la envidia de todas las mujeres allí presentes.

—Así que tú eres el famoso Ian que ha traído un tanto distraída a mí amiga —atacó Rouse cuando Bárbara los presentó.

—Sí, ese soy yo —contestó con una sonrisa arrogante.

—Encantador. Ya veo por qué te encandilaste, pero recuerda, amiga, no todo lo que brilla es oro —le susurró Rouse al oído antes de perderse entre la multitud.

Bárbara e Ian se incorporaron al ambiente festivo; nadaron, bebieron, se besaron y se acariciaron como dos colegiales.

Al regresar al departamento, la pasión de él encendió la habitación y no se apagó por un buen tiempo, y así, el fin de semana pasó con gran velocidad.

—Odio los lunes —se quejó Bárbara el domingo por la noche; estaba en brazos de Ian, desnudos y en la cama después de ver una película.

Habían pasado la tarde piel con piel, solo se separaron cuando él fue a recibir la comida china que ordenaron.

—Ya somos dos. Por fortuna, cuento con dos semanas antes de volver a México, a mi vida rutinaria de siempre.

—¿Qué? Creí que te quedarías aquí un tiempo indefinido... Dijiste que viviríamos juntos...

—Lo siento, preciosa, pero hubo cambio de planes, cortesía de mi fantástico padre.

—¿De qué estás hablando, *honey*?

—Algo de lo que me enteré el fin de semana pasado. Ese fue uno de los motivos por los que no quise llamarte, solo tenía malas noticias que contar y prefería hacerlo en persona.

—¿Tan malo es?

—Juzga por ti misma. —Tomó una bocanada de aire y la sonrisa abandonó su rostro—. Mi padre está enfermo del corazón. Ahora yo debo asumir su lugar en la empresa y todo lo que ello conlleva. Además, por si fuera poco, me están presionando para que me case.

—¡Oh! No sé qué decirte.

—Entenderás que ya Ahora no puedo tomarme ese año sabático que pretendía. La salida de mi padre de la empresa provocó cierto revuelo y las acciones bajaron un poco; por ello, debo esforzarme y demostrar a los socios

y a todos en general, que estoy a la altura.

—Eso es admirable.

—No sé. A veces siento que la piedra es demasiado pesada para mí y que no puedo con la carga.

—No digas tonterías, ¡claro que puedes! Es más, estoy segura de que harás un excelente trabajo. —Lo besó en la mejilla para infundirle ánimos.

—Gracias por tus palabras, preciosa. Mejor cambiemos de tema y pasemos a cosas más agradables. —Comenzó a recorrer sus curvas con las manos.

—Ian, no puedo desvelarme —protestó—. Mañana tengo clases y el horrible profesor Jenkins me ha citado en su oficina. Solo Dios sabe lo que ese ogro se trae entre manos para castigarme.

—Solo uno más, ¿sí? Vamos, preciosa, no te hagas de rogar, eres maravillosa, tan ardiente y desinhibida. Me encantas; nadie lo hace como tú... —Los gemidos provocados por las caricias de la mano de Bárbara en su masculinidad le impidieron seguir hablando.

Bárbara sabía dónde tocar y qué hacer para darle placer a un hombre, el innombrable la había aleccionado bien y podía valerse de ello. En el presente, prefería actuar a que el otro lo hiciera; si lograba a someter y distraer a Ian, él casi no la tocaba por centrarse en su propio placer, y así la relación sexual concluía más rápido.

Por más que ponía de su parte para poder entregarse íntegra, no conseguía implicarse, y eso le causaba un gran conflicto interno. Le gustaba estar con él, las caricias de Ian no le eran desagradables, pero no conseguía llegar a ella, a su alma.

—¿Puedo pasar? —preguntó Bárbara el lunes por la mañana, desde el marco de la puerta en la oficina del profesor Jenkins.

Durante el fin de semana, se había convencido a sí misma que lo ocurrido con él, el viernes pasado, había sido solo un delirio provocado por el nerviosismo y la tensión acumulada, pero en ese momento, al verlo ponerse de pie y caminar hacia ella, sintió como la boca se le secaba; su pulso se aceleró a mil revoluciones por minuto mientras su estómago era un batido de

mariposas.

Aun con esa ropa gris y formal, el atractivo del hombre era innegable. Alto, de figura esbelta y anchos hombros. Cabello castaño, piel clara, ojos inquietantes, boca hecha para el pecado, sonrisa seductora de afilados colmillos y blancos dientes...

«Para tu tren, Bárbara, recuerda que es tu profesor. Un hombre maduro que, no necesito recordarte, va a casarse. No quieres ser como tu padre, ¿o sí? —le recriminó su voz interior—. Lo mejor es que no olvides nunca que lo ajeno esta fuera de tu alcance. Además, ¿qué, no se supone que no lo soportas? ¿Entonces? ¿Qué haces babeando por él?».

—Pase, señorita Potter.

Él cerró la puerta tras ella, y Bárbara se quedó petrificada, incapaz de reaccionar. El aroma a sándalo y maderas, combinado con la esencia del hombre, así como su cercanía y esa presencia imponente, la dejó fuera de combate. El combo *James Jenkins* anulaba su capacidad de raciocinio.

Él tragó saliva y al ver el movimiento de su manzana de Adán, Bárbara sintió un estremecimiento recorrerle la piel. De pronto, era muy consciente de sus partes erógenas y de cómo estas reaccionaban de forma instintiva ante el hombre que tenía junto a sí. Eso no lo sentía ni con Ian ni con nadie. La asustó reconocer que estaba excitada, ¡y él ni siquiera estaba tocándola!

Durante un breve momento, se vieron a los ojos; en ambas miradas había desconcierto y algo más, algo tan intenso y peligroso como un descontrolado incendio forestal. James fue el primero en reaccionar, carraspeó para disimular el nerviosismo y regresó detrás de su escritorio. Con voz un poco más dura de lo que pretendía, indicó:

—Tome asiento, por favor.

—Yo... —Caminó con paso vacilante, tomó asiento en la silla que él le había indicado y cruzó las piernas para disimular el temblor.

No quería mirarlo a los ojos, hacerlo era como practicar un deporte extremo, como saltar en paracaídas o caer por una cascada de agua helada; daba miedo, sí, pero al mismo tiempo era infinitamente excitante; una descarga de adrenalina en estado puro.

Perderse en el verde iris implicaba demasiadas emociones, y ella no estaba preparada para eso; la dejaban descolocada, totalmente fuera de control. Durante años, su cuerpo permaneció dormido, evitando el contacto e intimidad. Cuando conoció a Ian, su cerebro decidió que era el indicado, pero

su ser aún no terminaba de aceptarlo. En cambio, con James Jenkins, sus reacciones eran instintivas, como si sentir esas ganas terribles de caer en la tentación de morder esa pecaminosa manzana, fuera lo más natural del mundo.

Sabía que eso era imposible, él era fruto prohibido y comerlo solo la conduciría a ser exiliada del paraíso. Comprendía que sería una verdadera estupidez ceder a lo que su cuerpo y mente le pedían, pero al mismo tiempo era imposible resistirse al hechizo de esos ojos de felino nocturno.

Prefirió centrar su mirada en un cuadro abstracto que colgaba en la pared. Él volvió a aclararse la garganta y luego comentó:

—He hablado con el consejo docente y el director sobre su caso. El número de faltas en su haber es considerable y de sus calificaciones, mejor ni hablamos. Seré claro, señorita Potter. —Hizo una pausa—. Han pensado en darle de baja.

—¿Qué? —Bárbara sabía que no era un cerebritito de lo más destacado y que, en efecto, se había ausentado de clases bastante, pero de eso a que pensarán darle de baja...

—Su rendimiento académico ha dejado mucho que desear, ¿está consciente de ello?

—Sí —reconoció apenada; bajó la cabeza para evitar que él viera su sonrojo—. Sé que no he aprovechado mi potencial al máximo y que he descuidado los estudios. —No tenía caso negar lo evidente.

—Eso sí que es todo un logro. —La miró sorprendido, esperaba la típica retahíla de pretextos a la cual solían recurrir con frecuencia los alumnos para justificarse—. El aceptar nuestros errores es el primer paso al cambio verdadero. La felicito por reconocerlo abiertamente.

—Gracias, aunque ya es demasiado tarde. Estoy fuera, ¿no? —Sonrojada, se puso de pie. No pudo evitar mirarlo, el saber que no volvería a verlo fue como abrir su caja de Pandora personal.

—Siéntese, señorita Potter, aún no termino.

La voz del hombre la detuvo cuando estaba a punto de llegar a la puerta. Cabizbaja, regresó a la silla que antes ocupara.

—Como le decía, hablé con el consejo y el director. No suelo hacer esto por cualquiera, pero creo que usted puede hacerlo mejor, solo necesita otra oportunidad. —Hizo una pausa para recobrar la calma. No le era fácil concentrarse con esa mujer sentada frente él y su par de piernas perfectas

cruzadas bajo la minifalda de colegiala, exaltadas con unos altísimos tacones de charol rosado. Y qué decir de la entallada blusa que acentuaba sus senos firmes y llenos. El tono rosa virginal de la prenda era capaz de tentar hasta a un monje tibetano en plena meditación.

«Concéntrate, James. ¡Por Dios, es tu alumna!», se repitió enfadado consigo por reaccionar como un hombre y no como profesor.

Le afectó verla tan desvalida; comprendió de dónde venía aquel impulso que lo había llevado a interceder por ella. Por lo regular, solía abogar por los alumnos que eran considerados causas perdidas. Había algo más en esa chica pelirroja que la fachada de frivolidad y aquel *no necesito a nadie* que mostraba al mundo, de eso estaba convencido.

Había oído rumores sobre ella, la joven tenía una reputación terrible, pero él no acostumbraba a prestar atención a los chismes, prefería crearse ideas propias sobre la base de los hechos que podía constatar. Y lo que veía ante sí no era a una libertina, sino una chica desubicada y vulnerable. No pudo evitar que el sentimiento de protegerla, de cuidar de ella, se apoderara de él. Carraspeó y continuó hablando:

—No voy a andar con rodeos, señorita Potter, el consejo le ofrece la opción de resarcirse si acepta hacer un poco de servicio social dentro del plantel.

—¿Qué... qué es exactamente lo que tendría que hacer?

—No lo sé en concreto, eso lo designará el director. Puede ser desde ayudante de la bibliotecaria, oficinista... Lo que el consejo considere pertinente.

—Está bien, ¿con quién tengo que presentarme?

—El director la espera, él le dirá qué hacer. —La chica se puso en pie; él la imitó y continuó—: Y respecto al proyecto final, tiene tres semanas para presentarme uno nuevo. Como le dije el viernes, espero que sepa aprovechar esta segunda oportunidad, porque no habrá más. —Por fin se animó a mirarla a los ojos, para él no había pasado desapercibido el detalle de que ambos lo evitaban.

La vio sonrojarse una vez más y desviar la vista como una jovencita tímida y asustada. ¿Dónde estaba la mujer fatal de la que todos hablaban? Ante él solo había una chica frágil, una suave flor que, a pesar de todo, no había perdido su perfume.

Bárbara se encaminó a la puerta sintiendo las mejillas arder, ¿hacía cuánto que no se sonrojaba? Había pasado tanto tiempo que no lo recordaba, y en esa

tarde le había sucedido tres veces. ¿Qué tenía ese hombre que lograba intimidarla al grado de sentirse como una niña insegura? A punto de abrir la puerta, se giró para agradecerle, no podía marcharse sin hacerlo, se lo debía.

—Profesor Jenkins, yo... no sé cómo agradecerle... —«Sí que lo sabes», una vocecilla maliciosa susurró en su cabeza, pero pronto la acalló. Se preguntó de dónde surgía el deseo de abrazarse a él y dejar que hiciera con ella lo que quisiera. No quería sentir nada por ese hombre, era demasiado tentador y peligroso para su propio bien—. No lo defraudaré.

—Eso espero, señorita Potter.

Bárbara abandonó la sala con el corazón desbocado y el cuerpo estremecido. Nunca había experimentado algo así. Estar en presencia de ese hombre era demasiado intenso. Sus sentidos, su cuerpo, mente y todo en ella reaccionaban ante él de forma instintiva, y eso la asustaba, vaya que sí la asustaba.

Al llegar a su departamento, el agotamiento era físico y mental. Había pasado la tarde ayudando a Lynne, la bibliotecaria, a desempacar y clasificar unos libros. Lo único que le apetecía en ese momento era meterse en la ducha y dormir un rato.

—*I'm home, sweetheart.*

Ian salió de la recámara y la recibió con un beso y una pícaro sonrisa que indicaba sus intenciones.

—Lo siento, *darling*, pero vengo deshecha. El comité me ha puesto una sanción y tengo que hacer labor social en las tardes. Por ahora solo me apetece una ducha. Sí lo entiendes, ¿verdad, *honey*?

Ian se tragó la decepción y el descontento bajo una sonrisa falsa.

Los días posteriores fueron algo similar, Bárbara regresaba cansada y pocas veces accedía a los deseos de su novio.

Una tarde en que se encontraba sola en su apartamento, sonó el teléfono; ilusa, creyó que era Ian quien llamaba para disculparse por la pelea que acababan de tener. Él quería salir de compras, pasear, divertirse, pero ella se había rehusado, pues estaba muy cansada de la jornada. Enfadado, él se había marchado dando un estruendoso portazo.

Bárbara habló con Cinthya un largo tiempo, se pusieron al corriente con sus vidas. No quiso comentarle que había tenido una recaída, ni mucho menos lo

que estaba sucediéndole con el profesor Jenkins, sentía que exteriorizarlo era hacerlo más real. Aún no estaba preparada para hablar de ello.

Cuando Ian regresó, estaba más calmado, y ella terminó de relajarlo accediendo a una buena sesión de sexo. No soportaba la idea de estar peleados; por el bien de los dos, prefería ceder a sus deseos y llevar la fiesta en paz.

El lunes por la tarde, cuando se presentó ante Lynneth, esta le dijo que había cambio de planes; al parecer, el director le asignaría otra tarea que nada tenía que ver con la biblioteca. Expectante, se dirigió a la oficina del hombre que tenía en sus manos su destino académico.

—Me dijo Lynneth que deseaba verme —expresó sin rodeos una vez que estuvo sentada frente al director Lewis.

—Así es, señorita Potter, la señora Stevens se ha caído y, en consecuencia, se ha fracturado un par de costillas. La persona que la sustituirá llegará hasta la próxima semana, por lo tanto, usted se encargará de realizar algunas de sus funciones mientras esto sucede.

«¡Oh, no!», pensó Bárbara al comprender lo que eso significaba; tendría que estar cerca de James Jenkins todo el tiempo. Maldijo en silencio su suerte. A buena hora se le había ocurrido a la secretaria del profesor caerse y fracturarse.

El director siguió hablando y, al parecer, esperaba una respuesta, pues la miraba atento a lo que ella tuviera que decir.

—Yo... —No tenía ni idea de qué responder.

—No se asuste, si no conoce o no puede con alguna actividad, el profesor Jenkins o la profesora Nidia Santos la ayudarán. Estoy seguro de que, una vez que se le explique lo que hay que hacer, no tendrá problema alguno.

—¿Qué le puedo decir? Solo que haré mi mayor esfuerzo. —Forzó una sonrisa para ocultar su desconcierto.

—¡Esa es la actitud! Ahora puede retirarse, el profesor Jenkins la espera para ponerla al tanto de sus funciones.

—Gracias. —Mantuvo la sonrisa falsa mientras abandonaba el lugar. La sola mención del profesor le aceleró el pulso y, como siempre le sucedía, sus manos comenzaron a sudar, la boca se le secó y su estómago se precipitó en caída libre.

Con la resignación de un reo que se dirige al patíbulo, se encaminó con piernas temblorosas al despacho del que durante los últimos días se había

convertido en su tormento.

Los días posteriores transcurrieron en agonizante tortura; la cercanía con James Jenkins la tenía al borde del colapso. La atracción entre ellos era tal, que electrizaba el ambiente. Era evidente que ambos le temían y, por ello, trataban de mantener las distancias, pero un simple roce, miradas furtivas o los constantes toques *accidentales* subían la tensión a grados insoportables.

La convivencia diaria le fue mostrando una faceta de él que jamás imaginó; James era atento, generoso y muy comprensivo con sus alumnos. Se tomaba muy a pecho su labor de tutor de carrera y siempre daba lo mejor de sí. Fuera del aula y más relajado, en ocasiones, se quitaba su corbata y desabrochaba los primeros botones de su aburrida camisa. Bromeaba con los otros profesores demostrando que era poseedor de un ingenioso y ágil sentido del humor.

Bárbara había memorizado cada gesto, cada faceta suya, incluso había aprendido que le gustaba el café cargado y sin azúcar; sabía que era un carnívoro incorregible y que adoraba las hamburguesas.

Verlo comer era toda una delicia, Bárbara disfrutaba observarlo mientras, acompañado de su prometida, él devoraba sus alimentos con un gusto y deleite que le daban ganas de ser ella el platillo servido ante él.

Recordó que en una ocasión leyó que la manera de comer de un hombre delataba su personalidad, su verdadera naturaleza; y ella solo podía deducir que él era uno apasionado que sabía disfrutar de las pequeñas y grandes cosas por las cuales valía la pena vivir.

James Jenkins era un caballero, un hombre lleno de contrastes y muy atractivo bajo esa superficie anodina con la cual él pretendía ocultar al mundo su verdadero yo.

CAPITULO V

Cada tarde, Bárbara llegaba a su casa cansada de luchar consigo misma; mantener a raya el deseo de saltar sobre James Jenkins y dar rienda suelta a sus impulsos sin importar nada más era agotador física y emocionalmente.

Ian la recibía con una sonrisa pícaro y besos que evidenciaban lo que quería hacer con ella, pero Bárbara no siempre accedía, sentía que, de algún modo, eso era como traicionarse a sí misma y, de paso, a James.

Las dos últimas veces que había estado en la cama con Ian se sintió frustrada; no podía evitar pensar en aquel que llevaba dos semestres atormentándola como profesor y un par de semanas como hombre. Esos profundos ojos verdes la perseguían, impidiéndole disfrutar al cien de lo que antes le resultaba placentero, como leer un buen libro.

Esa tarde no era la excepción; mientras Ian le besaba el cuello, se preguntaba cuándo le pediría matrimonio. Él le había dicho que sus padres lo estaban presionando para casarse, así que solo era cuestión de tiempo para que él se declarara.

Rogaba al cielo que eso ocurriera pronto porque lo que sentía por James Jenkins, en lugar de mermar, crecía con la fuerza demoledora de una avalancha de nieve, y eso la asustaba y preocupaba a partes iguales. La relación con Ian era segura, había camaradería, tenían mucho en común y, lo más importante, ninguno de los dos estaba dispuesto a comprometer su corazón.

Con una sonrisa en los labios, decidió dejar de lado ese par de ojos verdes que tanto la descolocaban y disfrutar del que sería su compañero de vida. Porque ya lo había decidido, se casaría con Ian, se iría a vivir con él a México, sería la esposa modelo y una madre dedicada a su familia; con una hermosa casa y un perro.

Todo ello lejos de James Jenkins y lo que él le provocaba, pero esa seguridad se vio mermada al día siguiente, en cuanto entró en el salón de clases.

«¿Cómo se supone que voy a olvidarte?», se dijo Bárbara mientras lo observaba anotar en el pizarrón. Era una verdadera tortura tener que verlo a diario, tan distante y totalmente ajeno a ella. Él se comportaba como el perfecto caballero, era correcto y mantenía las distancias tanto física como emocional.

James hablaba de la literatura con pasión, denotando que amaba su trabajo. Era un excelente profesor, eso nadie podía negarlo, pero ella ya no lo veía solo como eso, había comenzado a admirarlo por la entrega con la cual realizaba su labor docente, por su integridad y lealtad, pero, sobre todo, por su tenacidad ante todos.

Durante la clase no tenía ojos para nada ni nadie más. Todo en él le parecía excitante, su ronco tono de voz, la forma en cómo se movía de espaldas al pizarrón, seguro de sí, confiado y con soltura. Le encantaba la fuerza con la cual defendía sus argumentos.

Sin apenas notarlo, asistir a la clase de James Jenkins se había convertido en el aliciente para levantarse todos los días.

Una mañana de viernes, al llegar a la facultad, lo vio junto a la profesora Nubia; ambos bajaban del auto de él. Como todo un caballero, le abrió la puerta, y esta, con una gran sonrisa, tomó su mano para salir. Una vez fuera, ella le plantó un beso en los labios que no dejaba lugar a dudas de lo que existía entre los dos.

La rabia que comenzó a bullir en el interior de Bárbara se extendió en su cuerpo como un reguero de pólvora, haciendo una explosión magistral. Sabía que no tenía derecho a estar celosa, James y la profesora Nubia estaban prometidos e iban a casarse, y ella no podía interferir en esa relación.

Se recordó a sí misma la promesa hecha: «nunca ser como su padre». Jamás se involucraría con un hombre prohibido por mucho que este le gustara.

Tratando de apaciguar la furia que le consumía hasta las entrañas, se adentró en el edificio para cumplir con su jornada del día.

Cuando tocó la clase de literatura, pensó en saltársela, pero recordó que sobre su cabeza pendía la amenaza del comité. Una falta más y estaba fuera.

Resignada a pasar los siguientes cuarenta y cinco minutos torturándose con la presencia de aquel al que no podía tener, tomó su habitual asiento y se

preparó para encarar su cruel destino: mirar, pero no tocar.

En cuanto lo vio entrar en el aula, tan atractivo y luciendo su hermosa sonrisa lobuna que indicaba lo satisfecho que se sentía, sus buenas intenciones de permanecer pasiva se fueron al caño.

Durante los siguientes minutos, se dedicó a rebatir sus argumentos y cuestionarlo, al grado que él terminó echándola de la clase.

Una vez en el pasillo, se reprendió por ser tan impulsiva. Se había dejado llevar por la rabia y los celos, y eso podía costarle perder la tregua con el comité. Se consoló al pensar que la sustituta de la señora Stevens debía llegar ese día, al menos así ya no tendría que estar cerca de él después de clases. No era lo mismo verlo en el aula y a la distancia, que tenerlo pegado a ella y sentir su aliento en el oído y cuello cuando él se colocaba detrás mientras revisaban las notas en el ordenador.

«Quizá debería esperarlo y disculparme». Su conciencia le reclamó el no saber contenerse y la instó a hacer lo correcto. Indecisa, aún aguardaba en el pasillo cuando sus compañeras le dieron alcance.

—Ahora sí que estarás contenta, Bárbara —le reclamó Elionorth nada más verla.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —contestó desconcertada.

—Gracias a ti, el profesor Jenkins está de peor humor y se ha desquitado dejándonos tarea suficiente para mantenernos ocupados todo el fin de semana —vociferó molesta.

—Déjala en paz, Elionorth, ella no tiene la culpa de lo amargado que es ese hombre —la defendió Rouse, como siempre.

—Claro que tiene la culpa, por eso el ogro nos atiborró de trabajo extra —refutó Britany enfadada.

—Yo... lo siento, no sé qué me pasó. —No podía confesarles la verdad.

—Vamos, no sean tan drásticas —pidió Rouse conciliadora—. Véanlo por el lado amable, chicas. ¿Acaso no fue muy divertido ver al señor *nunca pierdo la compostura*, rojo de rabia y fuera de sí? Al menos para mí, eso valió el trabajo extra que nos dejó.

—No lo sé. —Elionorth no estaba del todo convencida.

—Admítanlo —insistió Rouse—. Durante unos momentos, Bárbara fue la heroína del cuento al materializar lo que muchos de nosotros llevamos tiempo deseando, pero que por cobardes no nos atrevemos a hacer. En lugar de reprocharle, deberíamos agradecerle por el mal rato que le hizo pasar a ese

engreído. —Se dirigió a ella—. Lo que hiciste es algo digno de recordar, amiga; el crédito es todo tuyo, por eso no permitas que estas aguafiestas lo empañen —señaló orgullosa.

—Yo... no... yo solo quería...

—Rouse tiene razón, hiciste realidad las fantasías de toda la clase. Así que, aunque lo niegues, *darling*, eres la heroína del cuento —ironizó Britany, imitando el mismo acento y tono de voz del tan característico «Darling» utilizado por Bárbara.

—¡Claro que no! Yo no pretendía eso, es solo que... —Guardó silencio ante la mirada inquisidora de los tres pares de ojos que la observaban. No podía defender al profesor sin delatar lo que sentía por él, sería cavar su propia tumba; por eso, decidió recurrir a la frivolidad con que siempre se disfrazaba cuando se sentía expuesta—. Lo que sucede es que a ese tipo le hace falta una buena noche de sexo salvaje para ver si así se le quita lo amargado; quizá eso lo ayude definirse y salir del closet de una buena vez.

—Y lo dice la chica que piensa que todo se resuelve con sexo salvaje y leyendo novelas rosas. ¿No es así, señorita Potter?

Bárbara no necesitó volverse, reconocería esa vibrante voz aun en otra galaxia. Sintió como un frío torrencial le recorría el cuerpo. Sus manos comenzaron a sudar, la boca se le secó y su estómago se puso en huelga. Cerró los ojos buscando en su cerebro la mejor manera de salir bien parada de esa terrible situación, pero todo parecía indicar que no había manera posible.

«*Oh, my God!* Esta vez, has metido la pata hasta el fondo, Barbarita», se reprendió. Decidió fingir una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, alzó el mentón y abrió los ojos solo para descubrir que sus traicioneras compañeras de clase la habían dejado abandonada a su suerte; respiró hondo y se giró para encarar al profesor Jenkins.

—No tiene por qué burlarse de mi proyecto, profesor. —Arrastró la última palabra conteniendo su furia—. El hecho de ser docente no le da derecho a...

—Claro, y el hecho de ser estudiante le da a usted el derecho de ir por ahí hablando de lo que se considera mi vida íntima y cuestionando mi hombría y preferencias sexuales. —la interrumpió—. ¿Estoy en lo correcto, señorita Potter?

Bárbara sintió sus mejillas arder a causa de la vergüenza, el profesor tenía toda la razón y motivos más que suficientes incluso para romper su frágil

tegua con el comité y expulsarla de la facultad.

—Yo... —«¡Demonios! ¿Cómo explicarme sin delatar lo que siento por él ni parecer una loca?»—. No era mi intención... —Lo miró con el temor reflejado en su mirada esmeralda.

—Venga conmigo, señorita Potter, no creo que el pasillo sea el mejor lugar para tratar este asunto —contestó él apretando la mandíbula, la cual reflejaba toda la tensión contenida. Se giró y comenzó a caminar hacia su oficina, sin cerciorarse si ella lo seguía.

Bárbara resopló resignada. Todo en su vida estaba complicándose al grado del caos total. Se preguntó qué más podría salirle mal, aunque al instante se retractó al recordar las advertencias de la gitana.

«Lo más probable es que ahora sí me expulsen de la facultad. *Oh my God*. ¿Qué voy hacer si eso sucede?». Sabía que, si la echaban, su padre dejaría de enviar el mísero cheque de cada mes, con el cual lavaba su consciencia por haberla abandonado varios años atrás. Pagar su estancia en la universidad era la forma que Lyle Potter encontró para expiar sus culpas, y ella no se había negado a recibir su ayuda. Era lo menos que ese hombre podía hacer por ella.

Sin trabajo y sin el dinero que le daba su padre para la universidad, no tendría modo de solventar las facturas. Tendría que dejar el apartamento y volver al seno familiar, ya fuera en casa de su mamá, o de intrusa con la otra familia de su papá.

«Eso jamás», se dijo decidida, prefería trabajar de lo que fuera y poner un anuncio solicitando compañera de piso antes que volver con alguno de sus padres.

En cuanto entró en la oficina del profesor, tuvo la certeza de que estaba en un gran aprieto; la tranquilidad que mostraba el rostro cincelado de él no auguraba nada bueno, y eso la perturbó.

—Yo... lo siento —expresó en voz baja y con la cabeza gacha.

—¿En verdad crees que esto se arregla con un simple «lo siento»?

—No.

—¿Estás consciente que lo que hiciste es motivo de una fuerte sanción? Te guste o no, soy una autoridad, ¡y tú parece olvidarlo muy a menudo! —alzó la voz, luego tomó una gran bocanada de aire para calmarse.

—Lo sé, y no, no lo olvido, al contrario, yo... yo solo estaba enfadada por... —No podía confesarle que estaba celosa. «Piensa, Bárbara, piensa»—. Por lo de mi proyecto, no medité lo que dije.

—¡Claro que no lo pensaste! Esta vez fuiste muy lejos; ¿cuestionar mi hombría delante de tus compañeras? ¡Eso es imperdonable! No tengo nada en contra de la comunidad gay, pero... ¡Por Dios, Bárbara! ¡Esto es demasiado! —Se pasó la mano por el cabello y se quitó los anteojos. La atracción y tensión sexual acumulada durante días estaba por volverlo loco.

Bárbara lo miró atónita, no había caído en la cuenta de en qué momento había dejado de ser la señorita Potter para ser solo Bárbara.

—Siento mucho haberlo ofendido, profesor Jenkins, y también lo que pasó en clase. Sé que lo que hice estuvo mal, pero es que a veces es usted tan antipático que yo pensé que...

—¿Qué? ¿Que soy gay? ¿Que odio a las mujeres, en especial, a las guapas y por eso me ensaño con ellas?

Ladró tan cerca de su rostro que ella pudo sentir su aliento mentolado. Tragó saliva y, de inmediato, sintió como su cuerpo reaccionaba a la cercanía de su macho alfa.

—No, eso es imposible, tú... tú eres tan masculino, tan viril... —No pudo continuar, sus labios estaban tan cerca que casi podía saborearlos. Lo miró a los ojos y vio en ellos una llama intensa.

Ese hombre de aspecto frío y controlado escondía dentro de sí una pasión avasalladora que solo esperaba el momento de poder salir y arrasarlo. Por un momento, vio en él un alma afín a la fuerza descontrolada que habitaba en sí misma y que tanto le asustaba dejar en libertad.

La tensión sexual reprimida era tal que dolía. Sin escuchar los ecos de su voz interna que intentaba recordarle que él estaba prometido, salvó la escasa distancia que los separaba y lo besó.

Por primera vez en su vida, se entregaba completamente en un beso. Los labios de James eran carnosos, cálidos y suaves, de un dulce y adictivo sabor. Cuando él introdujo la lengua para explorar su interior, sintió un estremecimiento recorrerle las piernas y posarse en el núcleo de su feminidad.

Le parecía increíble que el hombre que, durante dos semestres, le había hecho la vida imposible, tomara su boca primero, con ternura; después, posesivo, demandante.

El fuego prendió entre ellos calcinándoles la piel, los sentidos, pero, sobre todo, la razón. Bárbara metió las manos debajo del Jersey azul y sacó la camisa blanca de los pantalones. Sin pena alguna, se adentró a tocar la piel de su abdomen y los fuertes pectorales. Sentir el vello masculino entre los dedos

la puso a mil.

James la apretó más contra sí, y Bárbara pudo sentir la prueba de su excitación masculina, y eso la llenó de dicha; él la deseaba tanto como ella a él.

Tocó su firmeza por arriba de la tela para acariciarlo, necesitaba que perdiera el control y llevarlo junto consigo al abismo.

—Espera, Bárbara, esto no está bien. —Apenas si pudo hablar, pues ella lo tenía al borde del precipicio. Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, la separó de sí—. No hagas esto, no te rebajes de esta forma solo por una calificación.

—¿Qué? ¿Crees que hago esto por...? —La incredulidad la hizo callar.

—¿No es así? —la cuestionó agitado y un tanto confundido.

—¡Por supuesto que no! Lo hago porque no pude contenerme más, y lo sabes. Este constante tira y afloja está matándome. ¿Acaso vas a negar que esta situación ya es insostenible? ¿Cuánto tiempo más crees que podremos seguir así, engañándonos a nosotros mismos y negando lo sucede? —James guardó silencio—. ¡Por Dios! ¡Di algo!

—No. Esto no está bien. ¡Diablos, Bárbara!, ¡soy tu profesor!

—¿Y? El que lo repitamos cada cinco minutos no va a cambiar lo que sentimos cuando estamos juntos.

—Lo sé, pero no podemos permitir que nuestra relación maestro alumno cambie.

—¿Acaso estás loco? Es obvio que ya cambió.

—No, aún estamos a tiempo de...

—De nada. —Lo silenció enfadada—. Para desgracia nuestra, desde ese maldito viernes en el salón, algo se transformó entre nosotros, y lo sabes. Es inútil negarlo, no hay vuelta de hoja. No sé qué me pasa contigo, lo que me haces sentir es más fuerte que yo. —Se alejó unos pasos, desconcertada, ni ella misma se entendía, todo era tan contradictorio. Su renuencia al sexo opuesto era aniquilada por la presencia de ese hombre que la hacía desear cosas que nunca esperó volver a sentir—. ¿Quieres saber por qué me comporté hoy como lo hice? Muy bien, te lo voy a decir. —Tomó una gran bocanada de aire para calmar su respiración, que aún era jadeante—. Estaba celosa.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Esta mañana, cuando llegué, te vi con la maestra Nubia, fui

testigo de cómo ella te besaba, y eso me llenó de rabia.

—Bárbara, yo...

—Lo sé, no tengo ningún derecho, ella es tu prometida. Te juro que traté de que no me importara, pero cuando entraste al salón de clases con tu aspecto de hombre sexualmente satisfecho, la furia que sentí en mi interior fue incontenible, por eso te atacé. —Lo miró con el tormento que la invadía reflejado en sus ojos esmeralda—. ¡En verdad lo siento! —Bajó el rostro avergonzada—. Siento haberte molestado, siento haber dicho lo que dije a mis compañeras, pero mentiría si dijera que siento lo que acaba de pasar entre nosotros; ambos sabemos que era inevitable.

—¿Estás consciente de que una relación entre tú y yo está prohibida y penada? ¡Por Dios! No solo soy tu profesor de literatura, además soy tu tutor de carrera. ¿Tienes idea de lo que me ha costado llegar a ser tutor? ¡Diablos! Podría perder mi trabajo por esto.

Bárbara no había considerado esa posibilidad y el escucharlo de sus labios y ver la angustia en sus ojos fue como un balde de agua fría.

—Yo... no, no lo había pensado. —Tomó aire junto con una decisión—. Te deseo como nunca he deseado a ningún otro; lo que me haces sentir va más allá de mi entendimiento, pero ten la plena seguridad de que, por muy atraída que me sienta por ti, no haré nada para perjudicarte.

—No sabes cuánto me gustaría que la situación fuera diferente. —Le acarició la mejilla con ternura.

Bárbara lo miró a los ojos llena de frustración; sin morderse la lengua, le preguntó:

—¿Estás enamorado de ella?

—¿De quién? ¿De Nubia?

—Sí.

—Nos llevamos bien, somos compatibles en muchas cosas, tenemos gustos afines...

—Eso no contesta mi pregunta. ¿La amas?

—Creo que eso es algo que solo nos concierne a nosotros dos. —Desvió la mirada.

—Eso me temía, no la quieres. ¿Entonces? ¿Por qué te casas con ella?

—Bárbara...

En ese instante llamaron a la puerta. James se acomodó la camisa dentro de los pantalones y se alejó de ella hasta posarse detrás de su escritorio.

—Adelante —concedió.

—Señorita Potter, qué bueno que la veo, la señora suplente tuvo un imprevisto que la retrasará un par de días más. Espero que no tenga ningún inconveniente en seguir apoyándonos —comentó el director Lewis con su característica sonrisa—. Los tutores y yo se lo agradeceremos.

—No, ninguno, estoy a sus órdenes, director Lewis. —Se mordió el labio inferior y dirigió a James una mirada consternada; al parecer, la tortura sería prolongada unos días más.

En cuanto el director salió, Bárbara se apresuró a seguirlo, él pidió que le ayudara con unos expedientes. Cuando regresó al despacho de James, era la hora de retirarse.

—No digas nada más, no hace falta —dijo nada más verlo. Se dirigió al área donde se encontraba el viejo escritorio de la señora Stevens y colocó encima los papeles que tendría que archivar al día siguiente.

—Bárbara, yo... —James se detuvo, pasó la mano por su cabello en actitud contrariada—. Creo que lo mejor es olvidar lo ocurrido.

—Tranquilo, ahora que ya quedó claro que lo que pasó aquí no va a repetirse, ¿cuál es tu veredicto?

—¿Mi veredicto?

—Sí, sobre lo que sucedió en el pasillo. ¿Me acusarás ante el comité?

—Yo... —Respiró hondo—. Pasaré por alto este agravio si prometes que sabrás comportarte.

—Tiene mi palabra, profesor Jenkins; nunca más tendrá queja de mí. Y ahora, si me lo permite, quisiera su permiso para retirarme.

—Adelante, puedes irte y..., Bárbara, hacemos lo correcto; sabes que lo nuestro es imposible, ¿verdad?

—Que tenga un excelente fin de semana, profesor Jenkins. —Sin decir más, se marchó.

James se quedó pensativo; la pelirroja realmente le gustaba. Lo que ella le hacía sentir era tan intenso que le daba pánico. Nunca había experimentado algo igual. Ni siquiera en sus años de adolescente, las hormonas y su cuerpo habían estado tan revolucionados como cuando besó a Bárbara. A pesar de que el hombre le reprochaba por dejar pasar la oportunidad de hacer estallar semejantes fuegos artificiales, los cuales estaba seguro de que estarían a la altura de cualquier espectáculo de primer mundo, el profesional que había en él estaba orgulloso de haber hecho lo correcto.

Bárbara estaba prohibida, lo hacía perder todo control, y él no quería eso. Una vez lo había hecho y resultó una pesadilla; por eso, lo más acertado era seguir con Nubia, aunque ella no le inspiraba la arrolladora pasión que la pelirroja le hacía sentir.

Sí, lo mejor era quedarse con la mujer que llenaba su vida de sencillez y orden. La pelirroja, como su cabello lo auguraba, era fuego, un incendio forestal; caos en estado puro.

CAPITULO VI

*B*árbara se alejó de la oficina con el ánimo por los suelos. Sabía que entregar el corazón era la mayor estupidez que podría cometer. Ya lo había hecho en dos ocasiones, a su padre y al innumerable, y el resultado había sido catastrófico.

«Eso no va a volver a pasar». Se juró a sí misma que haría lo que fuera necesario, pero no dejaría que James Jenkins cruzara las barricadas impuestas para proteger su corazón. Con esa determinación, se encaminó a su apartamento.

—*I'm home, sweetheart.*

La recibió el silencio; al parecer, Ian no estaba en casa. Soltó el bolso sobre el sillón y descubrió una nota de él sobre la mesilla de centro en la estancia. La ignoró y fue por un té, se sentía agotada, y ese mágico brebaje tenía el poder de reanimarla.

Con la taza en mano, se sentó y, entonces, tomó la nota:

Hola, hermosura, he tenido que salir para hacer algunos pendientes. Este es nuestro último fin de semana juntos, antes de que yo regrese a México, y quiero aprovecharlo al máximo. Ponte guapa. Paso por ti a las siete para llevarte a cenar; tengo una propuesta que hacerte.

Ian

«¿Qué? *Oh my God!* Lo había olvidado. ¡Va a proponerme matrimonio!». Agradeció al cielo; esa propuesta llegaba en el momento adecuado. Al casarse con Ian, su padre no la obligaría a terminar la carrera universitaria y, por ende, no tendría que ver a James Jenkins nunca más.

—¿Y ahora? ¿Qué voy a ponerme? Debo estar espectacular. —Los nervios

comenzaron a invadirla, sentía todo el cuerpo temblar, en especial, las manos y las piernas. Soltó la taza por temor a derramarla y quemarse.

Dando saltos mentales, se puso en pie. ¡Eso era lo mejor que podía pasarle en la vida! ¿Entonces? ¿Por qué no se sentía tan feliz como había anticipado? Se concentró en las ventajas que la unión con Ian conllevaba; él la llevaría a vivir a México, estaría cerca de sus amigos, sobre todo, de Cinthya, y lo más importante, a kilómetros de distancia de James Jenkins y el peligro que él representaba.

Sintiendo como la adrenalina se apoderaba de su torrente sanguíneo, se dirigió a la recámara en busca del atuendo perfecto para esa gran noche.

De pronto, su móvil comenzó a sonar.

—*Bárbara, ¿estás sentada?* —dijo Cinthya en cuanto Bárbara descolgó.

—No, ¿tan grave es?

—*Estoy embarazada.*

—¿Qué? ¿Y me lo sueltas así nada más? ¿Qué, acaso no conoces la palabra sutileza?

—*Sabes que ese término y yo no nos llevamos bien.*

—¿Y Alex qué dice?

—*Está loco de alegría. No deja de llenarme de mimos. A veces me marea tanta atención.*

—¿Te quejas de tener al hombre que amas rendido a tus pies? ¿Acaso estás loca?

—*Tienes razón, Alex es maravilloso. Lo amo cada día más.*

—¿Cómo estás? ¿El bebé?

—*Dejando de lado las náuseas matutinas, todo va de maravilla, y el embarazo avanza normal.*

—¿Cuándo lo supiste?

—*Lo sospeché hace un par de semanas, pero lo confirmé ayer. Después de Alex, tú eres la primera persona a la que se lo cuento.*

—¿Qué emoción por ti, amiga! Estoy tan contenta.

—¿Y tú? ¿Cómo vas? ¿Qué tal tu vida?

—De maravilla, Ian me ha invitado a cenar fuera, en un restaurante tan caro y exclusivo, aunque la ocasión lo amerita. —Hizo una pausa y luego dijo con voz chillona—: ¡Creo que va a proponerme matrimonio esta noche!

—*¡Vaya! Me dejas sin habla. Debo confesar que jamás creí que él daría ese paso. Felicidades, amiga, eso era lo que querías. ¿Qué no?* —pronunció

sin mucho entusiasmo.

Bárbara se tragó las palabras, estaba a punto de confesar que ya no, y todo gracias a un hombre que estaba prohibido.

—Sí, eso es lo que quiero —mintió.

—*Entonces, solo me resta decir: ¡enhorabuena!*

Después de colgar y revolver el armario hasta dejarlo vacío, Bárbara estaba consternada, se había probado todo y nada le satisfacía. Se preguntó dónde demonios estaba el vestido ideal para esa noche. Al parecer, en su armario, no.

«Un momento... En mi armario no está, pero Cinthya tiene el suyo repleto de los diseños que Arenzzo le ha hecho. ¿Cómo no lo pensé antes? Bárbara, ¡eres un genio!».

Sin perder tiempo, se dirigió a la recámara de su amiga. Cinthya aún no había recogido sus cosas, por lo que todos sus vestidos permanecían colgados en las perchas a la espera de que su dueña decidiera ir a rescatarlos de su encierro.

En instantes, una sucesión de prendas estaba desperdigada sobre la cama.

—¡Bingo! —gritó emocionada.

Quince minutos antes de la hora acordada para la cena, el móvil de Bárbara comenzó a sonar.

—*Hi, honey* —saludó a Ian y contuvo la emoción para que su voz sonara normal.

—*Hola, hermosa, ¿lista para mí?*

—*Yes, I am.* —«Contrólate o echarás a perder la sorpresa», se reprendió a sí misma—. Tú sabes que siempre lo estoy.

—*Perfecto.* —Hizo una pausa—. *Linda, ha surgido un pequeño contratiempo y no puedo ir a recogerte, mandaré un auto por ti y te veré en el restaurante. ¿De acuerdo?*

—Claro, te veo allá.

—*¡Esa es mi chica!*

Bárbara apenas si podía contener la excitación. «¡Esta noche me convertiré en la prometida de Ian y pronto seré la señora Martín del Campo!». Se observó por última vez en el espejo antes de bajar; el auto que Ian le había enviado aguardaba.

—Arenzzo, sin saberlo, me has hecho el favor de mi vida y te estaré eternamente agradecida por esta hermosa creación —dijo a su doble opuesto y le envió un beso.

El vestido se pegaba a sus curvas como una segunda piel y el fondo, color carne, daba una perversa apariencia de desnudez bajo el suave encaje azul marino. El escote de la espalda estaba espectacular. En definitiva, ese era un vestido de infarto. Elegante y sofisticado.

«*Oh my God!* No puedo evitar sentirme *La cenicienta*. Ian es el príncipe encantador que me rescatará de los despiadados dragones. Sí, ya sé, estoy mezclando cuentos, pero no me importa, solo sé que hoy comienza mi verdadera vida», pensó mientras sentía la adrenalina recorrer su torrente sanguíneo.

En cuanto llegaron al lugar indicado, el chofer bajó del auto, le abrió la puerta y la ayudó a salir. El *maitre* la condujo a la mesa donde su cita aguardaba.

—¡Dios mío! Estás... —Ian estaba anonadado.

—Gracias.

—Permíteme. —De inmediato se puso en pie y le retiró la silla en un gesto caballeroso.

—Bárbara, me dejas sin palabras. Tu belleza no tiene límites.

—No exageres, solo es un vestido.

—Créeme, estás para devorarte toda. —La miró con intensidad.

—Ian, compórtate, estamos en un lugar público —lo reprendió fascinada.

—Lo sé, y ahora me arrepiento de haberte traído. Eres tan hermosa que me encela que todos los demás te miren. Te quiero solo para mí —dijo posesivo.

Bárbara estaba más que derretida por las palabras que Ian le dedicaba.

—Eres un adulator.

—Sí, un adulator que te encanta.

La cena transcurrió entre miradas ardientes, platillos exquisitos, buen vino y amena conversación. Bárbara estaba un poco achispada, el champaña que había bebido comenzaba a causar estragos.

—Creo que necesito ir al tocador. No tardo. —Se puso en pie sintiendo sus piernas un tanto vacilantes.

«Ni una copa más», se dijo. Quería estar totalmente sobria cuando Ian se pusiera en una rodilla y, con la típica cajita de terciopelo rojo en mano, pronunciara las palabras mágicas.

Entró en el tocador de damas, se mojó un poco la frente y la nuca; esta acción despejó un tanto el efecto del alcohol, al grado que casi se sentía al cien.

—Oh, lo siento —murmuró, apenada, al salir del tocador; estaba tan distraída que chocó con un amplio torso masculino. Al levantar la vista, casi le da un infarto.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —preguntaron al unísono.

James la tenía rodeada por la cintura con sus brazos y no parecía tener intenciones de soltarla, ni ella quería que lo hiciera. Se miraron a los ojos y, de inmediato, la dinamita explotó.

—Yo... —Bárbara estaba sonrojada.

James no podía apartar sus manos de ella, estaba hermosa, espectacular... y lo único que él podía pensar era en besar esos labios de rosada tentación.

—Ahí estás. Por un momento, pensé que te había tragado la tierra. —La voz de la profesora Nubia los sacó del hechizo, y James, de mala gana, la soltó.

—Profesora. —Bárbara la miró como si no pudiera creerse que estuviera allí—. Yo... él... —balbuceó incapaz de hilar ideas. James no llevaba anteojos y vestido con pantalones negros a juego con una camisa color vino tinto que llevaba desabrochada de los primeros botones era una visión para quitar el aliento. Sus hormonas estaban revolucionadas al mil por ciento y, al parecer, habían adormecido a sus neuronas, ya que le era imposible articular palabra.

—La señorita se tropezó y estaba ayudándola.

—Yo te conozco. —La maestra la miró con suspicacia.

—Sí, soy alumna de la facultad.

—Oh, ya veo. —A partir de ese momento, la profesora la ignoró y concentró toda su atención en su acompañante—. James, querido, nuestros padres aguardan por nosotros.

Bárbara sintió como la rabia se apoderaba de ella cuando la delgaducha mujer se acercó a James, lo besó en la mejilla y lo abrazó por la cintura con toda la intención de marcar la supremacía de la cual gozaba.

—Yo también me retiro; esta noche, mi novio me ha invitado a cenar para proponerse y, como comprenderán, estoy ansiosa por regresar con él. —Sonrió complacida al ver como James fruncía los labios y apretaba fuerte la mandíbula.

Él dirigió una rápida mirada a la mano de la chica, pero ella fue más lista y colocó ambos brazos tras su espalda para evitar que la pareja notara su falta de sortija.

—Que disfruten de su cena —dijo con una sonrisa.

—Igualmente. Ah, y te aconsejo que no dejes solo a tu prometido por mucho tiempo. En esta ciudad, abundan las mujeres... tú me comprendes a cuáles me refiero, ¿no es así? —Recalcó la maestra y le dedicó una mirada llena de amenazas, pero Bárbara decidió pasarlas por alto.

—Lo mismo digo, profesora. —La retó con la mirada—. Que disfruten su cena, porque en lo que a Ian y a mi concierne, esta noche apenas comienza. Hasta luego, profesor, que tenga una bonita noche. —Sonrió con coquetería y se marchó sintiéndose la reina del mundo.

—Tardaste mucho, estaba por pensar que alguno de estos envidiosos te había secuestrado —comentó Ian con una sonrisa.

—Me encontré con un par de profesores de la facultad y me detuve a saludar.

Bárbara sintió el magnetismo de la profunda mirada verde cósmico y no pudo evitar que su cuerpo se estremeciera. Por encima del hombro de Ian, observó que, desde su mesa, James la fulminaba. Su cara de pocos amigos revelaba que estaba terriblemente celoso, y eso la llenó de inmensa alegría. «¡Sufre!», pensó complacida.

—¿Quieres que pidamos el postre? —La voz de Ian la retornó a la realidad.

—Por supuesto. ¿Tú que quieres? ¿Qué te apetece?

—Lo que me apetece es quitarte ese vestido que me ha vuelto loco toda la noche y hacerte mía hasta que no quede energía en nuestros cuerpos.

—¿Y a qué esperas? Démonos prisa entonces. —Bárbara se refería al momento de declararse.

—Tienes razón, sé que te cité para hablar sobre la propuesta que quiero hacerte, pero la verdad es que ya no puedo esperar. Vayámonos de una vez, prefiero hacerlo a solas y después de hacerte mía. Ahora no puedo pensar en otra cosa. Ve nada más cómo me pones, haces de mí una masa de carne sin voluntad. —Le tomó la mano y, con discreción, la colocó sobre su entrepierna para que constatará sus palabras.

—Oh, Ian.

Él la besó dejando claras sus intenciones, aunque tuvo que cortar el beso por el simple hecho de estar en un sitio público. Pagó la cuenta y, sin perder

tiempo, la arrastró con él fuera del restaurante.

Bárbara no pudo evitar la alegría que la invadió al ver la cara de James cuando Ian la besó y la sacó del lugar con gesto posesivo mientras la abrazaba por la cintura.

Al llegar al apartamento, Ian no perdió tiempo, le bajó la cremallera del vestido y, mientras caminaban abrazados hacia la recámara, las prendas salían volando a su paso.

Esa noche en especial, Ian estaba más fogoso que nunca y, para consternación de Bárbara, ella no podía dejar de pensar en esos ojos verdes llenos de dolor y reproches.

Después de su apasionado encuentro, Bárbara descansó la cabeza en el pecho de Ian sintiéndose vacía por dentro. Aun no se casaba con él y ya estaba traicionándolo con el pensamiento. Necesitaba con urgencia alejarse de James. Aunque su matrimonio con Ian no era precisamente por amor, él se merecía su devoción y fidelidad al cien por cien.

Él le acariciaba la espalda, su respiración aún era un tanto irregular. Mientras tanto, ella se preguntaba cómo sería el anillo que Ian le obsequiaría. En ese momento, sonó su celular indicando que tenía mensajes. Ian se levantó para ir al cuarto de baño, y ella aprovechó para revisar su móvil. Casi le da un infarto al ver las fotografías que Cinthya le había enviado; eran los titulares de la sección de sociales de los periódicos de mayor circulación en México; en ellos, se anunciaba el compromiso matrimonial de Ian Martin del Campo con Samantha Corcuera y Reynoso.

De pronto, sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo.

—¡Maldito mentiroso! —gritó cuando Ian apareció en la habitación y le aventó el florero que estaba sobre la mesita de noche. Ian reaccionó con rapidez y logró esquivarlo.

—¿Se puede saber qué rayos te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¿Cuándo pensabas decirme que estás prometido con una tal Samantha?

—¿Qué? ¿Quién...? —Entrecerró los ojos, molesto—. Cinthya, ¿verdad? Ya sabía yo que era mucho esperar que mantuviera la boca cerrada.

—¿Entonces no lo niegas? ¿Qué pensabas hacer, eh? ¿Bigamia? —Estaba furiosa y no podía dejar de gritar.

—¿Bigamia? ¿De qué demonios estás hablando?

—¿De qué? ¿Acaso no me citaste esta noche para proponerte? —explotó.

—¿Proponerme? ¿De dónde rayos sacas eso?

—¿De dónde? —preguntó incrédula—. Tú dijiste que tenías una propuesta que hacerme...

—Ah, eso. —Soltó una carcajada—. De verdad que eres ingenua, preciosura, yo no te iba a pedir matrimonio porque ya estoy prometido con una mujer adecuada; te iba a pedir que fueras mi amante.

—¿Queeeeé? —gritó.

—¡No! ¿En serio creíste que me quería casar contigo? ¡Ay, ternurita! —expresó sarcástico, lo cual enervó más a la pelirroja—. ¿De verdad esperas casarte algún día? Suerte con ello —se burló.

—Por supuesto. ¿Por qué te resulta tan difícil de creer?

—Bárbara, no te engañes; tú eres esa clase de chica con la cual uno lo pasa bien, pero no la mujer que llevas a casa de tus padres para presentarla como novia formal.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza en negación.

—Acéptalo, bonita. Tu reputación no es más que las primeras seis letras de la palabra. Tu rinconcito no tiene nada de secreto y tiene más visitas que un video que se hizo viral en las redes sociales.

—¡Canalla! —Estampó su diestra con toda su fuerza en el rostro del injurioso.

—Nada más eso me faltaba, que me pusiera la mano encima una pu...

No pudo terminar la palabra porque la izquierda femenina le remató la otra mejilla. Encolerizado hasta las vértebras, la arrojó contra la cama y le dijo sin el menor remordimiento ni consideración alguna:

—Que te quede claro, tú solo me sirves para quitar las ganas y nada más. Nunca serás candidata para ser esposa; ese título te queda demasiado grande.

Bárbara permaneció inmóvil, las lágrimas caían a raudales por sus mejillas. Nunca en su vida se había sentido tan humillada y herida. Con solo unas palabras, Ian había conseguido reducirla a una basura. Y eso que él ignoraba su desastroso pasado.

—Bárbara..., yo lo siento. No era mi intención lastimarte —dijo después de calmarse y ver la palidez en el rostro femenino. Se acercó, pero ella rehuyó su contacto, se colocó con la espalda en la cabecera y se abrazó las piernas como protegiéndose.

—No me toques. —Apenas si pudo hablar. Tenía la garganta cerrada y el alma rota. Por primera vez en su vida, se sentía realmente sucia, asqueada de

sí misma, de lo que era, y eso la devastó.

—Linda, no quiero que terminemos así. Me gustas mucho, Bárbara; la química entre nosotros es extraordinaria, pero entiendo que no puedo casarme contigo, mis padres jamás lo aceptarán. Escucha, esto que nos une no tiene por qué terminar. Me casaré con Samantha, pero tú seguirás siendo mi mujer, la dueña de mi deseo y pasión. Me ocuparé de ti, pagaré este departamento y prometo que nunca te faltará nada.

—Toma tu ropa y vete. —Lo miró con desprecio.

—Linda, sé que estás enfadada, pero piénsalo...

—Pensar qué, ¿eh? —Le escupió las palabras en la cara—. ¿En lo afortunada que soy porque pensaste en mí para ser tu amante? ¿En perder la poca dignidad que me queda y convertirme en la otra? ¡Jamás!, ¿me oyes? Ahora, lárgate. —Se puso en pie y le aventó a la camisa y el pantalón—. Espero que, cuando salga de la ducha, ya no estés aquí, de lo contrario, llamaré a la policía y pediré que te saquen.

Sin esperar respuesta, se metió en el cuarto de baño; se sentía la más desgraciada de las criaturas. El llanto se desbordó incontenible, la sensación de suciedad no desaparecía con el agua, el asco de sí misma y el dolor en su alma eran tan fuertes que la asfixiaban. Desesperada por dejar de sentir aquello, comenzó a tallar de forma compulsiva todo su cuerpo, en especial, los lugares donde Ian la había besado. Se frotó con la esponja de forma excesiva hasta sangrarse la piel de los senos y vientre. No se había sentido así desde que sus padres se separaron y Jasper la abandonó.

Sintiéndose rebasada, se deslizó hacia el fondo de la tina de baño y se rodeó las rodillas con los brazos; los sollozos sacudían sus hombros. Por más que trató de evitarlo, el pasado regresó con todos sus demonios, atacándola con más fuerza que nunca.

De pronto, se vio a sí misma sentada en el porche de su antigua casa mientras escuchaba como sus padres discutían.

Esa maldita mañana se había escapado del colegio porque no soportó más el acoso de sus compañeros que no paraban de gritarle: «fenómeno». Todo ello gracias al aparato dental que utilizaba.

Sus padres no sabían que ella estaba allí escuchando cómo se destrozaban verbalmente el uno al otro. Anne, su madre, rogaba para que él no las dejara, pero Lyle Potter se burlaba de ella, la insultaba y, no conforme con anularla como mujer, le restregó en la cara que por fin tenía el hijo varón que tanto

ansiaba.

Bárbara supo, entonces, que la mujer, con la que su padre había estado engañando a su madre durante sabría Dios cuánto tiempo, tenía un hijo de siete meses y que el bebé era un niño.

Escuchar a sus progenitores discutir había sido muy doloroso, pero lo que terminó por matar su quebradiza alma de adolescente fue oír a su padre renegar que ella hubiera nacido mujer y que Anne nunca le diera un hijo varón.

«Bárbara es buena, pero es una chica y, además, muy frágil y enfermiza. Yo necesito un hombre fuerte que continúe con mi legado y del cual pueda sentirme orgulloso».

Esas palabras se repitieron en su cabeza durante años, atormentándola, y, aunque nunca pudo anularlas, con el tiempo aprendió a silenciarlas.

Dolida hasta lo más profundo de su ser, había salido corriendo sin rumbo fijo, solo quería alejarse de su casa y de sus padres lo más posible. Sin saber cómo, llegó a un parque. Estaba sentada en una banquilla llorando como una niña pequeña. El ataque de asma se hizo presente, sacó el inhalador de su mochila y aspiró.

Aún seguía llorando cuando un grupo de jóvenes se le acercó. El jefe de la pandilla secó sus lágrimas y la hizo reír con sus ocurrencias. Minutos después, él la llevó consigo a su hogar, un viejo remolque aparcado no muy lejos de allí. Después, le dio una cerveza, la consoló y escuchó mientras ella vaciaba su alma. Cuando los pañuelos de papel no fueron suficientes para secar sus lágrimas, él joven las enjugó con sus labios. Esa tarde, Bárbara no solo perdió a su familia, sino también la inocencia. Con solo catorce años, conoció los placeres de la carne en brazos de un completo desconocido.

Desde ese día, cada vez que sentía que algo la agobiaba o que los problemas la rebasaban, acudía a Jasper. Él siempre la recibía con una cerveza fría, una sonrisa y alguna que otra sorpresita, como cierto polvito blanco que era capaz de hacerte sentir invencible.

Era fácil estar con él; Jasper era divertido, alegre y muy inteligente. Le había enseñado mucho, desde los nombres de las estrellas y fumar, hasta las formas más factibles de darle placer a un hombre al punto de volverlo loco.

Había aprendido a sobrellevar el divorcio de sus padres, el abandono de su papá y lo difícil de cursar la etapa del *High School* siendo una chica pelirroja, con unos horribles anteojos, asmática y llena de pecas, gracias a Jasper.

Él la hacía sentir que había una persona en el mundo a la cual sí le importaba. La trataba como a una chica deseable y adulta. Siempre escuchaba con paciencia lo que ella le contaba y no la hacía sentirse reprimida ni juzgada.

Sin darse cuenta, fue creando una relación de codependencia. Jasper era como una droga y, cada vez que necesitaba desconectarse de sus problemas y evadir la realidad, acudía a él y, con una buena sesión de sexo, se olvidaba de todo.

Ese fue el año y medio más feliz de su vida, hasta que un día llegó a buscarlo y no encontró el viejo remolque. Desesperada, corrió en busca de los amigos de Jasper; Matt le soltó, sin ninguna consideración, que él se había marchado porque no encontraba la forma de deshacerse de ella.

Esa tarde lloró como nunca y cometió la primera estupidez de muchas, corrió al cuarto de su madre y tomó un frasco de pastillas antidepresivas; un par de horas después despertó en la cama de un hospital.

Transcurrido un tiempo supo que, a causa de una denuncia anónima, una trabajadora social había ido a amenazar a Jasper con meterlo a la cárcel si comprobaba que el rumor de que él seducía y corrompía jovencitas menores de edad era cierto.

Enterarse de que no era la única que gozaba de los afectos de Jasper fue un duro golpe. Las palabras que le había dicho Matt cuando lo confrontó por mentirle aun resonaban en su cabeza.

«No eres más que una niña estúpida. ¿En verdad creíste que Jasper estaba enamorado de ti? Él solo quería sexo y pasarlo bien».

Ese día rogó a Matt que le dijera dónde encontrarlo; él le pidió algo a cambio, y Bárbara no pudo negarse, haría cualquier cosa para estar nuevamente junto a Jasper.

Asqueada de sí misma, se embriagó para soportar lo que se venía. Se acostó con Matt solo para descubrir que este la había engañado, pues ni él conocía el paradero de su amigo.

Nunca más supo de Jasper y su viejo remolque, lo cual terminó por destrozarse el último pedacito que le quedaba de corazón. Desesperada por mitigar el dolor que sentía por el abandono de los dos únicos hombres que realmente le habían importado, su padre y Jasper, comenzó a beber sin control y, casualmente, siempre que se embriagaba, despertaba en una cama ajena, a un lado de un chico físicamente parecido al que consideraba el gran

amor de su vida.

Siempre era el mismo patrón: cabello dorado, piel bronceada, ojos azules y sonrisa agradable. A excepción de Matt, que era moreno, siguió una lista interminable de chicos rubios, algunos de los cuales ni siquiera recordaba su nombre, pues o estaba ebria, o drogada. Nunca más entregaría su corazón porque no tenía, Jasper se lo había llevado con él. Se juró que jamás permitiría que un hombre volviera a lastimarla.

Los días siguientes a que Jasper se marchara fueron terribles, las crisis de ansiedad eran tan intensas, al grado que terminó ingresada en un hospital. La trabajadora social, conocedora de sus antecedentes clínicos, obligó a su madre a llevarla a terapia psicológica tres veces por semana.

Bárbara descubrió que una buena dosis de alcohol y sexo ocasional era capaz de neutralizar el dolor por la pérdida. Durante esos momentos de frenesí, se imaginaba que estaba otra vez en el viejo remolque bajo la seguridad y protección de Jasper, y eso la ayudaba a seguir adelante aún mejor que la marihuana o la cocaína. Aunque, después, la cruda moral por su promiscuidad le pasaba factura haciéndola sentirse sucia y, sobre todo, vacía.

Sin pensar en las consecuencias, se abandonó a los excesos. Los chicos de la pandilla con los cuales comenzó a juntarse, en verdad que sabían pasarlo bien. Despertar en una cama ajena con un sustituto de Jasper se convirtió en un patrón de conducta hasta que, después de rodar entre un terapeuta y otro, un frasco de pastillas, una sobredosis que casi le cuesta la vida y las muñecas cortadas, llegó a manos de Emily.

Gracias a ella, comprendió la gravedad de lo que había hecho y comenzó su verdadero camino a la sanación. Dos intentos de suicidio, un aborto y un largo historial de chicos en su haber eran, entre otras cosas, parte de ese pasado que tanto deseaba dejar atrás. Emily la hizo ver lo afortunada que era al no haber contraído sida o cualquier otra enfermedad de transmisión sexual, aunque eso no lograba acallar la culpa de saber que, a causa de sus excesos, había perdido al bebé que desconocía que crecía en su vientre.

Al regresar de sus recuerdos, se reprendió por ser tan estúpida al creer que Ian la tomaría en serio. Los hombres eran unos hipócritas que nunca aceptarían a una chica con unos antecedentes como los suyos. Por mucho que pregonaran la equidad de género, en el fondo siempre serían unos machos arrogantes que, orgullosos, se jactarían de juzgar a la mujer.

Ian no solo la había insultado y humillado al rebajarla a un objeto, sino que

la hizo sentir una verdadera prostituta. Una mercancía que carece de valor alguno una vez que se deshecha.

«Bárbara, no te engañes; tú eres esa clase de chica con la cual uno lo pasa bien, pero no la mujer que llevas a casa de tus padres para presentarla como novia formal».

Las palabras, a veces, solían ser verdaderos cuchillos, crueles, afilados, de corte certero y muy, muy profundo. Exactas y mortíferas para llegar justo a las hebras más sensibles del alma.

«Tu reputación no es más que las primeras seis letras de la palabra. Tu rinconcito no tiene nada de secreto y tiene más visitas que un video que se hizo viral en las redes sociales».

El aire comenzó a faltarle, era obvio que estaba ante una inminente crisis. Se mentalizó para enfrentarla haciendo sus ejercicios de respiración. Gracias a ello, logró ganar el tiempo suficiente para salir de la tina, tomar el móvil y marcar el número de Emily.

—Emily, te necesito...

—*Bárbara, ¿estás bien?*

—Lo intenté, Emily, lo intenté y no resultó —sollozó mientras rebuscaba en el botiquín detrás del espejo algún medicamento que pudiera servirle.

—*¿Qué? ¿Qué intentaste?* —la preocupación en su voz era evidente.

Bárbara no pudo evitar recordar una llamada similar, años atrás, que la condujo a un hospital, donde ella terminó con las muñecas cubiertas por vendajes.

—Ser una chica normal, con un novio normal. Soy un monstruo, una abominación que nadie es capaz de querer. —La respiración comenzó a fallarle entre los sollozos.

—*Tranquilízate, toma el teléfono fijo ahora y marca al 911* —indicó con autoridad.

—Emily, no puedo, yo estoy mal, me falta el aire, yo... voy a morir de dolor... Emily, estoy mareada, no puedo respirar...

—*Bárbara, estás teniendo un ataque de ansiedad, por favor, no te dejes vencer por el pánico, respira con calma. Bárbara, ¿estás ahí? Responde...*

Fue lo último que la pelirroja escuchó antes de que todo se volviera oscuridad. Cayó sin remedio con todo su peso sobre el brazo derecho, golpeándose fuertemente la cabeza con el filo del lavamanos.

CAPITULO VII

*B*árbara abrió los ojos lentamente; de pronto, no supo dónde estaba. Luego, la familiaridad con esa clase de lugares le dio el indicativo; estaba en un hospital. Miró la habitación que en ese momento estaba vacía.

A los pocos minutos apareció una joven enfermera.

—Disculpe, ¿podría decirme cómo es que llegue aquí? —preguntó aún aturdida.

—La doctora Emily Jackson alertó a los servicios de emergencia. Después llamó al edificio y explicó a su casero la situación, para que abriera su puerta a los paramédicos, y así pudieron trasladarla para acá.

—Oh.

—En seguida vendrá el doctor Pulman, él responderá a todas sus dudas. —Con una cálida sonrisa, salió de la habitación.

—¿Cómo se encuentra, señorita Potter? —la cuestionó el galeno. Un hombre atractivo, de sonrisa agradable y unos cuarenta y tantos años.

—Bien, solo un poco aturdida.

—Es normal, le administramos un fuerte sedante y analgésicos para el golpe que se dio en la cabeza al caer desmayada. El brazo —señaló la escayola en la diestra de la joven—, permanecerá inmóvil por al menos cuatro semanas. Tiene suerte de que la inflamación en su cerebro haya cedido sin dejar daños. Dígame, ¿es la primera vez que le sucede algo así?

«¡Oh no, otra vez ese calvario no!», se dijo al borde del llanto. Era como estar reviviendo los años de su adolescencia.

—Si llama a la doctora Emily, ella lo pondrá al tanto de lo que necesite saber. —respondió escueta.

—Bien, ¿y ella es su...?

—Terapeuta, psicóloga.

—Comprendo. ¿Y dónde puedo localizarla?

—Está laborando en el hospital St. John, en San Francisco.

—Eso está muy lejos de aquí. —Silbó el médico.

—Lo sé. La trasladaron hace dos años.

—¿Está usted en este momento bajo algún tratamiento o medicación especial?

—No. Hace cuatro años se me dio de alta en terapia y, en cuanto a los ataques de ansiedad, las crisis estaban controladas, pero... —guardó silencio al recordar los últimos acontecimientos.

—¿Pero?

—Digamos que han pasado cosas y ciertas circunstancias que me llevaron a tener una nueva crisis.

—¿Qué tipo de crisis?

—Será mejor que hable con la doctora.

—Está bien, si es lo que quiere. Mañana a primera hora le pediré a mi asistente que se comuniqué al hospital de San Francisco y la localice.

—Sí, creo que es lo mejor. Mi historial médico es un tanto complicado. —Trató de sonreír—. ¿Cuándo me dará de alta?

—Aún es muy pronto para pensar en ello, jovencita. Tu padre estuvo aquí esta mañana y prometió que regresaría por la tarde.

—¿Mi padre? ¿Esta mañana?

—Bárbara, estuviste inconsciente treinta y seis horas.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Tuvimos que localizar a alguno de tus parientes; el señor Lyle Potter llegó ayer, y tu madre debe estar en la cafetería.

«¡Ay, no!», pensó angustiada. Después de su divorcio y a pesar de los años transcurridos, sus padres no podían estar en la misma habitación sin atacarse el uno al otro. Solo esperaba que tuvieran la sensatez suficiente para comportarse como personas civilizadas.

Tal y como lo temió, por la tarde, cuando sus padres coincidieron en su habitación, comenzaron a discutir sobre quién tenía la culpa de lo acontecido. Lyle culpaba a Anne por estar siempre ebria o empastillada y no ser capaz de cuidar a su única hija, mientras que Anne lo culpaba por apoyarla en la idea de vivir sola y solaparla con dinero para su libertinaje.

La discusión comenzó a subir de tono, y Bárbara gritó furiosa con esos dos egoístas que solo pensaban en sí mismos. Lo último que vio antes de caer en

la inconsciencia fue a las enfermeras que entraron en la habitación y evacuaron a sus padres.

James estaba más que preocupado, trataba de engañarse a sí mismo diciéndose que su interés por la chica pelirroja era solo como tutor, pero la realidad era otra muy distinta. El lunes cuando Bárbara no apareció, se llenó de rabia al pensar que ella había sido una irresponsable al faltar a clases a pesar de la amenaza del comité. El martes se debatía entre la rabia y la preocupación, entonces comenzó a darle vueltas a la posibilidad de que algo pudiera haberle ocurrido. El miércoles estaba que se subía por las paredes; decidido, tomó su expediente y anotó la dirección. Esa jovencita iba a escucharlo. Vaya que sí.

Cuando Bárbara volvió a abrir los ojos, la luz del sol se filtraba a través de las persianas.

—¿Cómo te sientes?

Esa voz tan familiar traspasó las nebulosas que atormentaban su cabeza.

—¿James?

—Sí, siento mucho haber tardado tanto en venir, pero no sabía. —Le acarició la cara con ternura, verla en esa cama de hospital, tan pálida y frágil, le revolvió las entrañas—. Al parecer, a tus padres se les olvidó avisar a la facultad sobre tu estado. Me costó mucho convencer al comité de que tu ausencia estaba bien justificada.

—Mis padres solo están enfocados en destruirse uno al otro —comentó con amargura y, con la mirada acuosa, le relató lo sucedido la tarde anterior—. Así que tienen prohibido entrar juntos a esta habitación.

—Es una pena. ¿Quieres contarme qué te pasó? La enfermera no fue muy clara al respecto; en realidad, me dijo que no estaba autorizada para hablar.

—Yo... resbalé en la tina del baño y, al caer, me golpeé la cabeza y el brazo. —mintió. Lo que menos deseaba era que James conociera su mísera historia, prefería cortarse una mano con tal de que él la siguiera considerando una chica normal.

—Por lo que veo, fue algo de cuidado, puesto que has estado varios días en el hospital.

—Un poco, el neurólogo dijo que no hay problema con el golpe que me he dado en la cabeza; la inflamación ya cedió y, al parecer, no hay daños que lamentar. El doctor Pulman me dará de alta en un par de horas.

James le tomó la mano libre y se la besó.

—No sabes lo mal que me siento por no haber estado a tu lado desde que te trajeron —se recriminó.

—James, ambos sabemos que no deberías estar aquí. Tú y tu trabajo corren peligro y...

—Tranquila, estoy aquí en calidad de tutor. Tengo el permiso de la facultad para verificar que tus faltas a clase están plenamente justificadas.

—Entonces deberías soltarme la mano.

—Lo sé, pero no puedo. No te imaginas lo que sentí cuando el intendente de tu edificio me dijo que estabas en el hospital. Camino hacia acá desfilaron miles de pensamientos fatales por mi cabeza. La angustia de no saber qué te pasó y cómo te encontrabas estuvo a punto de volverme loco. Por favor, no vuelvas a hacerme esto. —Le besó el dorso de la mano—. Tenías razón. —Sonrió—. No tiene caso engañarme a mí mismo. No soportaría perderte, ya no me es posible estar lejos de ti.

—¡Oh, James! —murmuró con los ojos cargados de lágrimas.

—No tienes ni idea del sacrificio que tengo que hacer para no tomarte en mis brazos y besarte hasta quedar sin aliento.

—James, no. Pactamos que mantendríamos las distancias, ¿recuerdas? —Lo miró angustiada.

—Yo... he tomado una decisión, voy a...

—Señorita Potter, no sabía que tenía visita —interrumpió el doctor Pulman. Al entrar en la habitación y ver sus manos enlazadas, miró a James con suspicacia.

—Él es mi... primo, mi primo James, y ha venido para llevarme a casa —alegó Bárbara para que el galeno no lo echara de la habitación.

—Creí que sería su padre el que...

—¡Oh, no! Al parecer, papá tuvo un imprevisto y ha mandado al primo James al rescate —mintió. Lo que menos quería era que su padre se apareciera para llevarla a pasar la convalecencia en su casa, con la odiosa de Lilly y Liam.

Por eso, había ideado el plan de convencer a su madre que iría con su padre y viceversa. Así, cada cual pensaría que ella estaba con el otro. Y como ellos no se hablaban, sabía que tardarían mucho en darse cuenta del engaño.

—Siendo así, ahora mismo tramito el alta —expresó el médico y abandonó la habitación.

—¿Qué ha sido todo eso del primo? —James la miró con reproche—. Tienes que estar con tu familia.

—¡No! —Fue contundente—. Por favor, llévame a mi casa. No quiero ir con ninguno de los dos. Mamá no está en condiciones de cuidar a nadie, ni siquiera es capaz de cuidarse a sí misma, y en cuanto a papá. —Tragó saliva y sus ojos se empañaron—. Lilly me odia y, por desgracia, ha transmitido su veneno a Liam, así que no tengo nada que hacer con ellos. Estoy sola, siempre ha sido así y he aprendido a sobrevivir con eso.

—¿Y tú prometido? —La pregunta salió con gran esfuerzo de su boca al recordar la escena en el restaurante, cuando el junior ese la besó.

—Hemos roto. —Una vez más, mintió, puesto que no habían terminado de mutuo acuerdo; Ian la dejó y en qué forma—. Digamos que teníamos conceptos distintos de lo que es el matrimonio y lo que esto conlleva.

—¿Me escucharé muy hipócrita si digo que lo siento? —Bárbara sonrió, y James deseo besarle todo el rostro y terminar en sus labios. Estaba dispuesto a luchar por ella con prometido o sin él, y ahora que sabía que era libre, no podía estar más feliz.

—James, sé que es mucho pedir y que estoy comprometiéndote, pero, por favor, llévame a casa —suplicó con la mirada vidriosa.

—¿Cómo podría negarme cuando pones esos ojos de cordero asustado?

—Gracias.

—No agradezcas, aún tenemos que resolver el tema de quién cuidará de ti mientras yo no estoy; quizá contrate una enfermera. Sí, creo que eso será lo mejor.

—No. James, no debes involucrarte, si el comité se entera de que estás ayudándome, puede dar pauta a...

—Nada, no hay nada de malo en que un tutor se preocupe por sus alumnos. —La miró con ternura—. Tú, hermosa, no te preocupes por nada, me encargaré de todo. Confía en mí. —Una vez que su hubo cerciorado de que nadie los veía, le dio un fugaz beso en los labios.

—Aquí está el alta y las indicaciones que tiene que seguir esta señorita para recuperarse —dijo el doctor Pulman y, después de despedirse de Bárbara, salió de la habitación.

Al llegar al departamento, James la subió por las escaleras en brazos, como

si de unos recién casados se tratara. La colocó con sumo cuidado sobre la cama y estuvo con ella, abrazándola hasta que se durmió.

Cuando Bárbara despertó, el sol entraba por la ventana con todo su esplendor, por ello dedujo que debía ser más de mediodía. La medicación que le daban le causaba somnolencia. El golpe en la cabeza le molestaba un poco y la escayola en el brazo era muy incómoda; escuchó el movimiento de trastos en la cocina. Se preguntó si sería James.

«No, imposible, tiene que estar en clases».

No pudo evitar recordar cómo se había quedado dormida en sus brazos. Sabía que estaban jugando con fuego, pero ya no le importaba. Solo deseaba estar con él el tiempo que durara su convalecencia. Ya lo había decidido; en cuanto el doctor le diera permiso para volver a clases, pediría su cambio de universidad para el siguiente ciclo.

Por fortuna, solo faltaban un par de semanas para el fin de curso, así que el siguiente bien lo podría iniciar en otra facultad, con otra identidad y lejos de un hombre prohibido. James se estaba portando con ella como todo un caballero andante, y eso la hacía sentir cada vez más inferior a él. No estaba dispuesta a poner en riesgo su trabajo, era algo que él adoraba y, por eso, no podía comprometerlo. Lo mejor era poner tierra de por medio para protegerlo de sí mismo y de la malsana atracción que los envolvía.

Una mujer de mediana edad y aspecto afable entró en la habitación llevándole una bandeja con huevos y jamón, así como un zumo de naranja.

—Señorita, qué bueno que ya despertó. Mi nombre es Bertha, soy el ama de llaves del joven James, él me pidió que viniera a cuidarla mientras se encuentra en el trabajo.

—Gracias, Bertha, es un placer conocerla y, por favor, hábleme de tú. —Se sentó, apoyada en la cabecera, y recibió la bandeja en sus piernas—. Es usted muy amable. James no debió tomarse tantas molestias por mí.

—No es ninguna molestia, niña.

—Gracias.

—No agradezcas; ahora, a comer, que el joven James me encargó cuidarte y alimentarte bien.

Bárbara estaba harta de estar en cama, el dolor en la cabeza había remitido un poco gracias a los analgésicos. Apenas se ponía en pie y aparecía la señora Bertha o James y, de inmediato, la regresaban a descansar.

—Pero, James. Estoy harta de no hacer nada —replicó con un puchero

como si se tratase de una niña pequeña.

—¡Pero nada! Tienes que descansar al menos un día más. Órdenes del médico —dijo él y se instaló junto a ella—. ¿Quieres que veamos una película?

—Lo que quiero es levantarme de esta cama.

—Vamos, no seas tan refunfuñona. —Se puso de pie, encendió el televisor, buscó entre los discos y puso un clásico de todos los tiempos: *Casablanca*. Regresó a la cama, la tomó en sus brazos y, con un tazón de palomitas, se dispusieron a disfrutar de la función.

Bárbara no supo en qué momento se quedó dormida. Cuando abrió los ojos, la pantalla estaba en azul y James dormía a su lado. Una vez más, se había quedado para cuidarla.

Una extraña y desconocida calidez le inundó el pecho. Nunca había sentido algo así por alguien, y eso la inquietó. Le asustaba la forma en que James se estaba metiendo en su ser. No quería amarlo porque eso representaba dolor, y no debía olvidar que él estaba prometido, y lo mejor sería dejarlo ir.

Lo contempló en silencio; después de la facultad, él había pasado por su casa para ducharse y cambiarse de ropa; llevaba vaqueros azules desteñidos y una playera de algodón negra. Sin sus horribles anteojos y vestido con tanta informalidad, le pareció aún más guapo si es que eso era posible. James era un hombre tan bello y masculino que ella no entendía por qué ocultaba su atractivo bajo esa fachada tan anodina y gris.

Maravillada de tenerlo a su lado, le acarició el rostro y, aprovechándose de que él dormía, lo besó.

James soñaba con la explosiva pelirroja que tantos dolores de cabeza le había dado en los últimos días. Los dulces labios de rosado sabor tocaban los suyos en un beso tierno. De pronto, comprendió que no estaba soñando, en efecto, Bárbara lo besaba con suave cautela, como si temiera despertarlo.

El fuego prendió en él de inmediato y respondió con toda la intensidad contenida por demasiado tiempo. El pequeño quejido de ella le recordó que se encontraba en recuperación y que aún no estaba del todo bien.

—Bárbara, deja de hacer esto —murmuró entre besos—. No es correcto, aún estas convaleciente... Será mejor que me marche a mi casa.

—¡No! —soltó afligida—. James, por favor, no me dejes —pidió sin pararse a pensar en las consecuencias.

—Sabes lo que pasará si me quedo —respondió él mirándola con

preocupación.

—Sí, James. —Lo miró a los ojos—. Por favor, quédate —suplicó.

—¡Dios, Bárbara!, sabes que después de esto...

Bárbara silenció sus protestas con un beso. No estaba dispuesta a dejarlo marchar, ni de su cama ni de su vida. En ese momento, no le importaba nada, ni el pasado, ni el futuro, solo ese hombre que se había metido en su sangre y que ahora era parte fundamental de sí misma.

James la miró a los ojos, buscando las respuestas a todas sus dudas, y solo encontró deseo y un anhelo similar al suyo. Le tomó el rostro con las manos y la besó con ternura, pero en cuanto su lengua probó el dulce sabor, perdió todo grado de cordura; los fuegos artificiales estallaron calentando su sangre como nunca le había sucedido con nadie más.

Bárbara de inmediato tomó parte activa en la exploración de los cuerpos, paseó su mano sana por el amplio pecho y la espalda masculina, entonces, James la detuvo.

—Aún no estás del todo recuperada. —Ella estaba por emitir una protesta, pero él la silenció—. Te prometo cuidar de ti, solo déjame amarte. Hoy solo quiero dedicarme a ti, a tu entera satisfacción y placer.

Y a partir de ese momento dejó el alma y la piel en complacerla. Con la lengua y manos, acarició cada centímetro de ella y, con dulces palabras, logró tocar un lugar al que ningún hombre había tenido acceso antes que él, su alma.

Bárbara cerró los ojos ante la intensidad de las sensaciones que la embargaban; el tacto de James sobre su piel era suave, delicado y la transportaba a un mundo emocional en el que no había estado antes. Nunca se había implicado de esa manera con nadie, ni siquiera con Jasper, y eso la hizo sentirse vulnerable y expuesta.

Él siguió tocándola con manos y lengua, saboreándola, disfrutando con ella de la perfecta sincronía y comunicación de sus cuerpos. Cuando por fin James se adentró en su templo, la unión entre ellos fue total, completa y, sobre todo, muy poderosa. Por primera vez en su vida, Bárbara sintió que existía algo más allá del sexo y todos sus traumas. La lujuria había sido remplazada por algo más sublime y perfecto, indestructible e inexplicable con palabras, pero claro y entendible a los ojos el alma.

—James... —pronunció su nombre desde lo más profundo y recóndito de sí misma. Con él se sentía a salvo y no a la deriva, al grado que dejó de

reprimirse y se entregó sin reservas.

James era un amante generoso en atenciones y muy receptivo; permitía que ella actuara sin caretas y la aceptaba con entusiasmo. Hicieron el amor de forma tierna y entregada, sin prisas, tomando su tiempo en conocerse y acoplarse. En el segundo asalto, el fuego los consumió con lujuria y pasión desenfrenada.

El placer al estar unidos parecía no tener límite. Bárbara reconoció en James un alma afín. Alguien que guardaba dentro de sí algo tan grande y especial que resultaba incompresible para los demás, y lo maravilloso de todo era comprender que nadie más que él era capaz de ver a través de su piel y llegar a la esencia misma de sí; a la Bárbara real y en estado puro.

Durante años se sintió una extraña en su propia piel. Las dos versiones de sí misma que cohabitaban en su interior, siempre en constante conflicto entre ellas, por un instante mágico, encontraron la paz necesaria para subsanar sus diferencias y llegar, al fin, a la perfecta armonía y equilibrio. En ese momento en que James la complementaba y fortalecía con su entrega absoluta, no existían ni la parte mala que con su actuar en el pasado solo traía consigo remordimiento y la asqueaba de lo que fue, ni la parte buena en busca de redención y una segunda oportunidad; simplemente, existía Bárbara.

Por vez primera se sentía realmente ella misma, en armonía con su pasado y presente, pero lo más importante, sin miedo al futuro. James no solo le había regalado el privilegio de conocer el amor, porque ya no tenía dudas, amaba a ese hombre; sino que, además, le obsequió algo maravilloso e invaluable, algo que había perdido por completo: esperanza.

Su último pensamiento antes de quedarse dormida en los brazos de él fue que, por fin, había encontrado un hogar.

CAPITULO VIII

Cuando abrió los ojos, Bárbara estaba sola; estiró el brazo y aún pudo sentir la tibieza de las sábanas. No había sido un sueño, James había pasado la noche con ella, en su cama, a su lado.

Las imágenes de lo trascurrido la noche anterior desfilaron en su cabeza dejándole una sensación de plenitud que jamás había experimentado. Escuchó ruido en la cocina, por lo que supuso que él se estaría preparando un café antes de marcharse a su casa para asearse y mudar de ropa antes de ir a la facultad.

Se puso en pie con intención de sorprenderlo, pero la sorprendida fue ella al escucharlo hablar por teléfono.

—¿Cómo que dónde demonios estoy, Nubia? —soltó molesto.

—*Ayer me pasé por tu casa y no estabas, te esperé hasta tarde y nunca llegaste a dormir, así que dime, James, ¿dónde y con quién pasaste la noche?*
—En la voz de la profesora se oía el enojo.

—Fui a... cenar con mis padres y, como se me hizo tarde, me quedé con ellos. —mintió. Él era un caballero y quería, cuando le contara la verdad, hacerlo de frente, en persona y no por teléfono.

—*Oh, ¿entonces te veo en la facultad? Estoy a fuera de tu casa, pero supongo que te irás directo.*

—Sí, me iré directo. —Colgó sintiéndose un miserable por tener que mentirle.

Aunque Bárbara no había podido oír lo que la profesora decía, lo intuyó y se sintió ofendida al escuchar mentir a James con suma facilidad. Pensó en que no debía extrañarle; todos los hombres eran iguales, falsos y egoístas. Él, al igual que Ian, solo buscaba pasarlo bien a costa de la ilusa pelirroja. Sintió como su corazón nuevamente se resquebrajaba y sus tontas esperanzas

agonizaban.

—Creo que lo mejor es que te marches, tu prometida te aguarda y yo no quiero entretenerte más. Por cierto, ya no es necesario que mandes a la señora Bertha ni que te pases por aquí, ya esto bien. —Trató de que no se le quebrara la voz.

—Bárbara, no es lo que piensas —alegó sintiéndose un miserable por colocarla en esa penosa situación.

—¿Ah, no? ¿Entonces solo imaginé que a partir de anoche me he convertido en la otra?

—No digas eso ni en broma. Yo jamás rebajaría a una mujer de esa manera. Y tú, mi pequeña pelirroja, eres demasiado valiosa como para conformarte con eso. —Se pasó la mano por el cabello—. Escucha, quiero hacer las cosas bien, hablaré con Nubia en persona; estarás de acuerdo en que no podía terminar nuestra relación por teléfono, ella merece que le dé la cara.

—Tú, ¿harás eso por mí?

—¿Acaso crees que tengo la costumbre de irme acostando con cualquiera? —Él parecía realmente ofendido—. ¿Por quién me tomas?

—Yo... —De pronto, se sintió avergonzada por su proceder en el pasado. Él era demasiado íntegro y especial, merecía alguien mejor que ella y, por mucho que le doliera, tenía que hacérselo ver—. James, yo... —Las palabras se negaban a salir de su garganta.

—Tranquila, preciosa, sé que tienes miedo de lo que pueda pasar, pero no te preocupes, todo saldrá bien, me encargaré de que así sea. —La envolvió en un cálido abrazo y enseguida la besó—. Ahora tengo que darme prisa si quiero llegar a tiempo a clases.

Bárbara lo vio partir sintiendo como entraba en conflicto; por una parte, estaba más que feliz porque un hombre como él quisiera estar a su lado; era demasiado bello como para querer dejarlo pasar. Pero, por otro lado, sabía que no era digna de él. ¿Qué pasaría en cuanto él conociera su historia? ¿La despreciaría al ver la podredumbre que había en su alma?

Sintiéndose la criatura más mezquina del mundo por desear para sí un hombre tan bueno, se desplomó sobre el sofá y comenzó a llorar.

Los siguientes días fueron como un hermoso sueño. La señora Bertha la atendía como reina, James llegaba para relevarla después de la facultad y, algunas noches, se quedaba con ella.

La profesora Nubia había sido enviada a una capacitación a Washington

DC, por lo que James no tuvo oportunidad de hablar con ella.

Por mutuo acuerdo, decidieron que no harían el amor hasta que James terminara su relación con la profesora, eso hacía sentir a Bárbara menos culpable y más integra; aunque dormir abrazada a él era toda una proeza y ponía en peligro su determinación de cumplir el trato.

El lunes siguiente, ella pudo regresar a clases; la escayola era algo molesta, pero no era impedimento para hacer su vida casi normal. Por fortuna, el golpe en la cabeza ya había sanado casi en su totalidad, por lo que los mareos y dolor desaparecieron.

Dormir con James y después tener que fingir indiferencia era una prueba bastante dura. Restaban dos semanas al ciclo escolar, y eso la tenía tensa y nerviosa. Quedaba poco tiempo para acabar su proyecto final y el temor a no estar a la altura y decepcionar a su adorado profesor la ponía mal.

Faltaba poco para terminar las clases de ese día, Bárbara estaba colocando unos avisos que el director Lewis le pidió agregar en el pizarrón, cuando alguien la abordó:

—Hola, preciosa, ¿ahora sí vas a dejar que te haga inmensamente feliz?

Las palabras lascivas de Greg la molestaron, aunque lo que le causó las náuseas fue que él le pasó la lengua por el cuello y oído. Intentó apartarse, pero él fue más rápido y la abrazó por detrás, metió las manos por debajo de su blusa y le apretó los senos mientras se pegaba a su trasero de forma pecaminosa.

Indignada, forcejeó hasta que consiguió un poco de distancia, lo fulminó con la mirada y le exigió:

—Ya te dije que no te me acerques, me das asco.

Él sonrió de medio lado e hizo como si no escuchara sus insultos, se acercó una vez más y le dijo al oído:

—No tienes por qué hacerte la ofendida conmigo; que no se te olvide, lindura, que yo sé quién eres. —Bárbara lo miró atónita, y él se regocijó del aturdimiento de la joven. Colocó ambos brazos a los lados de la pelirroja cabeza y la acorraló con su cuerpo.

—Te suena el nombre de Oscar Ritz. —Disfrutó a lo grande al ver como a ella se le dilataban las pupilas—. Es mi primo y, si no me equivoco, estuvo contigo en el *High School*, eran parte de la misma pandilla, ¿no es así?

Bárbara quedó petrificada, un sudor frío recorrió todo su ser; los recuerdos de esa horrible época comenzaron a marearla.

—¿Sabes?, hace unos días, en el cumpleaños de la abuela, coincidimos y tuve oportunidad de charlar con él; la plática se puso interesante y mi adorado primo no tuvo reparos en contarme ciertos detalles sobre la *pelirroja TNT*. ¿Te suena?

Ese era el apodo con el que solían llamarla cuando se quitó el aparato dental, cambió de aspecto y se volvió toda una chica rebelde y desbocada.

—Yo... ya no soy así —apenas pudo articular.

—Hierba mala nunca muere. No puedes cambiar tu esencia. Yo sé quién eres, linda. —Le acarició la mejilla—. Y no tengo el menor reparo en hacer contigo eso que tanto te gusta, es más, aquí traigo de los polvitos que, según Oscar, tanto te gusta consumir.

—Eso es mentira, hace años que no...

—No tienes por qué justificarte, preciosura, no te estoy pidiendo explicaciones, solo quiero un poco de lo que tú amablemente das.

Acercó su rostro para besarla; llena de repulsión, ella giró la cabeza. La sorpresa y el aturdimiento fueron remplazados por rabia. Sí, estaba furiosa con ese tipo que se creía que, a causa de su errático pasado, podía chantajearla.

—¡Vete al infierno y déjame en paz! —gritó molesta y, con un movimiento brusco, lo apartó para alejarse de inmediato.

—No te librarás de mi tan fácil, lindura. —La tomó del brazo—. Si no quieres que tu adorado noviecito sepa la clase de mujerzuela que eres, será mejor que te portes bien conmigo.

Por un instante, Bárbara sintió pánico al pensar que Greg pudiera hablar con James, pero al reflexionar comprendió que él se refería a Ian, ya que los había visto juntos en el *pool party*.

—Haz lo que quieras, Greg, tus amenazas no me asustan. Ahora soy una mujer diferente, mi conducta es intachable y el pasado, pasado está.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué estás tan pálida, preciosura? —Sonrío triunfante.

—Pierdes tu tiempo, Greg, no voy a caer en tus ridículos juegos. —Se obligó a mantenerse erguida.

—No menosprecies mis palabras, pelirroja TNT, o puedes arrepentirte. Piénsalo, yo solo quiero una noche, quizá dos; si no me complaces, atente a las consecuencias.

—¡Púdrete, Greg! —Se retiró fingiendo una tranquilidad que estaba muy

lejos de sentir.

Una vez instalada en la oficina de la suplente, se permitió llorar. Solo a ella podían ocurrirle esas cosas; sabía que era demasiado pedir a la vida el tener la oportunidad de una relación normal con James, pero, aun así, le dolía tener que renunciar a él. No podía darse el lujo de postergarlo más, tenía que confesarle la verdad para no arriesgarse a que la supiera distorsionada o exagerada por un tercero, como Greg, por ejemplo.

Cerró los ojos y respiró profundo. La suplente, James o ambos podían llegar en cualquier momento y no debía permitir que la vieran en ese estado. Entró en el tocador de damas, se arregló el maquillaje y regresó como si nada hubiese sucedido. Pasó la tarde sumergida en las tareas que le fueron asignadas. Al llegar la hora de salida, tomó su bolso y se dispuso a salir.

—Hasta mañana, señora Owens —se despidió de la suplente. Posterior a eso, pasó por la oficina de James e hizo lo propio—. Hasta mañana, profesor Jenkins.

—Espere, señorita Potter. —James le entregó un folder con unos documentos y se aseguró de que ella viera la nota que colocó dentro—. Antes de que se marche, ¿sería tan amable de archivar este expediente?

Bárbara asintió con la cabeza, se encaminó al mueble archivero, con suma discreción sacó la nota, la leyó y de inmediato la guardó en su bolso.

No puedo dejar que te marches sola, por favor, reúnete conmigo en el café de la esquina y te llevaré a tu casa.

Tuyo, JJ.

La joven sintió como su corazón bailaba de alegría. Nunca, nadie había demostrado preocuparse realmente por ella como la hacía James, y eso contribuía a que lo amara cada día más.

Tal y como lo prometió, él pasó a recogerla en el sitio acordado; después de cerciorarse de que nadie los veía, la joven subió al auto.

—En verdad lo siento —se disculpó nada más tenerla a su lado.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? —preguntó asustada. Por un momento, pensó que Greg había cumplido sus amenazas y que había hablado con él y que iba a dejarla.

—Por tener que esconderte, no mereces este trato, pero mientras no se resuelva nuestra situación, no puede ser de otra manera.

Bárbara soltó el aire aliviada y, por fin, desde que Greg la había abordado,

se permitió relajarse un poco. Sabía que tenía que sincerarse con James, pero reconocía que el auto no era el mejor sitio para tener esa conversación.

—Yo también lo siento y comprendo el riesgo que corres al estar conmigo, James. —Le acarició la mejilla—. Así que no te sientas culpable por tener que ocultarnos ante el mundo. Ya llegará el momento en que podamos gritar a los cuatro vientos lo que hay entre nosotros. —No dijo que había solicitado un cambio a otra universidad, ya tendrían tiempo de hablarlo más tarde.

—Gracias por comprender. No sabes lo que daría por que la situación fuera distinta. Me siento un ruín por hacerte pasar por esto.

—Lo sé, y eso es lo importante. James, mírame —pidió amparada de que la luz del semáforo marcaba alto—. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad? —lo dijo de corazón.

—Sí, y eres plenamente correspondida. —La miró con una mezcla entre ternura y pasión—. ¿Qué tal tu día, pelirroja de mi corazón? —Optó por un cambio de tema.

—No tan bien como quisiera.

—¿Qué sucedió? —La preocupación se notó en su voz.

—Nada importante, lo mismo de siempre, una pequeña riña con el señor Ascott. Quizá tenga razón y solo estoy ocupando inútilmente una banca que podría usar alguien que sí lo merezca. —Sonrió para ocultar el dolor que esas palabras le causaron.

—Hey, no digas eso ni en broma. —Le sonrió con ternura—. Eres una magnífica persona. Es verdad que has descuidado un poco tus estudios, pero ya estamos arreglando eso. —Hizo una pausa—. Bárbara, dentro de ti hay un enorme potencial, solo es cuestión de que te permitas creer en ti misma. Escucha bien, pelirroja, nunca dejes que nadie te diga que no eres lo suficientemente buena o que no puedes. Yo creo en ti.

«Yo creo en ti». Esas palabras se grabaron con fuego en el alma de la joven. Un par de lágrimas escaparon de su prisión esmeralda y rodaron por unas rosadas mejillas.

—No llores, bonita. No es para tanto, ya verás como el señor Ascott termina por reconocer la profesional que hay en ti.

—No es eso, son tus palabras. Jamás, nunca, alguien me había dicho que cree en mí.

—Pues yo lo hago y estoy convencido de que puedes lograr lo que te propongas. —Le sonrió de esa seductora forma que mostraba sus preciosos

caninos que a ella le ponían el cuerpo como si fuera de mantequilla—. Será mejor que cambiemos de tema. Te voy a contar algo que nadie, aparte de Nubia y el director Lewis, sabe. —Hizo una pausa—. La razón por la cual tengo que cuidar tanto mi imagen es porque, si nos descubren, no sería la primera vez que se me acusa de seducir a una alumna.

—¿Qué? —No pudo ocultar su sorpresa.

—Antes de continuar, necesito saber si confías en mí.

—Total e irrevocablemente. —Sintió un vuelco en el corazón al ver que él sonreía complacido.

—Hace uno años, una chica se obsesionó conmigo y comenzó a perseguirme. Como me negué, me tendió una trampa y se me acusó de seducirla.

—¿Entonces? ¿Qué pasó? ¿Te echaron?

—Sí, pero tiempo después, una de las amigas de la susodicha no soportó la culpa y terminó confesando todo.

—¡Vaya! ¿Al menos se te hizo justicia?

—Sí y no. No, porque mi plaza ya había sido ocupada por otro profesor y no pudieron regresarme el trabajo. Sí, porque dieron una disculpa pública para limpiar mi nombre y el director terminó recomendándome ampliamente para ocupar el puesto de maestro que tengo hoy en día. Lo de la tutoría llegó dos años después, eso me lo gané a base de trabajo duro. ¿Comprendes por qué es tan importante para mí est...?

—No tienes que darme más explicaciones. —Lo silencio poniendo un dedo sobre sus labios—. Agradezco el que me contaras esa parte tan importante de tu historia. —Se sintió mezquina por no ser capaz de contar la suya, pero ya lo haría.

—Cambiando de tema, dentro de unos días será el aniversario de mis padres y...

—¡No! —se adelantó preocupada—. No puedes presentarme a tus padres sin terminar antes con la profesora Nubia. Me sentiría...

—Lo sé. —Estacionó el vehículo frente al edificio de apartamentos de Bárbara, tomó su rostro con las manos y le dio un beso fugaz—. Créeme, tampoco me atrevería a pedirte que me acompañaras sin antes definir mi situación. Ante mis padres, Nubia sigue siendo mi prometida y, mientras ella no regrese, no podré remediar eso. —Se bajó del auto, lo rodeó y, como todo un caballero, abrió la puerta del copiloto para que ella saliera—. Solo quería

que estuvieras enterada por qué tendré que ausentarme un par de días, y me preocupa dejarte sola.

—No seas exagerado, nada va a pasarme. —Movi6 las manos como restándole importancia.

—No lo sé —alegó poco convencido.

—James, tienes que confiar en mí. —Lo miró con todo el amor que tenía para darle—. Estaré bien.

Los días transcurrieron inexorables, Bárbara y James seguían con la promesa de no dejarse llevar hasta que él terminara su compromiso. La atracción y tensión sexual entre ellos era tan fuerte que acordaron mantener las distancias; él no volvió a pasar la noche en el apartamento porque para ambos era un verdadero martirio tener que dormir juntos sin poder tocarse.

El viernes por la tarde, después de dejarla en su edificio, James se marchó a casa de sus padres. La fiesta de aniversario se celebraría el sábado por la noche, por lo que él prometió estar de regreso el domingo alrededor de las siete.

El sábado, Bárbara se sintió muy deprimida, extrañaba demasiado a James, así que optó por pasar el día fuera de casa; el lugar elegido fue el gran centro comercial Oriente. Estuvo viendo escaparates y hojeando las revistas en la tienda departamental; después entró en la librería hasta que su est6mago protestó, entonces se dirigió al restaurante de comida china. Ya avanzada la tarde, entró al cine. Al salir de la función, sacó el móvil para ver la hora y descubrió que se había agotado la batería. Decidió regresar al apartamento porque si James quería llamarla, no podría localizarla.

Grande fue su sorpresa al llegar y enterarse, por boca del propio intendente, que un corto en la caja de los fusibles del edificio mantendría a todos los inquilinos sin luz por unas cuantas horas.

La sensación de soledad y aislamiento se hizo más patente ante la oscuridad de su apartamento. Sin perder tiempo, salió nuevamente a la calle y en unos cuantos minutos estuvo frente a la puerta de la única persona de la cual podía echar mano.

—Rouse, sé que es tarde, pero... yo... —No sabía cómo plantear su petición sin parecer una adolescente asustadiza.

—¿Qué sucede?

—Hubo un problema con la instalación eléctrica y mi edificio está sin luz, y pensé que quizá... claro, si no estás ocupada, a lo mejor tienes planes para salir con Joshua y yo solo estorbaría...

—Deja de balbucear y pasa. Claro que puedes quedarte, y por Joshua no te preocupes, estará fuera todo el fin de semana. Su hermana tuvo a su hijo y a él le tocó llevar a su madre a conocer al pequeño. Así que yo también estoy sola. —Sonrió para animarse.

—Te importaría si conecto mi teléfono, es que me he quedado sin batería —pidió una vez que estuvo instalada.

—Estás en tu casa —ofreció Rouse amable—. Siéntete cómoda y en confianza.

—Gracias, la verdad es que estoy agotada. Me he pasado fuera todo el día y mis pies ruegan por un descanso. —Nada más tocar almohada, cayó rendida y se olvidó de encender el móvil, a fin de cuentas, James estaría muy entretenido en la fiesta y dudaba que la llamara a esa hora.

Al abrir los ojos, por un momento se sintió asustada al despertar en una cama ajena; el temor de volver a lo pasado la invadió, pero poco a poco fue cayendo en consciencia de que estaba en casa de Rouse, a salvo. Después del desayuno, se despidió de su amiga, agradeciéndole su hospitalidad, y regresó a su apartamento.

—Señorita Potter, qué bueno que la veo. —El intendente la abordó cuando estaba metiendo la llave en la cerradura—. El problema con la instalación eléctrica ya ha quedado resuelto —informó orgulloso.

—Gracias, esa es una magnífica noticia. —Sonrió.

—Lo sé, que tenga un excelente día —se despidió el hombre.

—Igualmente, señor Richmounth.

Entró sintiéndose de mejor ánimo. La soledad seguía sin gustarle, se consoló al pensar que solo faltaban unas cuantas horas para volver a ver a James. En ese instante, llamaron a la puerta y ella abrió convencida de que se trataba del señor Richmounth, que quizá olvidó decirle algo.

—¿Qué sucede, señor...? —No pudo terminar la pregunta porque un brazo fuerte la apresó al tiempo que otro cubrió su boca para evitar que ella pudiera gritar. Fue arrastrada sin remedio alguno dentro del apartamento.

—Ni se te ocurra gritar o te devano el cuello. —La familiar voz solo acrecentó su confusión. Al instante de reconocer a su atacante, dejó de forcejear, pero le extrañó que él no la soltara.

—Jasper, no es necesario el cuchillo —murmuró desconcertada. Durante años deseó volver a verlo y, ahora que lo tenía ante sí, no sabía qué era exactamente lo que sentía—. ¿En verdad es necesario que te presentes así? —preguntó más calmada, él jamás le haría daño, ¿o sí?

—No sé por qué te asombras tanto de verme, ¿en verdad creíste que dejaría las cosas en paz después de lo que me hiciste? —cuestionó resentido.

—¿De qué estás hablando? ¡Fuiste tú quién me abandonó! —respondió indignada.

—No te hagas la inocente, sé que de esta boquita salió la denuncia que me mantuvo encerrado todos estos años...

—¿Qué? ¿Encerrado?

—No finjas, de sobra sé que fuiste tú quién me denunció con esa estúpida trabajadora social.

—Eso no es verdad, yo... —Se atragantó por la sorpresa—. Yo te quería. Un día llegué a donde tenías el viejo remolque y simplemente no estabas. Te busqué como loca, y Matt me dijo que te habías marchado porque no sabías cómo deshacerte de mí.

—¡Mientes! —gritó.

—¡No! ¡Yo te quería y lo sabes! No tienes ni idea de lo que tu abandono ocasionó en mí. Durante años intenté localizarte.

Por un momento, Jasper pareció vacilar y se apartó unos pasos.

—¡Mientes, maldita bruja! Por tu culpa pasé todos estos años en la cárcel, observando cómo mi juventud se perdía dentro de una mugrienta celda. —El resentimiento es sus palabras la puso en alerta.

—Jasper, por favor, créeme, yo jamás te haría algo así. En verdad te quería.

—¿Y por eso, en cuanto me apresaron, corríste a revolcarte con mi mejor amigo? —La sacudió lleno de rabia.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...? ¡Matt! —No fue difícil atar cabos—. Ese miserable me chantajeó a cambio de decirme dónde encontrarte, me engañó, y yo estúpidamente le creí cuando me dijo que no tenía la menor idea de dónde podrías estar. Que yo le gustaba desde hacía mucho tiempo y que el chantaje fue la única forma que encontró para poder acceder a mí. —Jasper meditó sus palabras un momento, pero aún no le creía—. Comprende, ese maldito nos engañó a los dos. Siempre tuvo envidia de ti y vivía añorando lo que tú tenías, incluyéndome.

—¡Calla, perra barata! No vas a convencerme con tu palabrería. Voy a

disfrutar tanto el cortar ese hermoso cuerpecillo tuyo. —Se lanzó contra ella y, colocando la fría cuchilla en el níveo cuello, la apretó contra sí en un movimiento brusco.

—¡Jasper, no! Piensa en tu futuro, aún estas a tiempo de la redención...
—Las macabras carcajadas de él helaron la sangre de Bárbara.

—¿Acaso crees que me importa? ¡Mi vida está echada a perder! —gritó—. Soy un maldito expresidiario acusado de corromper menores y pederastia.

—Pero no eres un asesino —replicó esperanzada de convencerlo.

—Siempre hay una primera vez. Y tú...

En ese momento, llamaron a la puerta; Bárbara aprovechó la distracción de él para correr, pero Jasper alcanzó a reaccionar y la detuvo. Comenzaron a forcejear y, en un instante, él la tenía en el piso sometida bajo su cuerpo.

—Un solo ruido por tu parte, preciosa, y te corto en pedacitos. ¿Entendiste?

Había tanto odio en sus palabras que Bárbara entendió al fin la verdad; estaba perdida y a manos de un loco resentido. Mientras Jasper tapaba con la mano su boca para impedirle gritar, pudo observarlo, y lo que vio en él la horrorizó. ¿Dónde estaba el joven cariñoso y atento que, durante años, ella añoró? Emily tenía razón, solo idealizó a un chico que en realidad no conocía.

Sin poder evitarlo, comenzó a llorar. Lloró por lo tonta e ilusa que era, por la niña asustada que se refugió en un enfermo sexual; por los años que perdió añorando un fantasma, un personaje que solo había existido en su mente.

Después de un momento, el silencio volvió, delatando que quien llamó a la puerta, se había marchado.

—Sí, eso es, llora, pero ¿qué crees? Tus lágrimas de cocodrilo no logran conmoverme. Siempre fuiste tan patética —se burló—. Solo te aguanté por el entusiasmo que ante todo mostrabas. Eras tan estúpida que no veías más allá de lo que querías ver. Me hacías sentir tu príncipe azul, y eso elevaba mi ego ante los de la pandilla. Pasábamos horas divirtiéndonos de lo ilusa que eras, parecías un animalito de la calle que se vuelve leal al primero que le da de comer.

Escuchar esas crueles palabras de labios del que, por años, consideró el gran amor de su vida, fue demoledor y la devastó. Comprendió que no conocía de nada al tipo montado encima de ella.

—Vas a venir conmigo y comenzarás a pagar tu deuda. La *madame* quedará encantada con ese aspecto de chica desvalida que tanto te gusta mostrar. Has

cambiado para bien, ahora pareces más mujer. Los hombres se volverán locos y pagarán una fortuna por ti. A fin de cuentas, es lo que te gusta, ¿no? —Bárbara lo miró horrorizada y él, gustoso, continuó—: Así es, jovencita, con este cuerpecito tuyo voy a cobrarme todas y cada una de las penurias que pasé en ese maldito sitio. —Le pasó el frío filo metálico por el cuello y en medio de los senos hasta llegar al ombligo.

Bárbara sintió como el pánico se apoderaba de ella. Se preguntó cómo había podido considerar a ese repulsivo ser digno de su amor y benevolencia. Mientras él la acariciaba de forma íntima, las náuseas se convirtieron en arcadas y estas, en un inminente ataque de pánico.

—Jasper, ayúdame, no... puedo... respirar... Jasper... —El semblante se le puso pálido como el de un muerto, la respiración comenzó a faltarle hasta poner sus labios azules. El silbido que hacía su pecho al jalar el aire era síntoma inequívoco de una inminente crisis; pero, en esta ocasión, tan poderosa y fuerte como nunca le sucedió.

«¡Dios! Ahora sí voy a morir», fue su último pensamiento antes de perder la consciencia.

CAPITULO IX

*J*asper se asustó al ver el aspecto de Bárbara y, de momento, no supo qué hacer. Lo que menos necesitaba era una persona muerta en su expediente.

—¡Maldita asmática! —gritó encolerizado al recordar los padecimientos de ella.

Pensó en llevársela, aunque fuera a rastras, para deshacerse del cadáver; entonces comprendió que era mucho riesgo y decidió marcharse. Nadie lo había visto entrar, así que no había peligro de que lo relacionaran. Salió deprisa sin preocuparse por cerrar bien la puerta, se dirigió a la escalera de incendios y abandonó el lugar.

El señor Richmounth bajaba de la azotea cuando vio el apartamento siete abierto. Se asomó y casi le da un infarto al ver a la chica muerta. Sin perder tiempo, llamó a la policía. Los servicios de emergencia llegaron al cabo de unos minutos y comprobaron que la joven aún estaba con vida.

Cuando Bárbara despertó, estaba en una cama de hospital, recapituló lo sucedido y el pánico comenzó a correr por sus venas.

—Tiene que tranquilizarse, ahora todo está bien —dijo la enfermera, amable, al notar la respiración agitada de la joven—. Estamos en espera de los resultados de laboratorio para determinar la causa de su desvanecimiento.

—¿Dónde está? —preguntó, aterrada, mientras intentaba quitarse la sonda con la cual la tenían canalizada; estaba dispuesta a marcharse.

—¿Dónde está quién? —La enfermera la detuvo.

—Jasper.

—¿Quién?

—El tipo que me atacó.

La enfermera la observó preocupada; lo que en un principio se había catalogado como un desmayo, de pronto estaba tomando derroteros

insospechados.

—¿Está segura que...?

—Sí, él tenía un cuchillo, ¡quería matarme! —Comenzó a llorar desesperada al tiempo que se atragantaba. La taquicardia, la sudoración fría recorriendo su cuerpo, la opresión en el pecho, la falta de aire...

La enfermera comprendió que la joven estaba ante una severa crisis de ansiedad en plena fase.

—Tranquilícese, ahora está a salvo. Intente respirar con calma, no pasa nada, todo estará bien. —Pero la chica parecía no escucharla, su estado de histeria era más que evidente. Necesitaba ayuda, por lo que, sin perder tiempo, corrió en busca del médico para que le administrara un poderoso sedante.

En cuanto el doctor Pulman entró en la habitación, reconoció a la chica pelirroja. Había solicitado su expediente a la doctora Emily Jackson, la ocasión anterior en que la joven estuvo ingresada por una crisis de ansiedad, así que estaba al tanto de su historial médico. Después de someterla, le administró un medicamento para hacerla dormir unas cuantas horas.

—Doctor, creo que va a ser necesario llamar a la policía —comentó la enfermera en cuanto Bárbara se durmió. Entonces explicó lo que la joven le había contado antes de tener la crisis.

James estaba como loco, había intentado comunicarse con Bárbara por horas y el móvil marcaba que estaba apagado. En su apartamento tampoco contestaba y eran más de las doce. Se preguntó dónde estaría, si se encontraría bien.

Sin poder aguantar un minuto más de angustia, salió en su busca. Regresó cerca del amanecer a casa de sus padres, estaba realmente desconcertado. Bárbara no había ido a dormir a su apartamento y el no saber de ella lo estaba matando. Intentó, una vez más, en el móvil, pero este seguía inoperativo.

Una sombra que atravesaba el recibidor llamó su atención. Le sorprendió ver a su hermana tomar su bolso y salir como alma que lleva el diablo. La siguió y, antes de que ella arrancara, preguntó:

—¿Está todo bien?

—No, ha surgido un problema grave con una amiga y me necesita. Dile a mamá que regreso más tarde —se despidió con la mano, y James se quedó pensativo, observando como su hermana pequeña se alejaba.

Bárbara se percató de que alguien sostenía su mano y le acariciaba el cabello. Sentía los párpados pesados y le fue difícil abrir los ojos. Cuando al fin pudo enfocar el rostro de la persona a su lado, se sintió inmensamente feliz.

—¡Emily! ¿En verdad estás aquí?

—Sí, estaba en casa de mis padres por una celebración especial cuando el doctor Pulman me llamó.

—¡Dios! No tienes idea de lo que pasó. Jasper... él... él me atacó. —Comenzó a llorar.

—Shhh, estoy aquí y todo estará bien. —La abrazó y Bárbara empezó a calmarse al sentir la calidez y familiaridad de su terapeuta—. Eso es, tranquila, nada ni nadie podrá dañarte, ahora estás a salvo.

Bárbara se relajó ante la suave y armoniosa voz de su amiga. Con ella se sentía protegida, segura. Cuando Emily notó que la joven había bajado la guardia, hizo la pregunta obligada.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—No puedo hacerlo sin alterarme.

—Bárbara, es necesario que lo hagas. Tienes que hablar con la policía para levantar cargos. Hay un agente afuera esperando entrar para interrogarte. Sí lo comprendes, ¿verdad? —La miró a los ojos—. Tienes que ser valiente, recuerda que, a base de fuerza de voluntad, te mantuviste limpia durante varios años. Yo sé que puedes.

—¿Te quedarás conmigo?

—Por supuesto, estaré siempre que me necesites.

—Estoy lista, dile que pase —consintió mientras apretaba con fuerza la mano de su amiga.

Durante los siguientes minutos, relató los hechos y contestó las preguntas hechas por el agente. Este le aseguró que atraparían a Jasper y que se asegurarían de que nunca más volviera a molestarla.

Al abandonar el hospital, en lugar de pedirle al taxi que las condujera al apartamento de Bárbara, Emily le dio instrucciones para ir a la casa de sus padres.

—Pero...

—No pierdas tu tiempo. Ya está decidido, tengo un par de días de permiso, así que no hay pretexto, te quedarás conmigo.

—Pero tengo que asistir a la facultad —replicó.

—Lo sé, pero olvidas que, a causa de las festividades de la ciudad, las clases se reanudarán hasta pasado mañana, por lo tanto, tomaremos estos días como un descanso.

Sin nada más que argumentar, Bárbara aceptó lo que Emily le proponía, a fin de cuentas, eso era mejor que estar sola. Pensó en llamar a James, pero no tenía su celular con ella y desconocía el número. Resignada a verlo hasta el miércoles, Bárbara se dedicó a mirar por la ventana del vehículo de alquiler.

Al llegar, se sorprendió de la belleza de la propiedad situada a las afueras de la gran ciudad. Rodeada de amplios jardines, se erguía la casa más impresionante que había visto en su vida. Blanca, de grandes columnas y ventanas, así como de un estilo armonioso entre sencillez y elegancia. Pensó en que los padres de Emily debían de ser inmensamente ricos; todo a su alrededor lo denotaba.

Contrario a lo que esperaba, los señores Jackson resultaron ser dos personas encantadoras. Ahora entendía de dónde provenía el generoso corazón de la joven doctora.

—Ponte cómoda, linda. Si quieres asearte o dormir un rato, la cena se sirve a las siete —ofreció la amable señora Emma, madre de su amiga.

Y así fue como Bárbara terminó instalada en la habitación del hermano mayor de Emily. Paseó su mirada por la alcoba, estaba llena de trofeos y la falta de objetos personales denotaba que hacía años que su dueño no la usaba.

Sobre el escritorio solo había una vieja fotografía de dos chicos recién salidos de la piscina. La gorra y los lentes protectores no dejaban admirar del todo el rostro de los jóvenes. Colocó la imagen en su lugar, sintiéndose una intrusa. Decidió no husmear más y dejar de lado su curiosidad.

Debía estar más cansada de lo que pensaba, ya que, cuando abrió los ojos, el sol de la mañana entraba por la rendija de las persianas. De pronto, no cayó en cuenta en dónde se encontraba.

—¡Oh, no, la cena! —Se puso de pie a la velocidad de un rayo y comprendió que ya era otro día.

Al abrir la puerta, se topó con Emily que venía cargada con una bandeja en la cual llevaba huevos, tocino, tostadas, mermelada de frutas, un vaso de

zumos de naranja y café.

—Lo siento, me quedé dormida —se disculpó.

—Lo sé, el ansiolítico que te recetó el doctor es muy fuerte y tiene ese efecto secundario.

—Pero ¿y tus padres? Pensarán que soy una maleducada.

—No te preocupes por ellos, les conté la parte pública de lo que has pasado y comprendieron que te encuentres agotada física y mentalmente.

—¿Y la versión es?

—Que te atacó un exnovio loco y pasaste por momentos muy difíciles.

—Lo cual no era mentira.

—Gracias. En verdad te agradezco todo lo que haces por mí.

—No agradezcas, es parte de mi trabajo.

—Esto no lo es. —Señalo la habitación—. Sabes que nuestra relación hace tiempo que pasó los límites médico paciente. Yo sé que ante todo eres mi amiga.

—Ni cómo negarlo. —Sonrió Emily—. Ahora come, que tenemos mucho por hacer, como asolearnos un rato junto a la piscina.

El día pasó lleno de actividades; Emily se encargó de mantenerla ocupada y trabajó en que la joven asimilara de la mejor forma posible el ataque sufrido.

—¿Estás segura que puedes volver a clases? —la había cuestionado Emily.

—Tengo que hacerlo, recuerda que sobre mi cabeza pesa la amenaza del comité. Emily tienes razón, no puedo vivir atemorizada y dejar que ese tipo controle mi vida. Estaré bien, el señor Richmounth ya está enterado y estará al pendiente del portero automático. Eso sin contar con que ha reforzado las ventanas y puerta de mi apartamento. Además, te he prometido que buscaré una compañera de piso y lo haré.

Por la noche, después de cenar, las amigas se acostaron sobre la cama de la habitación de Emily y conversaron durante horas como si fueran dos adolescentes en *la hora de las confidencias*.

La pelirroja le contó todo sobre su vida. Le habló de la confusión y contradicciones a las que se había tenido que enfrentar. Por un lado, le era difícil soportar la cercanía y el tacto del sexo opuesto, pero, por otro, ansiaba y tenía verdadero deseo sexual por un hombre en particular.

—Es normal que sientas cierta renuencia al sexo después de lo que te pasó, pero también es muy sano y normal que experimentes deseo físico por un hombre al que amas y en el cual confías. Eso es un proceso, él te fue ganando

día a día. ¿No es así?

—Sí, no tiene caso negar que mi profesor de literatura me tiene perdidamente enamorada. Es una pena que tengamos que mantener lo nuestro en secreto hasta que él no termine con su prometida y yo cambie de facultad.

—Un momento... —Emily comenzó a atar cabos—. ¿Estás saliendo con mi hermano? —Se sentó con la rapidez de un rayo.

—¿Qué? ¡No! —contestó Bárbara, incrédula, y se incorporó.

—Claro que sí, y corrígeme si me equivoco; el famoso profesor misterio es James Jenkins, ¿no es así? Su prometida es una morena exótica y antipática llamada Nubia.

Bárbara la miró con la boca abierta de par en par. Trató de decir algo, pero las palabras no eran capaces de superar la barrera de la sorpresa.

—¡No puedo creerlo! ¿James y tú? ¡Si son totalmente opuestos!

Bárbara estaba de acuerdo, eran tan contrarios que quizá allí radicaba lo atractivo de su relación.

—¿Cómo es posible que sea tu hermano si llevan apellidos distintos? Incluso físicamente son muy diferentes —por fin pudo pronunciar.

—Lo sé, él se parece a su verdadero padre. Verás, el papá de James murió en un accidente de tráfico cuando él era un niño; años después, su madre se casó con mi papá y a los dieciocho meses nací yo. Somos hermanos solo de madre.

—Esto es increíble. Me siento tan incómoda, ¡te he hablado de cosas tan íntimas y se trata de tu hermano! —Avergonzada, se cubrió el rostro con las manos.

—No te preocupes, entiendo que para ti él es un hombre.

«¡Y qué hombre!», pensó Bárbara recordándolo.

—¿No estás molesta conmigo?

—¿Por qué habría de estarlo?

—James es un hombre maravilloso y merece algo mejor que una loca con un pasado desastroso.

—No digas eso, eres una persona especial, valiente, leal, noble... ¿Quieres que continúe con tu lista de atributos?

—No. Agradezco lo que intentas hacer, pero entiendo que aún me cuesta creer que las personas me quieran. Tú mejor que nadie lo sabes.

—Sí, y no necesito decirte que mi amistad es genuina, ¿o sí?

—No, y te agradezco el que me permitas ser parte de tu vida.

—Bárbara, si James te ha aceptado, ni yo ni nadie puede poner objeciones. Ante las palabras de su amiga, Bárbara no pudo contenerse y comenzó a llorar.

—Ese es el problema; él ignora mi pasado, aún no he reunido el valor para confesárselo y me siento mezquina por ello.

—Bárbara, ya hemos hablado al respecto. Lo que hiciste estuvo mal, sí, es verdad, pero eso ya pasó.

—¿Y si vuelvo atrás? ¿Si nunca me curo?

—Bárbara, no estás demente. Solo eres una persona que ha pasado por acontecimientos muy difíciles de asimilar y necesita un poco de ayuda de vez en cuando.

—Tengo tanto miedo de regresar al pasado, de volver a ser una mala persona —sollozó—. Me aterra no ser digna de James.

—¿Tanto lo amas?

—Sí.

—No tienes por qué temer, el pasado nunca regresará a menos que tú lo permitas. Y lo que te acaba de pasar con Jasper es algo difícil. No dejaremos que te haga daño. —La tomó por los hombros—. Tienes que hablar con James para que esté enterado y pueda protegerte.

—Lo sé. ¿Crees que él pueda perdonarme por lo que hice, por la chica que fui?

—Lo hará. Mi hermano es un gran hombre. Y olvídate de esas tonterías de renunciar a él porque no estas a su altura. Eso es solo basura. ¿De acuerdo?

—Sí. —Secó sus lágrimas y sonrió—. ¿Entonces? ¿Cuento con tu bendición?

—¿Tú qué crees? —La abrazó—. Bienvenida a la familia.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la facultad, Bárbara buscó a James y lo primero que le dijo fue:

—Tenemos que hablar.

—Claro que sí. Tienes mucho que explicar, jovencita. ¿Dónde estuviste? ¿Por qué no contestaste mis llamadas?

—Hubo un corto en el apartamento y eso provocó que nos quedáramos sin luz. Me quedé a dormir en casa de Rouse, y en cuanto al móvil, me quedé sin batería.

—¿Qué hace aquí, señorita Potter? ¿No debería estar en clase? —la cuestionó el director Lewis.

—Sí, ya me voy —respondió la joven con una sonrisa. En cuanto el hombre se dio la vuelta, habló en un tono de voz bajo, pero no lo suficiente, para que James pudiera oírlo—. Tengo algo muy importante que decirte. Si vamos a continuar con lo nuestro, es necesario que lo sepas —dicho esto, se marchó.

Mientras recorría el pasillo, Bárbara se mentalizó para pasar las siguientes horas fingiendo ser solo una alumna más. Estaba más que nerviosa, ese día era decisivo, no solo tendría que presentar su proyecto de fin de curso, sino que, además, le contaría a James la historia de su vida.

Cuando el momento de pasar al frente y exponer su trabajo ante la clase llegó, Bárbara dirigió a James una mirada angustiada; él asintió con la cabeza, dándole ánimos, y ese gesto tan simple le bastó para recuperar la confianza en sí misma.

Comenzó exponiendo la importancia de la novela romántica en la vida de las personas, después habló de la narrativa femenina del siglo XXI. La trascendencia, crecimiento e importancia, así como de sus máximas portavoz.

—Para complementar lo dicho, traje un video con diapositivas —informó orgullosa.

James ordenó a un par de alumnos que cerraran las cortinas, se encaminó a bajar el interruptor de la luz, pasó a un lado de Bárbara y, con disimulo, colocó una nota dentro del bolso delantero de la chaquetilla que ella traía puesta. De espaldas a ella, simuló revisar algo en los apagadores de luz al tiempo que expresaba en voz baja para que solo ella pudiera escucharlo: «Sabía qué lo harías. Excelente, pelirroja, y eso que todavía no he visto el final». Apagó las luces del salón para que se pusiera en marcha el proyector de imágenes y tomó asiento para disfrutar la conclusión de aquel impresionante trabajo que lo dejó verdaderamente sorprendido.

Bárbara introdujo la memoria USB en el aparato y, en cuanto pulsó el botón de *play*, la pantalla se llenó de imágenes en las cuales una chica pelirroja sostenía relaciones sexuales con varios hombres a la vez. La melodía sensual y los gemidos exagerados inundaban el silencio sepulcral del aula. Al final de la reproducción, aparecía el link de descarga.

El video solo duró un par de minutos, los cuales bastaron para que todos los presentes se percataran de que la chica del video era ella. Los tipos que la acompañaban llevaban en el rostro máscaras de superhéroes, por lo que era imposible reconocerlos.

Petrificada, Bárbara observó como el silencio se convertía en bullicio y

miradas, algunas burlonas, otras sorprendidas y otras tantas acusadoras, pero ninguna expresaba tanto como un par de ojos verdes que la fulminaron sin tregua.

Greg pasó a su lado y le susurró al oído: «No sabía que te gustaban tanto los superhéroes. Gustoso compraré una máscara si eso te excita».

Incapaz de articular palabras, de pronto dejó de escuchar, la palidez se apoderó de su rostro, el aire comenzó a faltarle, el pecho le dolía, tenía el estómago revuelto y, después, todo se volvió oscuridad.

Cuando despertó, estaba en la cama de un hospital. Recordó como entre sueños que una enfermera le había arrojado un cubo en el cual, varias veces, vació su estómago. Las imágenes de aquel horrible video se repetían en su cabeza causando que las náuseas volvieran. Debía estar aún muy sedada, le costaba pensar con claridad y el estado de falsa paz que sentía era efecto de los medicamentos, lo conocía bien. «Primero, calma, y luego, la terrible realidad». Odiaba tener que recurrir a esos evasores, pero aceptó que en esta ocasión era absolutamente necesario.

Los párpados le pesaban, cerró los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, James estaba a su lado y no parecía haber nadie más en la habitación que ellos dos.

—¿Estás bien? —preguntó con la mandíbula apretada, evidenciando tensión. Bárbara se limitó a encogerse de hombros—. ¡Demonios, di algo! ¡Defiéndete! Di que esa basura es falsa. ¡Habla!, ¡maldita sea! —suplicó.

Bárbara desvió la mirada para que él no pudiera ver sus lágrimas. Prefirió optar por el silencio, sabía que James era su sueño imposible y que había sido una ilusa al creer que podría alcanzarlo. La vida era más sensata que ella y se había encargado, una vez más, de abrirle los ojos, de recordarle su pasado y, lo más importante, quién era ella.

—¿No dices nada? —Le giró el rostro para que lo mirara de frente—. Bárbara, habla conmigo, estoy aquí, contigo. Solo quiero entender. —Por un instante, las lágrimas de la joven lo conmovieron, pero ante la falta de argumentos por parte de ella, comprendió que no había defensa posible. Ahora ya sabía lo que la pelirroja había estado haciendo el fin de semana—. Entonces es verdad. —No era pregunta. La miró con tanto desprecio que Bárbara se sintió morir—. Y pensar que estuve a punto de dejar a Nubia por ti. —Sin decir más, se marchó.

Bárbara quiso seguirlo, gritar, defenderse, pero sabía que lo correcto era

dejarlo ir. James era un ser de luz y de alma noble. Ella estaba marcada por la inmundicia y comprendía que sería un crimen arrastrarlo con ella a su miseria.

—¿Hay alguien a quien debemos de avisar para que venga por usted?
—preguntó la enfermera, preocupada por el estado físico y emocional de la chica.

—No. Estoy sola. —Esa era su triste realidad y más le valía no olvidarlo nunca.

El doctor Pulman, contrariado, observaba a la chica pelirroja que, sedada, dormía en la cama número trescientos cuatro. Los constantes ingresos de ella al nosocomio lo alertaron. Esa joven requería más atención de la que pensó en un principio.

Bárbara despertó y lo hizo con la noticia de que su alta estaba condicionada a que tendría que asistir a terapia psicológica. Cuando preguntó por Emily, el doctor Pulman le dijo que no le había sido posible localizarla.

Ni siquiera se tomó la molestia de protestar, ¿para qué? Ya no le importaba nada, sabía que era inútil luchar y tener esperanza. Derrotada y sin ilusión alguna, se dejó conducir como una hoja al viento que, sin voluntad, era arrastrada a dónde quiera que éste la llevara.

Sus pasos la llevaron a un centro de acogida para jóvenes con problemas de violencia y adicciones, que era regentado por una orden de monjas.

La primera semana desde que ingresó, la pasó recluida en su habitación. No le apetecía ver ni hablar con nadie. Estaba encerrada en sí misma y no tenía intención de salir al mundo real, era demasiado doloroso.

Al paso de los días y obligada por la hermana Julia, accedió a dar un paseo por el jardín.

—Bárbara, tienes que poner de tu parte, no es sano quedarse atrapado en el pasado —pidió la hermana Julia.

—Es imposible salir, ¿acaso no lo ve? El pasado siempre regresa para recordarme lo que soy.

—¿Y qué se supone que eres?

—Una abominación que nunca debió nacer.

—No repitas eso jamás. Todo, todos somos parte de una hermosa creación; procedemos del amor, y esa es la base de nuestra existencia. ¿Sabes cuál es el

principal, el más importante? El amor por uno mismo. El perdonar, conocer y aceptarse, el primer paso para la sanación.

—Ese es el problema, que ya no sé ni quién soy.

—Tiempo, niña. Ese artífice tan infravalorado todo lo cura. —La hermana Julia le tomó la mano y le dio un par de palmaditas.

—No sé, a veces siento que este dolor nunca va a desaparecer. —Bárbara siguió avanzando hasta llegar a una de las banquitas que estaban colocadas alrededor de la fuente.

—Eso suele pasar cuando la situación que lo provocó está muy reciente, pero poco a poco remitirá hasta ser solo un recuerdo que ya no daña.

—En este lugar hay tanta paz que no quiero irme nunca.

—Esa decisión es solo tuya. Mientras lo necesites, aquí tendrás comida y una cama lista para recibirte. Ahora tengo que irme, que ya casi es hora del almuerzo y la hermana Pegui Margaret debe necesitar ayuda.

—Gracias, hermana, por ahora, estar aquí es todo lo que quiero. —Tomó asiento y contempló como la monja se alejaba rumbo a la casa.

Una vez más, el móvil comenzó a sonar como lo había hecho incontables veces en los últimos días. Observó la pantalla y tragó saliva, desvió la mirada y, con pesar, apretó el botón de apagado. Sabía que, al cortar toda relación con James, Emily tendría que irse en el mismo paquete. Lamentó el haberse atrevido a soñar con tenerlo todo; una vida feliz con un hombre bueno y una hermana a la cual adorar. Una verdadera familia.

Sintió como la rabia se fundía con la frustración y, sin pensarlo, estrelló el aparato contra el piso.

CAPITULO X

—¡*H*ola, pelirroja! Qué sorpresa venir a encontrarte precisamente aquí.

—La voz de un hombre sacó a Bárbara de sus pensamientos.

—Disculpa, ¿nos conocemos?

—¡Vaya! No sé si sentirme insultado por eso. —Sonrió—. No conocimos hace tiempo, en un vuelo procedente de la Ciudad de México.

Bárbara se sonrojó al instante al comprender de quién se trataba.

—Lo siento. —Tomó aire—. Sé que esa noche me comporté de una manera impropia, pero yo bebí demasiado y no era yo misma, y... —Lo miró con los ojos acuosos y tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no llorar.

Él se conmovió al verla tan afligida, por lo que decidió dejar el flirteo de lado y contarle la verdad, a fin de cuentas, era un caballero y no necesitaba valerse de mentiras para conseguir a una chica.

—Tranquila, pelirroja, no pasó nada.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿Seguro que no me dices eso para hacerme sentir mejor? —lo cuestionó esperanzada.

—No tengo por qué engañarte. A pesar de tu estado, fuiste capaz de decir que no. Ni siquiera dejaste que te ayudara a salir del taxi y protestaste porque te llevé a mi casa en lugar de a la tuya. Además, los dos estábamos bebidos, quizá un poco más tú. Me appena reconocer que, aunque quisiera hacer travesuras contigo, mi amigo estaba tan afectado como yo y no estaba en condiciones de tratar a una dama como se merece.

—¿De verdad? ¿Entonces no hicimos... nada? —El alivio que sentía era tan grande que tuvo que contenerse para no saltar de alegría. ¡Se había negado, había dicho que no!

—No, como ya te dije, no pasó nada. Pretendía compensarte por la mañana, y a que los dos estuviéramos conscientes, pero desapareciste sin dejar rastro.

—Lo siento, es que yo... me sentía tan mezquina y ruin que solo quería huir. Sé que fui una cobarde, pero... —Tomó una bocana de aire—. Tenía novio, y el sentir que lo engañé y me traicioné a mí misma al consentir algo así estaba matándome.

—¿Tenías? —preguntó con una sonrisa sugerente.

—Sí, tenía.

—Y, ¿es por él que estás aquí?

Bárbara pensó en todo lo acontecido desde que conoció al chico en el avión, y llegó a la conclusión de que no tenía caso aclararle que el novio de entonces y el hombre por el cual sufría en el presente no eran la misma persona.

—Es complicado, pero, en parte, sí, es por él. —Suspiró.

—¿Tan mal están las cosas?

—Solo puedo decirte que mi vida es un asco.

—Vamos, preciosa, no digas eso; a pesar de todo, *la vida es bella*.

—Muy buena película —argumentó con una sonrisa al salirse por la tangente. No quería profundizar en sus problemas y, menos aún, con un desconocido.

—Aunque mi intención no era evocar a la famosa cinta, tienes razón, es una historia maravillosa y lo más importante es el mensaje que deja: ¿Qué, no aprendiste nada de lo que te ha sucedido?

Bárbara reflexionó la pregunta del joven; ¿realmente aprendió algo de toda su historia? Sí, dejando atrás el fatalismo y la autocompasión, tenía que reconocer que se había convertido en una mujer más fuerte, porque una vez más había sobrevivido.

Era una criatura con defectos y virtudes, pero, al final, solo mujer. Vinieron a su mente las palabras de un famoso poeta: «Imperfecta criatura de sublime creación, destinada a ser grande...».

A pesar de la amargura que la pérdida le ocasionaba, tenía que reconocer que no todo en su historia con James era dolor. Gracias a él, había descubierto una parte de sí misma que desconocía, una en la que era capaz de brillar y que todo fuera posible. Todo menos estar con él.

«Es mejor así. Hiciste lo correcto», se dijo. Con James supo lo que era hacer el amor y no solo tener sexo. Debería estarle eternamente agradecida por eso. Aferrarse a esos recuerdos tan maravillosos de su única noche juntos

y atesorarlos lo que le restara de vida. Eso era lo que tenía que hacer para salir adelante.

«Yo creo en ti». Esas palabras eran su mantra, su aliciente para levantarse todos los días. Saldría del abismo, de eso estaba segura. Lo haría por sí misma, se lo debía por todos los años que pasó extraviada y sin rumbo. En ese instante comprendió que no solo sabía el camino a la plenitud, estaba ya en él, solo era cuestión de tener el valor de avanzar, y ella lo tenía; acababa de encontrarlo donde menos lo esperó: dentro de sí.

—Gracias por contarme la verdad...

—Edmond —agregó él con una increíble sonrisa—. ¿Es normal que me sienta ofendido por que ni mi nombre recuerdas? —bromeó—. ¿Y tú, cómo te llamas? En aquella ocasión te negaste a decirlo, te conformaste con el «chica pelirroja».

—Bárbara Potter.

—Bárbara. —Lo saboreó en los labios—. Te queda, es fuerte, intenso, como tú.

—¿En verdad?

—Claro, es muy bello, igual que su dueña.

—Eres un adulador. Por cierto, y cambiando de tema, ¿qué haces tú aquí? ¿Tienes problemas con la bebida?

Edmond tomó asiento a su lado y, después de soltar una bocanada de aire, confesó:

—No —aseguró vehemente—. Suelo salir a divertirme como cualquier chico normal, pero nada más. Lo mío fue por otros derroteros. Ahora soy voluntario y vengo un par de veces por semana. Cuando era adolescente, me perdí, me extravié del camino y estuve al borde del precipicio en más de una ocasión. Todo un delincuente juvenil. Por fortuna, tuve la dicha de que alguien supiera ver más allá de los problemas en los que me metía u ocasionaba y me trajo aquí.

—Te comprendo, créeme, yo sé de eso. Mi vida no es muy distinta.

Una semana después, Bárbara caminaba sumergida en sus pensamientos por los hermosos jardines del centro de acogida. Después de hablar con Edmond aquel día que por casualidad se encontraron, había cambiado totalmente de actitud, salió de su encierro y se incorporó a la terapia grupal. Jamás pensó

que ese tipo de ayuda, en la cual ella no tenía fe, le serviría tanto. Quizá era el hecho de que era una persona más madura y, sobre todo, decidida a salir del pozo.

Aun recordaba la primera vez que se unió. Todos los presentes la miraron con curiosidad y otros tantos con empatía.

«Hola a todos, yo... Mi nombre es Bárbara Potter y... estoy aquí porque quiero salir del pozo y, según dicta lo estipulado por la buena sociedad establecida, mi comportamiento y excesos son inapropiados e inaceptables».

—¿Cómo te encuentras hoy, pelirroja? —Edmond le había dado alcance.

—Mejor, este sitio es maravilloso y las hermanas son unos ángeles.

—Lo sé, venir aquí fue lo mejor que me pudo haber pasado, de lo contrario, sabrá Dios qué habría sido de mí —reconoció apenado; él, al igual que todos los residentes, cargaba con un pasado difícil del cual le costó mucho salir.

—Lo sé. Yo estoy igual. ¿Sabes? Lo he estado meditando y creo que ya es tiempo de que regrese a mi casa. Seguiré viniendo a la terapia, pero ya es hora de que retome mi vida.

—Eso es genial. ¿Cuándo piensas marcharte? ¿Quieres que te lleve?

—¿En verdad harías eso?

—Claro, para qué son los amigos.

—Eres un gran chico.

—Eso díselo a Vivian, que parece no querer darse cuenta de ello.

Vivian era una compañera de trabajo por la cual él llevaba tiempo suspirando, pero que no se decidía a aceptarlo.

—Quizá necesite un empujoncito.

—¿Qué tienes en mente, pelirroja? Conozco esa mirada y no me gusta.

—Tú ya verás, solo confía en mí.

Entrar en su apartamento y ser recibida por la soledad fue un duro golpe. El recuerdo del ataque de Jasper le erizó la piel, pero se obligó a ser fuerte. Estaba decidida a seguir avanzando y salir adelante.

—Yo creo en ti —repitió en voz alta.

Se encaminó al centro de la sala de estar; minutos después llegó Edmond con su equipaje.

—¿Quieres quedarte a comer? —le ofreció—. No tengo nada en la nevera, pero podemos pedir algo.

—Encantado, pero solo puedo quedarme una hora; tengo que regresar al despacho porque tengo una cita con una clienta muy difícil.

—Razón de más para agradecerte que te hayas tomado de tu tiempo para traerme.

—Somos amigos y sabes que haría cualquier cosa por ti, pelirroja.

—Lo sé, y, una vez más, gracias. —Sonrió—. No sé para qué me preguntaste mi nombre si sigues llamándome pelirroja.

—Es que es más cómodo así.

Pidieron comida china y hablaron sobre asuntos triviales. Cuando Edmond se fue, Bárbara tomó el diario que habían comprado de camino y pensó en que ya era tiempo de poner el anuncio de que solicitaba una compañera de piso. Tomó el auricular del teléfono fijo, pero el llamado a la puerta la obligó a colgar y levantarse del sofá.

No podía creer que la amiga de Cinthya estuviera parada en su puerta.

—¿Mary? ¿Qué haces aquí? —No ocultó su asombro.

Maricela Gonzáles era amiga de Cinthya y no suya, las había frecuentado unas cuantas veces, pero sus llegadas siempre eran programadas con antelación y no de forma inesperada como en esa ocasión.

—¿Puedo pasar? —preguntó la joven un tanto apenada.

—Claro, disculpa mi falta de modales, lo que pasa es que me tomaste por sorpresa. —Se sonrojó ante el poco tacto que mostró a su visitante y se hizo a un lado para que Maricela pudiera pasar. Era evidente que algo le pasaba, su semblante estaba demacrado y sus ojos evidenciaban las lágrimas derramadas.

—Lo sé, pero no sabía a quién más recurrir. —Se derrumbó en el sofá—. Estaba desesperada y no pensé, solo quería... —Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Tranquila, *honey*, ahora estás a salvo. ¿Quieres un té mientras me cuentas todo? —le ofreció después de darle un caluroso abrazo. No sabía que más hacer para calmarla.

—Sí, por favor.

Bárbara se dio prisa y, en unos minutos, estaba de regreso con la bandeja del servicio preparada. Dispuesta a escuchar y consolar a la joven mujer, tomó asiento a su lado. Maricela le contó a detalle todo lo sucedido. Entre sollozo y sollozo, vació su alma.

—Esta es tu casa, *honey*, puedes quedarte el tiempo que necesites. ¿Quieres

que le avise a alguien dónde estás? —Pensó en que la llegada de Maricela no podía ser más oportuna, ahora tenía la compañera de piso que, sin pedirla todavía, había llegado justo a tiempo.

—¡No!, no quiero que Manuel me encuentre. Llamaré a mi tía Lena para tranquilizarla, pero no le diré dónde estoy. ¿Me mantendrías el secreto? Por favor.

—Claro, *sweetheart*, ¿dónde está tu equipaje?

—No he traído nada. Como te conté, salí del despacho y aquí me tienes. Pareciera como si el destino hubiera conspirado para ayudarme. Por lo de mi despido, he recibido una pequeña fortuna que depositarán en mi cuenta en un par de días, así que podré comprar lo que haga falta. Traía el pasaporte en la bolsa; cuando llegué al aeropuerto no había boletos disponibles, pero a última hora un pasajero canceló, y lo demás es historia.

—Vaya, me has dejado con la boca abierta, *darling*. En verdad que tu vida está para hacer una novela de esas que tanto nos gustan. —«¿Acaso la tuya no?», ironizó su voz interna.

—Ojalá fuera tan fácil, en esas historias, siempre es un «fueron felices y comieron perdices», en cambio, en la mía, todo es puro drama. ¿Dónde están los galanes guapos dispuestos a todo por la mujer que aman? ¿Y qué pasa con los finales felices para las chicas embarazadas? Eso es pura basura —comentó con amargura.

—¡Oye! ¿Tú también vas a depreciar esa joya maravillosa de la literatura? —rezongó Bárbara indignada.

—Lo siento, es solo que ya no creo en los finales felices —se excusó Maricela con amargura.

«Yo tampoco», pensó Bárbara, pero no era momento de confesarlo. Maricela necesitaba de su optimismo y ayuda; sus problemas personales, tendría que dejarlos de lado por el bien de la joven madre y su bebé.

Al estar a solas en su habitación, comenzó a deshacer el equipaje. Dentro de su maleta aún tenía la bolsa con sus pertenencias, que le habían entregado cuando salió del hospital. Sacó cada una de las prendas dispuesta a tirarlas a la basura; no quería nada que le recordara aquel fatídico día. Cuando tomó la chaqueta, una nota cayó al piso.

Puedes hacer realidad todo aquello que te propongas. Solo tienes que buscar dentro de ti.

Te amo.

JJ.

Devastada, se dejó caer al piso, ¿realmente había hecho lo correcto al dejarlo marchar? Quizá no, pero ya era muy tarde para rectificar.

Maricela y Bárbara no tardaron en acoplarse a la convivencia diaria. La pelirroja se incorporó como secretaria en el despacho de abogacía en el cual Edmond era socio. El nuevo trabajo, así como la compañía de Maricela en el apartamento, hacían que el dolor por la pérdida de James fuera más llevadero. Lo extrañaba a morir, pero había tomado una decisión y, aunque quisiera, no podía regresar atrás. El tiempo se encargaría de que ambos superaran aquello que una vez los unió.

Una tarde, Bárbara llegó del trabajo y Maricela la recibió con la noticia de que un hombre llamado James había ido a buscarla. Sintió como su corazón daba un vuelco ante la sola mención de su nombre. Por un momento, estuvo tentada a correr tras él, pero la efusividad pasó pronto al recordar quién era ella. No tenía nada bueno que ofrecer.

James era un hombre bueno y educado, procedente de una de las familias más respetables y, por lo tanto, muy superior a ella. Merecía alguien que estuviera a su altura, una mujer sencilla, y no una complicada que cargaba demasiados problemas y conflictos por resolver. Con toda la determinación que fue capaz, pidió a Maricela:

—Si vuelve a aparecerse por aquí, dile que eres la nueva inquilina y que ni siquiera tuviste oportunidad de conocerme, que me fui a vivir a otra ciudad y, sobre todo, que no tienes la menor idea de dónde encontrarme.

—¿Estás segura? El hombre se veía tan preocupado.

—Sí, lo estoy. ¿Lo harás?

—Claro, si es lo que quieres —asintió Maricela.

—Sí, es lo que quiero —expresó, aunque su sentir era todo lo contrario.

No tuvieron que esperar mucho, James Jenkins se presentó al día siguiente y, fiel al encargo que se le había hecho, Maricela le transmitió íntegro el mensaje. Al ver el dolor y desolación en el rostro del hombre, estuvo tentada a decirle la verdad, pero no podía traicionar la confianza de Bárbara, ella no solo la había recibido en su casa, sino que la había ayudado sin cuestionar sus

decisiones, así que no tenía derecho a cuestionar las de la pelirroja por muy en desacuerdo que estuviera.

Lo dicho por Bárbara pareció profético, pues Edmond fue contratado para llevar un caso de suma importancia en una ciudad vecina y se la llevó con él como su asistente. Bárbara regresaba a casa los fines de semana que el trabajo le permitía hacerlo, para estar al pendiente de Maricela, que no se había sentido bien últimamente.

James, desesperado por encontrarla, había acampado en la puerta del edificio con la esperanza de verla. Había algo en la mirada de la joven que ahora vivía en el apartamento de Bárbara que lo hizo dudar de la veracidad de sus palabras, por lo que decidió cerciorarse por sí mismo. Una tarde, el intendente despejó sus dudas al confirmarle que, por cuestiones de trabajo, la señorita Potter había cambiado su lugar de residencia.

Sintiéndose un estúpido por estar al pendiente de una mujer que no valía la pena, o, al menos, eso se dijo para infundirse ánimos, James decidió esperar al nuevo inicio de cursos para enfrentarla y comenzar a olvidarla de una buena vez.

Las clases se reanudaron y la pelirroja no apareció. James supo que, a causa del escándalo ocasionado por el video, la joven había sido expulsada.

El tiempo fue pasando inexorable para cada uno; James se aferró al resentimiento y a Nubia para salir adelante. Bárbara se sumergía en el trabajo y la escuela nocturna para mantenerse ecuánime. Las visitas del fin de semana a Maricela la animaban un poco, había aprendido a querer a la joven que, desolada, un día apareció en su puerta.

Pronto se dio cuenta de que Maricela era una persona de nobles sentimientos, leal y muy servicial. La amistad entre ellas se fue estrechando y, en la última visita a Nueva York, la pelirroja pudo comprobar hasta qué punto.

—Bárbara, aprovechando que tienes unos días libres antes de volver a marcharte, quisiera pedirte un favor —dijo Maricela vacilante.

—Claro, cuenta con ello. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Me acompañarías mañana a la visita con el médico? Al parecer, me dirá el sexo del bebé.

—¿En verdad quieres que yo...? —preguntó conmovida.

—Si no es mucho pedir.

—Para nada, al contrario, es un honor. Iré contigo gustosa.

La tarde del día siguiente, mientras esperaban su turno para entrar a la consulta, Bárbara se excusó para ir por un café. Estaba peleándose con la máquina expendedora cuando se encontró con el doctor Pulman.

—¿Qué haces por aquí, Bárbara? ¿Te gusta tanto el hospital que ya no puedes mantenerte lejos de él? —bromeó al verla abrir la boca a causa de la sorpresa.

—Oh, no. Créame que por mi gusto nunca regreso, es solo que vine a acompañar a una amiga. Está esperando turno para entrar a la ecografía de su bebé.

—Me alegra ver que te encuentras bien.

—A mí también.

—¿Se ha sabido algo del tipo que te atacó?

—No.

—Es una pena, espero que lo atrapen pronto.

—Sí, yo también.

—Tengo que irme. Cuídate, Bárbara, y cuando lo necesites, no dudes en acudir a mí. —Se despidió con un gesto de mano.

—Gracias, doctor, es muy amable —alcanzó a decir antes que él diera la vuelta por el recoveco del pasillo.

Al regresar, tomó asiento junto a Maricela; un minuto después, estaban dentro del consultorio contemplando al bebé.

—Sin lugar a duda, es un niño —informó la doctora Pratts.

—¡Un niño! —expresó Maricela conteniendo las lágrimas.

Bárbara contemplaba el monitor con la imagen del bebé, tan emocionada como la madre. Conmovida hasta lo más profundo, miró a Maricela y, en un susurro, pronunció un emotivo «gracias».

Maricela la tomó de la mano y le dijo:

—Al contrario, gracias a ti por no dejarme sola.

En camino a su nuevo piso, y de regreso a la rutina, Bárbara pensaba en Maricela y el bebé que crecía en su vientre. Sentía un poco de envidia, al menos Maricela nunca más estaría sola y tendría el amor incondicional de su hijo.

Al entrar en su apartamento, dejó el bolso de viaje y se encaminó al contestador para escuchar los mensajes, Edmond había quedado en pasarle

los detalles para el caso Rivers que tenían que preparar para el siguiente viernes.

Uno a uno, los mensajes fueron reproduciéndose hasta que uno la dejó helada.

—¿Edmond? —Llamó a su amigo en cuanto la voz del agente Gary dejó de escucharse en la grabadora.

—*¿Estás bien?*

—No lo sé. Acaba de llamar el agente Gary. —Tragó saliva—. Hubo una riña callejera y, al parecer, uno de los implicados murió. —Tomó aire para poder continuar—. Creen que se trata de Jasper y quieren que vaya a reconocer el cadáver.

—*¿Crees poder hacerlo?*

—Tengo que.

—*No si no quieres, no pueden obligarte. ¿Quieres que te acompañe cómo abogado?*

—No. Necesito que lo hagas en calidad de amigo.

—*Estaré ahí en un cuarto de hora.*

—Edmond, gracias.

—*Para eso estamos los amigos, preciosa.*

Ver el cadáver de aquel que una vez fue tan importante para ella y, al mismo tiempo, le ocasionó tanto daño, fue un duro golpe del cual le llevó varios días recuperarse.

La rutina poco a poco fue llenándola de calma. Edmond estaba más al pendiente de ella que nunca y la llenaba de mimos. Sin proponérselo, él se había convertido en el hermano mayor que nunca tuvo.

Una noche en que la ansiedad y las pesadillas volvieron, Edmond se quedó con ella y veló su sueño. A la mañana siguiente, llamaron a la puerta y, aún en pijama, Bárbara abrió la puerta.

Una mujer enfadada la empujó y se adentró mientras gritaba:

—*¿Así que es verdad? ¡Duermes con esta ramera!*

—Vivian, ¿qué haces aquí? —Edmond la detuvo antes de que se lanzara contra Bárbara.

—Comprobar lo que todos en la oficina dicen, que te acuestas con esta... —señaló a Bárbara con dedo acusador.

—*¿Y a ti qué más te da?* —gruño él—. Te has pasado la vida rechazándome. Así que, ¿con qué derecho te presentas aquí armando un

escándalo?

—Yo... yo... —No sabía qué decir ni argumentar, él tenía razón. Lo había rechazado por estúpida, nunca se imaginó que un día ya no estaría allí para ella.

—Vivian, tardaste una eternidad en decidir, pero lo importante es que lo hiciste —dijo Bárbara al pasar junto a ella rumbo a su habitación—. Tienen mucho de qué hablar. Ah, y una cosa más. Confía en él cuando te diga que nada pasa entre nosotros. Es la verdad.

Los días posteriores a esa desagradable mañana, Bárbara estuvo contenta consigo misma. El papel de casamentera le encantaba y ver a Vivian y a Edmond como dos tortolitos enamorados le hacía sentir la satisfacción de haber hecho lo correcto.

Entre idas y venidas, el dolor por James era cada vez más soportable, lo extrañaba a morir, sobre todo, en las noches en que las pesadillas volvían. El rostro amoratado de Jasper sobre la plancha de la morgue la atormentaba una que otra noche, pero trataba de borrarlo aferrándose a los recuerdos maravillosos que James le dejó.

La terapia grupal era parte fundamental de su vida y la que la ayudaba a mantenerse ecuánime. Debido a esas sesiones, conoció a G.W. Brown, un escritor retirado con problemas de alcoholismo. La afinidad entre ellos surgió de inmediato y, gracias a él, Bárbara descubrió su verdadera vocación.

Bajo la tutoría de G.W., el primer libro de Bárbara salió a la luz.

—¿Quieres contarme por qué me llamaste con tanta urgencia? —preguntó G.W. nada más llegar al apartamento.

—Juzgue usted. —Le tendió un papel.

—¿No es maravilloso? ¡Van a publicarte! —comentó GW con lágrimas en los ojos. Una vez más, leyó la circular en la cual la editorial informaba que habían aceptado el manuscrito.

—¡Lo sé! ¡Aún no puedo creerlo! —Se abrazó al hombre mayor que durante los últimos meses se había convertido en su mentor y amigo.

—Debes sentirte muy orgullosa. Eres una mujer con un gran talento y me alegra que lo hayan sabido apreciar.

—Viniendo de usted, es un verdadero halago. Sabe tan bien como yo, que, sin su ayuda, esto nunca hubiera sido posible. No sé por qué dejé de escribir, pero espero que pronto haga las paces con su musa personal. Es una pena que prive al mundo de su magia.

—Antes que nada, tengo que confesarte algo. —Tomó asiento en el sofá y colocó a un lado su viejo bastón—. Mi vida era un caos, no tenía ningún sentido y todo me daba igual, pero una chica con cabello de fuego irrumpió en ella y me recordó de qué estoy hecho y me mostró que no soy ni remotamente lo que el alcohol me hizo creer que era. —Bárbara lo miró conmovida—. Así es, preciosa, he vuelto a escribir.

—¡Oh, eso es maravilloso! —Se apresuró a él y lo abrazó con afecto. Después de preparar chocolate caliente y servirlo en sendas tazas, se reunió con él.

—¿Aún lo extrañas? —preguntó el anciano.

—Sí. James siempre será parte fundamental de mí, de lo que soy ahora. El cambió mi vida para siempre y, aunque no estemos juntos, siempre estará aquí. —Señaló su pecho, del lado del corazón—. Pero no hablemos de cosas tristes, debo aferrarme a lo bueno que tengo; van a publicar mi libro, he ganado un hermano mayor, un abuelo, una hermana que espera a mi sobrino, ¿qué más puedo pedirle a la vida?

—Tienes razón, eres una mujer afortunada. Ya verás como cualquier día el amor regresa a tu puerta y llama cuando menos te lo esperes.

—Que llegue cuando quiera, por ahora no tengo prisa.

CAPITULO XI

*B*árbara partió temprano rumbo a Nueva York, quería aprovechar el tiempo al máximo e ir de compras con Maricela. Ansiaba entrar en alguna de esas tiendas tan monas en las que había todo para los bebés. Ya era tiempo de montar el cuarto del pequeño Santy.

En cuanto entró en su viejo apartamento, supuso que algo estaba mal; la chapa estaba forzada y en la sala había desorden.

—¿Mary? ¿Estás aquí? —Se encaminó a la que había sido la habitación de Cinthya, misma que ahora ocupaba Maricela.

El silencio le indicó que no había nadie en casa.

—¿Señorita Potter?

Bárbara saltó y se giró con la mano en el pecho para enfrentarse al intendente.

—Señor Richmounth, me asustó.

—Lo siento, es que vi la puerta abierta y quise pasar a ver si la señorita González había regresado del hospital.

—¿Qué? ¿Hospital?

—Sí, un hombre, que dijo llamarse Manuel, la llevó en brazos hasta el auto y se marchó de prisa al hospital.

«Así que Manuel la encontró», pensó contrariada. Sin perder tiempo, tomó su bolso y salió en busca de respuestas.

En cuanto llegó a la recepción del nosocomio, le informaron que Maricela había sido ingresada con signos de parto.

—En la sala de espera está el marido de la señora González, él puede darle los detalles —señaló la mujer detrás del mostrador.

«Qué listo». Reconoció que había sido muy acertado por parte de Manuel decir al personal que era el esposo, así no podrían echarlo fuera. Al dar la

vuelta al pasillo, lo vio derrumbado en el piso y hablando por el móvil. Se notaba realmente abatido.

—¿Manuel? ¿Qué pasó? Me dijo el intendente que Mary se puso mal y que la trajiste al hospital. —Se sorprendió de verlo tan vulnerable, hasta parecía un niño asustado e indefenso.

—Mamá, tengo que dejarte, Bárbara acaba de llegar. —Dio por terminada la llamada y se puso de pie—. Yo... no lo sé. Llegué a tu casa, ella abrió y, al verme, azotó la puerta en mi nariz. De pronto, comenzó a sentirse mal y yo... tuve que patear tu... puerta para poder entrar... Sucedió todo tan de prisa que aún estoy aturdido.

—¿Qué te han dicho? ¿Cómo está? —preguntó preocupada—. Las enfermeras de este hospital no son muy comunicativas.

—¡Nada! ¡Nadie me dice nada! —Se pasó la mano por el cabello que ya tenía por demás revuelto—. Estoy volviéndome loco. Si algo le pasa, yo me muero.

—Espero que todo salga bien. Mary había presentado un poco de tensión alta, pero últimamente estaba controlada.

—¿Tensión alta?

—Sí, el médico mencionó la posibilidad de preclamsia.

—¡Dios! Y yo sin saber nada —se lamentó Manuel.

—No te culpes, ella así lo decidió.

—Si algo le sucede, nunca me lo perdonaré. Ella se merecía un embarazo tranquilo, una vida feliz, y yo solo le he complicado las cosas —reconoció apesadumbrado.

—Supongo que por fin sabes la verdad y decidiste buscarla, ¿no es así?

—Sé que no tengo perdón de Dios, pero mientras tenga vida, lucharé por recuperarla —aseguró Manuel convencido.

—Suerte con ello —deseó de corazón.

Bárbara estuvo en el hospital hasta el anochecer. Al día siguiente, antes de regresar al trabajo, pasó a despedirse. Maricela estaba recostada en la cama y Manuel, a su lado. Se notaba el amor que se profesaban.

—Gracias por todo —dijo Maricela mientras tomaba la mano de la pelirroja—. Manuel, ¿puedes acompañar a Bárbara a la terminal? Normalmente solía hacerlo yo. Comprenderán que ahora no puedo. —Sonrió.

—Oh, no es necesario. Estaré bien —afirmó Bárbara y movió la mano como restándole importancia—. Además, no quiero que te quedes sola —añadió.

—No lo estaré, la tía Lena llegó hace un par de horas. Así que no se diga más. Manuel irá contigo.

—Gracias.

Al llegar a la salida del hospital, un taxi los esperaba. Bárbara se volvió hacia Manuel y le dijo:

—En verdad no es necesario que me acompañes hasta la terminal.

—¿Todavía no conoces a Mary? Me despellejará vivo si no hago lo que me pidió. —sonrió.

—Gracias. —Bárbara lo abrazó, después subieron al vehículo de alquiler.

Emily llegó puntual a la casa de sus padres para la celebración del cumpleaños de Emma, su madre. Hacía meses que no pisaba la mansión y la añoranza del hogar la invadió. Pensó en James, seguro asistiría con Bárbara. Por fin tendría a su familia reunida.

Después de pasar un tiempo en Europa a causa de una serie de congresos médicos que la habían mantenido muy ocupada, se sentía como el hijo pródigo que regresaba a casa.

La sensación de que algo no estaba bien, que la invadió a lo largo de su viaje, apareció una vez más, pero la desechó al instante. Se recriminó por dejarse absorber por el trabajo y no darse tiempo para saber de los suyos. Tenía mucho que contarles tanto a Bárbara como a James y esperaba con ansias su arribo.

Estaba de muy buen humor, charlaba y reía con los invitados aguardando el arribo de su hermano y su amiga. Grande fue su sorpresa al ver que quien colgaba del brazo de su hermano era Nubia.

Pronto la sorpresa fue sustituida por enfado.

—James, Nubia —saludó—. ¿Puedo hablar un momento contigo, hermano? —Sin esperar respuesta, tomó a James del brazo y lo arrastró al despacho de su padre. Una vez dentro explotó:

—¿Qué haces con esa mujer?

—¿Disculpa? —La miró confundido, no entendía la actitud de su hermana—. ¿Acaso no es obvio?

—¿Dónde está Bárbara? —preguntó molesta.

—¿Qué? —La pregunta de Emily lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué no está contigo? ¿Qué pasó entre ustedes? —insistió.

—¿Qué? —Estaba realmente desconcertado.

—¿No sabes decir otra cosa que no sea «qué»?

—Yo... —James trataba de entender qué estaba sucediendo. ¿De qué conocería su hermana a Bárbara? Para empezar, hacía años que Emily ni siquiera vivía en la ciudad. ¿Cómo era posible que supiera de ella?—. No sabía que se conocían.

—Ella... Somos amigas.

—Explícate porque no entiendo nada.

—¿Qué quieres que explique? Ella me contó que ibas a terminar con Nubia porque ustedes estaban juntos.

—¡Vaya! Supongo que aquí si aplica el dicho: «qué pequeño es el mundo».

—James, deja de andar con rodeos y contéstame, ¿por qué no estás con Bárbara? —Notó como de inmediato su hermano se puso rígido y apretó la mandíbula.

—Lo sabrías si hubieras contestado mis llamadas —sentenció James molesto.

—Estaba ocupada —se defendió—. Aunado a la diferencia de horario...

—Como sea, lo mío con ella fue un error que por fortuna terminó a tiempo —respondió con voz dura.

—¿A tiempo? ¿Un error? —Emily sintió como la furia invadía su sangre—. Un error sería que te casaras con esa espiga morena. ¡No entiendo cómo pudiste dejar a Bárbara por esa masa de carnes frías!

—No fui yo, ¡ella me dejó a mí! Al parecer, le gusta la variedad.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo, ella no es lo que pensé.

—No sé lo que pasó entre ustedes, pero te puedo asegurar que ella jamás te traicionaría.

—¿Por qué la defiendes si ni siquiera sabes lo que sucedió?

—No, no lo sé. ¿Serías tan amable de ilustrarme sobre el tema? —pidió irritada.

James se pasó la mano por el rostro. Lo que menos le apetecía era hablar de

su vida personal y, menos aún, con su hermana pequeña, por muy terapeuta que fuera.

—Emily, no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

Él tomó aire y dijo:

—Un fin de semana largo, ella desapareció, no contestaba mis llamadas ni mensajes. —Hizo una pausa evidenciando que esa situación aún le afectaba—. Al reanudar las clases... —Sacó su móvil—. Me encontré con esto. —Le mostró el bendito video causante de su desdicha.

Emily observó la reproducción con el ceño fruncido, y James notó como su rostro reflejaba rabia e indignación; lo mismo que él sintió cuando lo vio por primera vez.

—¿Quién te dio esto y cuándo?

—Para la fiesta de aniversario de nuestros padres.

—¡Ay, James!, ¿qué hiciste? —gimió Emily angustiada—. Ahora entiendo por qué ella nunca contestó a las pocas llamadas que le hice ni los *e-mail*. —Se paseó por la habitación—. Estaba tan ocupada con mis asuntos que apenas si tenía tiempo de pensar. —Sacudió la cabeza—. Debí...

—No te culpes, no tenías idea.

—¡No! Debí estar más al pendiente, de ella, de ti. —lo miró con preocupación—. Querido hermanito, antes que nada, déjame decirte que, si la dejaste por esto, eres un completo idiota. Ese fin de semana ella estuvo conmigo, aquí.

—¿Qué?

—Si no me crees, pregunta a mamá por mi amiga la pelirroja, quedó encantada con su cabello. —James la miró asombrado—. ¿Recuerdas que ese domingo por la mañana salí de prisa?

—Sí.

—Me llamaron del hospital. Bárbara fue atacada por un exnovio loco y ella estaba mal. —James palideció, y Emily continuó—: Estuve con ella, le tomé la mano mientras daba al agente de la policía su declaración de hechos; después la traje a casa. No quería que estuviera sola con ese demente persiguiéndola. Entonces me contó lo de ustedes.

»En un principio, ni ella ni yo sabíamos de la conexión contigo. Yo me sorprendí al saber que se conocían y estaban juntos. —Sonrió al recordar la cara de Bárbara cuando supo el parentesco que los unía—. Y ella no podía

creer que fueras mi hermano.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Por qué habría de hacerlo? Ella me dijo que hablaría contigo en cuanto fuera posible. De hecho, estaba ansiosa por verte.

James recordó que, nada más verlo, ella le había dicho el característico: «Tenemos que hablar».

—Bien, eso explica su ausencia ese fin de semana, pero no el maldito video —se defendió. Quería apegarse a la rabia, eso era lo que lo había ayudado a soportar el dolor.

—Es falso —aseguró ella con el semblante serio.

—¿Qué? ¿Cómo puedes saber eso?

—Porque tengo una copia del original archivada en mi oficina. Sí, lo que oyes —afirmó ante la incredulidad de su hermano—. Yo fui su terapeuta por varios años, por eso la conozco bien y sé que es una maravillosa persona. El video real se utilizó como evidencia en un juicio en contra de una pandilla de chicos ociosos que se divertía usando máscaras, drogando y violando jovencitas. ¿Comprendes? —Hizo una mueca despectiva.

James palideció al instante. No se necesitaba ser un genio para entender a lo que su hermana se refería.

—En el verdadero video, se escucha claramente como la joven protesta y suplica que la dejen en paz. A pesar del aturdimiento que la droga que utilizaron en ella le provocó, rogó hasta el último momento que no la dañaran. —Tragó saliva—. Esto que acabas de mostrarme es una mezcla entre el real y una barata película porno. Créeme, no tienes ni idea de lo que Bárbara pasó esa noche a manos de esos tipos. —Ante el silencio de su hermano agregó—: ¿Necesitas ver la copia que guardo para creerme?

—¡No! ¡No podría soportarlo! —Sintió náuseas.

—Esto es una infamia y demasiado para cualquiera. ¿De dónde lo sacaste?

—Eso es lo de menos.

—James —lo reprendió.

—¡No tengo la menor idea! —gritó frustrado—. Bárbara tenía que presentar su proyecto de fin de curso, el cual incluía diapositivas; cuando ella pulsó el botón de *play*, esta basura fue lo que apareció en el proyector.

—Quien sea el que hizo esa asquerosidad, cometió un delito grave y tiene que pagarlo. La policía incautó la cámara con la cual lo grabaron y se supone que no existe más que la cinta original y la copia que guardo.

—¿Quieres decir que quién lo hizo entró en tu oficina o lo robó de los archivos de la policía?

—Me temo que es algo peor. —Suspiró angustiada—. Escucha, gracias a una denuncia de uno de los vecinos que se quejó del escándalo y volumen alto de la música que provenía de una casa abandonada en la que una pandilla solía reunirse, la policía encontró a Bárbara en una de las habitaciones, presa de una sobredosis. Lograron capturar a algunos de ellos, pero el cabecilla y otro más lograron huir. Los chicos apresados nunca delataron a los afortunados escapistas.

Emily estuvo meditando mientras se paseaba por el despacho, de pronto, se detuvo y su rostro se contrajo.

—James, esto es más grave de lo que crees. Quien te envió esa cinta, estuvo allí. —aseguró.

—¿Quieres decir que...? —preguntó horrorizado.

—Sí, tiene que ser uno de ellos —afirmó convencida—. En la habitación, la policía descubrió dos tripié, pero solo una cámara. Se especuló que los chicos que lograron escapar se llevaron la otra. ¿Comprendes lo que trato de decirte? Bárbara corre peligro. Tenemos que buscarla cuanto antes.

James se tomó la cabeza con las manos y se desplomó en el sofá.

—Emily, eso sucedió hace meses. Ni siquiera sé dónde localizarla.

—¿Cómo que no sabes dónde localizarla?

—No. Ya no vive en el apartamento.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—James, tenemos que encontrarla. Debo asegurarme de que ella está bien. No debería decirte esto, pero lo haré porque eres mi hermano. Bárbara tuvo un periodo en el que, después del divorcio de sus padres, se descarriló del buen camino y tuvo problemas de malas compañías, drogas y alcohol, pero eso no justifica lo que esos malnacidos le hicieron.

—Emily, ¿quieres callarte? —suplicó con lágrimas en los ojos—. ¡Dios!
—Se puso de pie. Tras dar un grito desgarrador, aventó todo lo que había sobre el escritorio de su padre.

Emily lo contempló en silencio y le permitió ese arranque de furia porque sabía que él lo necesitaba. Esperó a que se calmara para continuar.

—Sé que no es agradable lo que digo, pero hay algo más que tienes que saber. Bárbara estaba tan drogada que en realidad no supo con exactitud lo

que esos miserables le hicieron. Fue una ventaja que el trauma, aunado a lo que le administraron, bloqueara de su cerebro semejante episodio. El que no recordara lo sucedido fue de mucha utilidad en la terapia. —Tomó aire, y James la miró con temor a lo que estaba por decir—. ¿Tienes idea de lo que pudo significar para ella ver el maldito video? ¡Dios! Tengo que hablar con ella, saber que está bien. —Se encaminó a la salida.

—Espera —articuló James pálido a muerte—. ¿Dónde piensas buscar si Bárbara ya no vive en la ciudad y el número de su móvil fue asignado a otra persona?

—No lo sé, pero no puedo permanecer pasiva mientras no sepa qué fue de ella. —Vaciló un instante—. ¿Estás seguro de que ya no vive en...?

—Sí. Desapareció sin dejar rastro —aseguró—. Cuando vi ese maldito video, me puse como loco. —Se pasó la mano por el cabello en un gesto desesperado—. Le reclamé lleno de rabia y celos. ¡Demonios! No le di oportunidad de reponerse, la enfrenté cuando ella aún estaba en el hospital. De haberlo sabido —confesó angustiado.

—No te culpes, desconocías el trasfondo de todo.

—Debí insistir más; en lugar de ello, me tiré a la bebida. Cuando decidí ir a buscarla era tarde. Al llegar a su apartamento, una desconocida abrió la puerta, me dijo que su nombre era Maricela González, que era la nueva inquilina y que no tenía ni idea de dónde localizarla, incluso negó conocerla.

—¡No es posible! —Emily bajó lo hombros derrotada.

—Lo es —afirmó James sintiendo como un sudor frío invadía su cuerpo.

—No entiendo. —Emily se paseó por el lugar mientras analizaba todas las posibilidades—. Estoy convencida de que después de ver el video, ella tuvo una crisis. ¿Entonces? ¿Qué pasó? ¿Por qué el doctor Pulman no me llamó?

—Alzó el rostro contrariada al caer en cuenta del motivo—. El congreso médico —murmuró—. Yo estaba de una ciudad a otra y en una serie de conferencias durante las cuales tenía que mantener el móvil apagado. Eso, aunado a la diferencia de horario, debe ser el motivo por el que no pudo localizarme. —Decidida, se encaminó, una vez más, hacia la puerta—. Tengo que hablar con él para saber qué fue de Bárbara. Seguro el doctor debe saber algo.

—Te acompaño —oreció James de inmediato.

—No, no puedes marcharte, a mamá le dará un infarto si tú también abandonas la fiesta, y a tu prometida no creo que le haga mucha gracia el que

la dejes abandonada.

—Emily, después de lo que acabas de decirme, no puedes esperar que me quede de brazos cruzados.

—Lo sé, pero si nos marchamos los dos...

James gimió. Sabía que Emily tenía razón, su madre no se tomaría a bien que los dos se marcharan en plena celebración.

—¿Y si llamas al hospital para cerciorarnos de que el doctor Pulman está allí? Si está de guardia, quizá podamos ir más tarde —sugirió esperanzado.

—Buena idea. —Emily marcó al nosocomio y, al colgar, contrariada, informó—: El doctor Pulman está en su descanso y regresará hasta el lunes por la mañana.

—¡No puede ser! ¡No puedo esperar tanto! Debe haber algo que podamos hacer.

—Al parecer, no.

—¡Diablos, Emily! ¿Cómo voy a soportar de aquí al lunes?

—Igual que lo hiciste todos estos meses —ironizó.

—Eso fue cruel.

—Lo siento. Estoy... angustiada, cabreada... —Suspiró—. Regresemos al salón; no tiene caso que nos ausentemos más. A mamá le dará algo si no volvemos ahora.

El lunes muy temprano, los hermanos se dirigieron al hospital. Al llegar, vieron en la entrada a una pareja que se abrazaba cariñosamente y que, después, subían a un vehículo de alquiler. Ambos se miraron estupefactos, no hacían falta las palabras.

—Era... —balbuceó Emily.

—Sí, era Bárbara y va con un hombre —argumentó James apretando la mandíbula.

—Lo siento tanto, James. —Lo abrazó.

—Es muy tarde. —James tragó saliva—. Era muy estúpido de mi parte pensar que ningún otro vería en ella lo que yo; que Bárbara estaría esperando por mí eternamente.

—¿Quieres seguirla? Aún estamos a tiempo, al menos podrás disculparte, cerrar círculo y seguir adelante. Decídelo ahora o los perderemos.

—Vamos —concedió. Sin perder tiempo, Emily arrancó el auto antes de que el taxi tomara demasiada ventaja.

—Cuida mucho de ellos y, por favor, mantenme al tanto de la evolución del pequeño Santy. —Bárbara abrazó a Manuel una vez más.

—Lo haré. Nos vemos la próxima semana. —Manuel la besó en la mejilla.

Bárbara entró al vagón y se despidió con la mano. Entonces quedó petrificada al ver al hombre que, de pie, tras Manuel, la observaba.

—James —murmuró incrédula. La inexplicable conexión entre ellos habló a través de sus miradas enlazadas y la obligó a salir antes que el tren avanzara.

—Bárbara, ¿estás bien? —preguntó Manuel, preocupado, al verla acercarse con el rostro pálido, y la tomó por los hombros.

—Es tarde, ¿verdad?

Manuel giró el rostro hacia el hombre que se había colocado a su lado y miraba con intensidad a la pelirroja.

—¿Usted es? —lo cuestionó alzando una ceja.

—James Jenkins —se presentó—. Y deseo hablar con Bárbara, solo un momento, por favor.

—No creo que ella...

—Manuel, está bien. —Lo tomó del brazo—. Lo conozco, no hay problema.

—¿Estás segura?

James sintió el estómago encogerse al ver el afecto y la camaradería que existía entre esos dos.

—Sí, estoy segura. No te preocupes, lo mejor será que regreses al hospital, Mary te necesita.

—No sé... —Manuel miró a James con desconfianza.

—Estaré bien, lo prometo.

En ese momento, Emily se unió a ellos.

—¡Emily! —Bárbara la abrazó emocionada—. ¡Qué gusto verte!

—Sí, claro, por eso no contestabas mis llamadas —reclamó—. No tienes ni idea por lo que me has hecho pasar, jovencita.

—Lo siento, yo...

—Lo sé. Será mejor que James te lo explique. Mientras, yo iré a dar un paso con...

—Manuel.

Emily lo tomó del brazo y se encaminó con él a la salida.

—Yo... —James se pasó la mano por el cabello—. No sé ni por dónde

comenzar.

Bárbara permaneció en silencio, aún le parecía increíble tenerlo frente a ella, tan masculino y atractivo como lo recordaba. Con esa mirada de cachorro desvalido que solo pide un poco de cariño.

—Hay tantas cosas que quisiera decirte, empezando por un: soy un idiota. —Se acercó más a ella y se atrevió a tomarle la mano—. Sé que ahora es tarde, pero quisiera al menos disculparme. Estoy consciente de que no lo merezco, pero necesito de tu perdón. Te fallé; a la primera prueba tiré la toalla y te dejé sola para enfrentarte a las bestias.

»En toda buena relación debe de haber confianza, y yo no la tuve, me dejé guiar por los ojos y no por el corazón. No estuve para ti cuando más me necesitabas, y eso es algo que no me perdonaré jamás. Sé que no puedo regresar el tiempo atrás ni mucho menos pedir otra oportunidad, así que me conformo con saber que no me guardas rencor.

»Quiero que sepas que no me importa tu pasado porque, a pesar de todo, incluso de mí mismo, te amo y, aunque no me correspondas, siempre serás la pelirroja de mi corazón.

Ella negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. Reflexionó en lo que él había dicho: «no me importa tu pasado». ¿Habría Emily con él? ¿Qué le diría? Por su mirada, al parecer, bastante.

—¿Me quieres?

—Con todo mi ser.

—¿Aun después de conocer mi pasado? —Le parecía demasiado bello para creerlo así sin más—. Seguro que lo que sientes es compasión...

—Bárbara, sé muy bien lo que es la compasión y lo que yo siento por ti, nada tiene que ver con ello. ¿Acaso no lo ves? Te amo. Sí, a ti, por ser quien eres, por ser tú. —La miró a los ojos—. Tienes un alma de gran valor y belleza extraordinaria, porque, a pesar de tus cicatrices, estás llena de amor. Tu naturaleza es noble y, aunque pareces frágil, no lo eres. Tienes una fortaleza de espíritu inquebrantable... Y yo soy un estúpido por creer que nadie más lo vería. ¡Dios, Bárbara! No te merezco.

La abrazó apretándola fuerte, necesitaba sentirla al menos una vez más. La besó en la frente y se apartó.

—Te deseo lo mejor, espero que encuentres con él la dicha...

—¿Con él? —preguntó con voz ronca a causa de tantas emociones.

—Sí, con Manuel, él y tú...

—No estamos juntos, al menos, no es ese sentido —aclaró—. Él es el marido de una buena amiga, de hecho, la conoces, es la chica que se quedó en mi apartamento.

—Ella me dijo...

—Sí, lo sé, yo se lo pedí.

—Comprendo, no querías ni verme.

—Al contrario, mi amor por ti es tan grande que decidí renunciar, dejarte marchar para que pudieras estar con alguien a tu altura. Mereces algo mejor que una mujer rota con un pasado traumático.

—¿Alguien mejor que tú? ¡Imposible! —La tomó en brazos y la besó desesperado. Volcó en ese beso toda la frustración, rabia, celos, amargura, pérdida, dolor, amor, alegría, excitación...

Bárbara se sentía flotar entre nubes de algodón de azúcar, James la quería, estaba dispuesto a estar con ella, pero no podía permitirlo, tarde o temprano, el pasado regresaría y les causaría dolor.

—James, no. —Se apartó de él.

—Bárbara, no me rechaces. Déjame estar junto a ti, caminemos juntos, de la mano.

—No soy una mujer normal.

—Lo sé.

—Estoy llena de traumas e imperfecciones.

—Es esa imperfección la que te hace más bella, única para mí.

—Habrá ocasiones en que las pesadillas vendrán, el pasado volverá y las crisis de ansiedad me atacarán.

—Estaré preparado y las enfrentaremos juntos.

—James, no. No me digas eso porque entonces ya no podré dejarte ir.

—No quiero que lo hagas. En mí tienes tu hogar, yo seré tu refugio. Lo prometo.

—!Oh, James! —Se abrazó a él con todo el amor que tenía para darle—. Hay tanto que desconoces de mí, de lo que fui.

—Conozco de ti que eres una mujer especial y maravillosa, con eso me basta para amarte. Lo demás, como bien dijiste, es pasado.

—¡Te amo, James!

—Y yo a ti, pelirroja de mi corazón.

EPÍLOGO

—Esta noche nos acompaña la revelación del año, una chica que, con su libro *La buena, la mala y yo*, ha batido récord de ventas y se ha convertido en un *best seller* de lectura imprescindible. Señoras y señores: Bárbara Jenkins.

El estudio de televisión estaba rebosante de actividad. Colocado detrás de cámaras, James observaba, radiante de orgullo, a su esposa. Bárbara lucía realmente bella, su cabello rojo brillaba como fuego ante la luminosidad de las luces artificiales y la hacía destacar en esa fría sala de colores neutros. Vestida de blanco, parecía una deidad bajada directo del olimpo. Su vientre abultado le condecía un aspecto sublime. El saber que su hija crecía dentro de esa increíble mujer lo llenaba de felicidad absoluta. Se imaginaba llevando de la mano a dos preciosuras de cabello rojizo. Una en versión mini de la otra.

Bárbara contestaba las preguntas de la conductora, con gracia e ingenio, irradiaba seguridad en sí misma. Denotaba pasión por lo que hacía, se notaba el amor y la entrega que eran característicos en ella.

Quien la viera, jamás se imaginaria por lo que había tenido que pasar a lo largo de su vida.

Se le retorció el estómago al recordar a Greg, ese miserable no solo había sido el que subió el maldito video, sino que la policía descubrió que aquel fatídico verano, estuvo de visita en casa de su primo Oscar, que resultó ser el cabecilla de la banda.

Cómo Emily lo sospechó, Greg había formado parte del grupo de delincuentes. Fue apresado y sentenciado; se suicidó en su celda un mes después de ingresar al penal.

—Estuviste maravillosa, Bárbara Jenkins. —Orgullosa a más no poder, pronunció su apellido. El saberla suya lo llenaba de deseo y gran gozo. La abrazó y, posesivo, besó sus dulces labios.

—¿En verdad? Estaba muy nerviosa.
—Pues lo disimulaste muy bien. Y, para celebrar tu éxito, tengo una sorpresa. —Sacó del bolso de su chaqueta dos boletos de avión.
—Son para...
—Sí, nos vamos a México. Santy ya fue dado de alta, está en casa con sus padres. Manuel y Maricela nos esperan para el bautizo.
—Pero ¿y la gira?
—Ya está arreglado. Además, nuestra presencia es indispensable, somos los padrinos.
—¿Qué?
—Manuel me lo pidió esta mañana.
—¡Oh, James, eso es maravilloso!
—No, tú eres maravillosa.

Sentadas en el porche de la casona en el rancho Las tres ánimas, tres amigas observaban con orgullo a sus respectivos hombres que charlaban, con cerveza fría en mano.

—Quién iba decir que un día terminaríamos aquí sentadas, como todas unas patéticas damas de época, tomando té y comiendo galletitas al atardecer —ironizó Cinthya con el ceño fruncido.

—No te quejes, que bien que te encanta la vida en el campo, *chica mala* —respondió Maricela con una sonrisa.

—¿Lo dice la que se presume como *solo una chica buena*? —se defendió Cinthya.

—Hey, ustedes dos, compórtense o despertarán a Santy y Alexia; recuerden el trabajo que costó dormirlos —las reprendió Bárbara.

—Sí, lo que usted ordene, doña *soy escritora* —la picó Cinthya.

—Deberíamos cobrarte regalías —completó Maricela.

—¿Por qué? —preguntó Bárbara extrañada.

—Porque te basaste en nosotras para tu libro. ¿Qué no? —contestó Cinthya—. Aquí tienes a *la buena*. —Señaló a Maricela—. *La mala*. —Se tocó a sí misma—. Y tú. —La apuntó con el dedo.

—Tal vez lo parezca, pero no es así. En realidad, hago referencia a las

distintas personalidades que habitan en mi interior y cómo lograr la armonía entre ellas. —Se quedó pensativa—. Vaya trío tan peculiar que formamos, ¿no? Cinthya, Maricela y Bárbara, sin etiquetas, tan distintas una de otra y, al final, somos *Solo chicas*.

NOTA DEL AUTOR:

Los aspectos psicológicos del personaje de Bárbara Potter fueron creados bajo la tutela y asesoría de la psicóloga Lorena Chávez Negrete. Cabe mencionar que me he tomado algunas licencias de autor para así convenir a la historia, pero siempre bien cuidadas e informadas.

Los comportamientos, trastornos o secuelas de un evento traumático, como el divorcio de los padres o la violación, cambian de persona a persona. No todos los individuos reaccionamos, asimilamos y enfrentamos los eventos desafortunados de igual manera. Como dice el dicho popular: «Cada cabeza es un mundo».

Si te ha gustado

La buena, la mala y yo

te recomendamos comenzar a leer

Yo te quiero más

de *Nidia Restovich*



SEBASTIÁN

Buenos Aires; diciembre de 2014

Milagros no pensaba soportar un segundo más en ese lugar y mucho menos dentro de ese vestido; eran las cuatro de la madrugada y estaba, desde las ocho de la noche, con unas sandalias de plataforma delantera y tacos aguja gigantes, que le provocaban calambres en las pantorrillas. Las plantas de los pies también le ardían de tanto estar parada. Después de un desfile agotador, había tenido que quedarse en esa fiesta horrible para promocionar la ropa de un diseñador que, sería muy famoso, pero tenía la estúpida idea de que vestir a una mujer significaba desvestirla. ¿Cómo explicar, si no, ese trapo milimétrico que llevaba puesto? Color rojo semáforo y lleno de lentejuelas brillantes que le hacían picar por todos lados o, al menos, en los pocos lugares donde la tapaban.

El atuendo tenía espalda descubierta, escote pronunciado y era tan corto que había tenido que pasarse toda la noche parada por miedo a que, si se sentaba, iba a terminar mostrando el color de su ropa interior a toda la concurrencia. Encima, el atolondrado del diseñador la había obligado a dejarse el pelo suelto porque «había que lucir esa belleza», lo cual le confirmó que era un idiota por partida doble. ¿Para qué hacerle usar un vestido con espalda al aire si luego iba a tapar el diseño con el pelo? Además, ¿tenía idea del calor que provocaba un cabello de esa abundancia y largo sobre su piel desnuda en esa calurosa noche de mediados de diciembre? Milagros se retorció el pelo por enésima vez, y lo ubicó por delante de su hombro, para tratar de refrescarse, mientras sentía cómo una gota de transpiración resbalaba, por tercera vez, desde su columna vertebral hasta la línea que dividía su trasero.

El no haber podido ponerse un corpiño decente para sostener el movimiento de esos dos melones anárquicos que tenía por pechos la ponía más nerviosa aún. Por otra parte, la música del lugar y el bullicio de la gente eran tan estridentes que le taladraban los oídos, y los focos de colores, que giraban en forma ininterrumpida sobre su cabeza, lanzando potentes haces de luz en todas las direcciones, habían comenzado a marearla.

Para colmo de males, los babosos estaban a la orden del día, la habían

molestado toda la noche con miradas e insinuaciones de mal gusto... y no le extrañaba. Vestida así, lo único que le faltaba era la carterita y pararse a revolearla a orillas de la Panamericana. Ahora mismo estaba viendo a tres tipos que la miraban con fijeza y cuchicheaban entre sí con sonrisitas socarronas. Por lo menos estos eran jóvenes. ¡Qué ambiente espantoso! Y ella, a solo una semana de rendir Anatomía II, encastrada allí, con todo lo que tenía para estudiar.

Con disimulo, y aprovechando que no la estaba observando, contempló al más alto de los tres. Era el muchacho más atractivo que había visto en su vida. No, más atractivo era Cristian, pero se parecía mucho a él. Los ojos se le nublaron de lágrimas. Parpadeó con rabia, ¿Por qué, aun después de cuatro años, no podía pensar en él sin llorar? ¿Hasta cuándo, Dios santo, iba a durar este dolor?

Tratando de calmarse, volvió a observar, con cautela, al desconocido. Estaba ubicado en medio de los otros dos y sonreía con una boca de dientes perfectos y relucientes, enmarcados por unos labios gruesos y sensuales. Tenía el cabello ondulado y castaño oscuro, como Cristian, pero los ojos, cubierto por cejas gruesas y arqueadas, eran de un azul profundo y hermoso, que destacaba en una piel entre mate y trigueña. Llevaba puesto un pantalón de vestir negro y una moderna camisa entallada color verde agua, que se ajustaba a su amplio y delgado tórax como si fuese un guante. Él giró la cabeza, para responder al rubio que le hablaba, y ella pudo ver que tenía una nariz recta y bien delineada. Luego volvió a reír ante un comentario y se le hicieron dos hoyuelos en las mejillas. Eran adorables, como los de su sobrinita Constanza, la hija de Luis.

A Mili también le dieron unas ganas incoherentes de sonreír, en medio de tantas incomodidades, e iba a hacerlo cuando él levantó la vista y le clavó los ojos con desparpajo, lo que la hizo desviar la mirada con la velocidad de un rayo. ¡Qué caradura! ¡La había mirado así toda la fiesta! ¡Como si no fuera suficiente con esa ropa indecente para sentirse desnuda! Por vigésima vez en esa noche, se estiró el vestido todo lo que podía sin romperlo y decidió que ya era suficiente. Cinco minutos más y se iba, y que el contrato se fuese al diablo.

En la otra esquina del salón, Sebastián charlaba con sus amigos Tomás y Lucas y pensaba que era cierto lo que ellos le habían dicho: esa modelo, Milagros Salerno, era la mujer más bella que había visto en toda su vida...

Sin saberlo, repetía casi los mismos pensamientos que Mili había tenido sobre él.

Ellos lo habían arrastrado a ese desfile afirmando que, aprovechando los dos últimos meses de soltería que le quedaban y que su novia, Elena, se encontraba en preparativos para viajar a Francia, donde iba a ir para comprarse el vestido de novia y el ajuar, debía conocer a la chica más hermosa de la Argentina, pero se habían quedado cortos. En sus veintiséis años, él había viajado por casi todo el mundo y nunca había visto algo igual. Desde que había aparecido por primera vez en la pasarela, no había podido dejar de mirarla como un tonto, ¡mamita! Esas piernas torneadas, esa cintura y esos pechos..., era cantado que no llevaba sostén y, a pesar del tamaño, podía jurar que eran naturales. Qué pensamientos babosos, ya casi parecía su tío Oscar. Pero la carita, esa carita era un poema...

Tomás interrumpió sus pensamientos diciendo:

—Y ¿era o no era como te dije?

Sebastián tomó un trago de champaña de la cuarta copa que se servía esa noche y respondió sonriente:

—Es más, nunca te falló el gusto para las mujeres.

—Y bueno, ¿qué esperas para encararla? Son los dos últimos meses de soltería que te quedan, y con Elena a un pasito de subir al avión, ¡aprovechá! Si tenés suerte, este va a ser mi regalito de casamiento —lo animó Tomás.

—No jorobés, me llega a enganchar algún paparazzi con esta mina y me escracha. Salgo en primera plana y adiós boda —dijo Sebas, alzando la copa, con nostalgia anticipada por lo que no podía ser.

—Tu vieja se infarta de una y tu viejo te deshereda —aportó Lucas con ironía, que ya había bebido él solo lo mismo que sus dos amigos juntos, y estaba con ganas de intervenir en el diálogo. Luego continuó—: Si sos discreto y la llevás a lugares que no frecuentan los de nuestra clase, nadie tiene por qué enterarse. Además, sacate la sotana, ¿querés? Como si nunca te hubieras tirado una cana al aire...

—¿Una sola? —ironizó Tomás y, a continuación, le guiñó un ojo a Lucas para que le siguiese el juego—. Dale, que ya te vi como la mirás. Además, ella también te echó dos o tres miraditas como para prenderte fuego y dicen en el ambiente que es más fácil que la tabla del uno.

—¿Estás seguro? No parece —dudó Sebas, volviendo a mirar esa carita de ojos tristes que parecía de un ángel.

—¿Te volviste boludo de golpe? ¿No ves cómo está vestida? Parece un gato...

Para no ser menos en la mentira, Lucas se sumó.

—¡Es un gato y de las caras! Me contaron que cobra mil dólares la noche, pero bueno, a lo mejor a vos, con la pinta que tenés, te hace precio. Vamos, andá y encarala, que ya me quedé sin servilletas para limpiarte la baba. — Luego giró para servirse más champaña, al tiempo que, por detrás de Sebas, alzaba las cejas hacia Tomás en un gesto pícaro.

—Lo único que faltaba, que con veintiséis años tenga que poner plata para acostarme con una mina. —Sebas no entendía por qué, ni siquiera la conocía, pero le había dado rabia enterarse de que ella era una cualquiera. Lo único que tenía claro era que la deseaba desde el primer momento en que le había puesto los ojos encima. Mientras la observaba caminar sobre la pasarela con elegancia y con la mirada triste y perdida en un punto lejano, el corazón había comenzado a latirle con fuerza, y había sido tan poco disimulado que ahora esos dos atorrantes lo estaban tomando para la chacota, aprovechándose de su debilidad.

—Pero con una mina de estas es plata bien gastada, ni lo dudes. Encarala, si no tenés dinero ahora, yo te presto —lo animó Lucas, palmeándole la espalda.

—Y si pensás así, ¿por qué no la encarás vos? —le contestó Sebas de mal modo.

—Porque ya me di cuenta que a vos te trae loco, y para mí las mujeres que le gustan a mis amigos tienen bigotes —respondió Lucas, mandándose la parte.

Sebastián volvió a mirarla y descubrió que ella también lo estaba observando. ¿Sería cierto lo que le decían esos sátrapas? El alcohol ya se le estaba subiendo a la cabeza y, aunque le parecía vergonzoso pagar por sexo, pensó que, como decía Lucas, "esta vez valía la pena". A lo mejor la chica necesitaba la plata, por eso estaba triste, se justificó, pero de algo sí estaba seguro, él la necesitaba a ella. Vació su vaso, lo dejó sobre la barra y, mirando a sus amigos, se dispuso a atravesar el salón diciendo:

—Muchachos, allá voy. —A continuación, partió con paso firme hacia donde se encontraba la sirenita rubia.

Mientras tanto, en la barra, Tomás y Lucas chocaban sus manos y se descostillaban de la risa. Habían convencido a su amigo de encarar nada

menos que a la «dama de hielo», la modelo famosa en el ambiente por no darle bolilla ni corte a nadie. Hasta ellos habían intentado acercarse a ella, y nada. Había sido como chocarse con una pared, ni siquiera se había tomado el trabajo de mirarlos antes de hacerlos a un lado. Había generado muchas discusiones y polémicas. Unos pensaban que era lesbiana, otros, que era virgen. Lo cierto era que, en los dos años que hacía que estaba en esa profesión, no se le había conocido ni novio ni amigo ni amante, y de puta tenía menos que la Madre Teresa de Calcuta.

Habían preparado esa broma con anticipación, ofendidos porque, dos semanas atrás, mientras navegaban en su lancha y sabiendo que ellos estaban cambiados para asistir a un cóctel en la costa de una isla del delta, Sebas, que dirigía el timón, había aprovechado que estaban mal parados y había hecho un giro brusco que los mandó de cabeza al Río de la Plata, por supuesto, en el proceso no solo les arruinó los trajes, sino que también les lastimó el orgullo.

Encima se les había reído a carcajadas en la cara. Estaban hartos de sus bromas pesadas y, aunque su amistad era fuerte e indisoluble, habían pensado que esa vez la venganza tenía que ser épica. Como su amigo era un terrible mujeriego, no dudaron en que la revancha tenía que venir por ese lado. Sebastián no conocía a esa chica, así que ese era otro punto a su favor. Habían estado seguros de que ella lo iba a volver loco y no se habían equivocado. Todo les había salido a pedir de boca, incluso había sido casi un milagro que ella asistiese después a esa fiesta, ya que casi nunca salía. Solo cabía esperar el desenlace, que era cantado. Su amigo del alma se dirigía con paso firme hacia el matadero.

—Ey, a ver si se enoja en serio y no nos mira más —dijo Tomás con duda.

—Que se las aguante, ¿cuántas le bancamos nosotros a él? ¿Le gusta hacer bromas pesadas? ¡Qué se aguante! —respondió Lucas sonriendo, pero con ceño preocupado, ya que sabía que Sebas era bastante caballeroso con las mujeres que le gustaban y no se lo iba a tomar muy bien.

Mientras tanto, con el corazón desbocado de pura expectativa, Sebastián llegó al lado de Milagros, ella estaba sola, de espaldas y con el pelo volcado hacia un costado, Él colocó su nariz detrás de la oreja de ella y el perfume de jazmines, mezclado con su olor natural de mujer, lo mareó y su sexo reaccionó con intemperancia. Le puso una mano en la cintura y, apoyando su pelvis contra el trasero de la joven, con una voz profunda y ardiente, le dijo:

—¿Cuánto hay que pagar para acostarse con vos?

A la chica la furia se le subió a la cabeza y vio todo rojo. El calor, el cansancio, la picazón y las incomodidades que venía soportando se conjugaron con ese insulto ofensivo y acumularon toda la fuerza en su mano, con la cual descargó un potente cachetazo en la mejilla del muchacho que le dejó, a él, cuatro líneas rojas marcadas al sesgo y, a ella, los dedos ardiendo.

—¡Idiota, no me acostaría con vos ni por todo el oro del mundo! —le gritó, con los ojos vidriosos y tanta fuerza que todos los que los rodeaban se dieron vuelta para mirarlos. Acto seguido lo empujó, lo hizo a un lado y partió con paso decidido. Él se quedó dolorido y pasmado. Después, ella fue apartando a los demás, sin pedir permiso para pasar por primera vez en su vida, al tiempo que masculaba:

—¡Basta, es suficiente, se pueden ir todos bien a la mierda!

Desde la barra, Tomás y Lucas, que habían filmado toda la escena con sus celulares para guardar el recuerdo y gastar a Sebastián de por vida, lloraban de la risa al ver la cara de idiota con la que se había quedado su amigo. Sebas trató primero de seguirla, pero en ese amontonamiento era casi imposible. Además, por más que se puso en puntas de pie, no pudo ver por dónde se había ido. Seguía buscándola cuando vio a sus amigos. Tomás reía a carcajadas y las lágrimas le corrían a raudales por las mejillas, Lucas estaba inclinado agarrándose el estómago con una mano y temblando también de la risa. De golpe comprendió todo y caminó hacia ellos como un toro hacia el paño rojo. Al verlo llegar, Tomás le dijo entre carcajadas:

—Felicitaciones, acabás de conocer a la famosa «dama de hielo».

Sebastián echó el brazo hacia atrás y le embocó una trompada en el estómago que lo hizo doblar en dos. Luego se agachó y le dijo con ironía:

—Por si te habías olvidado de cómo era mi puño.

"Hacía desde los trece años que no se agarraban a las trompadas, pero Sebas seguía teniendo un puñetazo contundente", pensó Tomás, pero se llamó a silencio, porque el horno no estaba para bollos.

Lucas se interpuso en medio de ambos y empujó a Sebastián, diciéndole:

—¡Ey, pará un poco! ¡Si te gusta hacer bromas, aguantatelas!

—¡Me las banco si son a mí solo, pero esa pobre chica qué tenía que ver! ¡Ya me parecía que de puta no tenía nada! ¡Son dos boludos a cuerda! —gritó Sebastián, enfurecido y alzando los brazos.

Tomás, que se había incorporado y se refregaba el estómago, le gritó:

—¡No sé para qué te enojás tanto, si total a esa mina no la vas a ver más!

—¡Y vos qué carajo sabés! —le respondió Sebas furioso y, girando sobre sus pies, salió a tranco largo para el lugar por donde había desaparecido Milagros.

Tomás se quedó mirándolo, como atontado. Lucas pensó que ya había visto antes esa mirada de decisión irrevocable en el rostro de Sebastián y casi tuvo miedo. Acercándose y codeando a su compinche de bromas, le dijo:

—Amigo, ¿no habremos abierto una caja de Pandora vos y yo?

Sebastián continuó buscando a Mili por todo el salón de fiestas. Luego de transcurridos diez minutos, tuvo una corazonada y salió a la vereda, el aire fresco de la noche lo golpeó en el rostro y aspiró hondo para calmarse. Cuando estaba exhalando, la vio. Estaba parada a media cuadra, casi sobre el cordón, con ese infartante vestido rojo de fiesta y una mochila de *jean* colgada al hombro. Tenía el brazo levantado, tratando de parar a un taxi que pasaba lleno de gente; a esa hora, pensó él, a ella le iba a ser más fácil bajar a un ovni del cielo que encontrar a un taxi vacío. Aunque, con ese físico, pensó también, el taxista podía ser capaz de bajar a los otros pasajeros a las patadas para llevarla.

No se animaba a dejarla sola allí. Después de las cuatro de la madrugada, la ciudad se volvía muy peligrosa, más para una chica con su aspecto y vestida así, para colmo. Tampoco se animaba a hablarle después de la metida de pata que se había mandado con ella, así que se fue acercando despacito, con el cuerpo pegado a la pared y aprovechando la oscuridad de los locales cerrados, y se quedó parado muy quieto, cinco o seis pasos detrás de la joven, para cuidarla hasta que la viera subir a un taxi.

En eso estaba cuando, con un fuerte chirrido de ruedas, frenó un auto deportivo gris ocupado por tres muchachones con aspecto de estar bebidos. El acompañante miró a Mili de arriba a abajo y, luego de un silbido pronunciado, le dijo:

—¡Mamita, qué belleza! ¿Querés que te alcancemos a alguna parte?

La chica comenzó a retroceder despacito y respondió nerviosa:

—N no, gracias, ya llamé a mi papá y está llegando.

Los muchachos se miraron entre ellos con gesto incrédulo.

—Entonces llamalo de nuevo y decile que te llevamos nosotros, preciosa, ¿No vas a hacer levantar a tu viejo a esta hora de la madrugada? —le dijo el conductor con tono socarrón.

Milagros retrocedió un paso más, alarmada.

—¡Váyanse o llamo a la policía!

El joven que estaba sentado en la parte de atrás del auto abrió la puerta trasera e insistió:

—Dejate de hacer la difícil y subí, que todos sabemos que estás sola. Vení, vas a ver que nos vamos a divertir mucho juntos.

La chica se puso pálida y volvió a retroceder, Sebastián no pudo más y, con el celular en la mano, salió de las sombras, se adelantó y colocó una mano en el hombro de ella, mientras decía con voz firme:

—No está sola, está conmigo, hace un minuto le envié un mensaje a la policía y están llegando. —Se inclinó hacia el auto, los miró fijo y continuó —: Yo que ustedes, me iría cantando bajito, el olor a Fernet lo puedo sentir desde acá. Van a terminar presos y con el auto retenido por conducir alcoholizados.

La muchacha lo miró asombrada, ¡Otra vez ese tipo! Le quemaban las manos de las ganas de darle un manotazo para que dejase de tocarla, pero se contuvo y se quedó quieta, porque no le convenía hacer eso en este momento.

El acompañante del auto la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice?

Ella respondió rápidamente:

—Sí, es, es mi novio.

Sebas la contempló con asombro. «¿Así que la dama de hielo sabe mentir?»

Los muchachones se observaron entre sí, resignados, luego el conductor miró a la chica de arriba a abajo y le dijo:

—¡Qué lástima! —Puso primera y salieron a gran velocidad, haciendo chirriar los neumáticos.

La chica le dio un fuerte manotazo a Sebastián, para sacarle la mano de su hombro, y le gritó furiosa:

—¿Otra vez vos? ¡Sos peor que la luz mala!

El joven la miró fijo y, con aire pícaro, le respondió:

—¡Qué pena! Hace menos de un minuto era tu novio.

Milagros se puso roja de la furia y le gritó con los puños cerrados:

—¡No te atrevas a burlarte porque esta vez, en lugar de una cachetada te voy a dar un puñetazo!

El muchacho le respondió con una sonrisa irónica:

—¡Y yo que pensé que eras una dama!

Ella pasó del rojo al pálido y le dijo con tono dolorido:

—Mentira, si hubieras pensado eso, no me hubieses tratado como a una, una... —Al ver que venía otro taxi, se interrumpió y corrió hasta la calle, pero, con el apuro, al bajar el cordón se dobló el pie y se quebró el taco del zapato. Todo fue en vano, el auto pasó lleno de pasajeros. La muchacha regresó a la vereda con gesto dolorido y rengueando, se sentó en el cordón, se sacó los zapatos y se frotó el tobillo, luego miró apenada el taco roto:

—Ay, Francesco me mata...

—¿El diseñador? —preguntó el muchacho preocupado, mirando el tobillo femenino que comenzaba a hincharse.

—Sí... ¡Qué te importa! ¡Andate y déjame sola, querés! —le respondió ella, parándose de nuevo con gesto de dolor.

Él la contempló con tristeza y le dijo:

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad? —Ella lo miró con furia, y él continuó con tono conciliador—: Vamos a hacer una cosa, tengo el auto a media cuadra, lo voy a buscar, vos me esperás aca, así no tenés que caminar con ese tobillo así, me decís donde vivís y te alcanzo a tu casa.

Milagros lo observó, frunciendo el ceño.

—¡Ni loca me subo a un auto con vos!

Sebastián se puso las manos en la cintura con impaciencia.

—¡No seas terca, querés! Los dos sabemos que, a esta hora de la madrugada, no vas a encontrar ningún taxi vacío, y es peligroso que te quedés aquí.

La joven lo consideró un segundo, antes de contestarle con tono inquieto:

—¡Más peligroso sos vos, andate!

Él la contempló con impotencia y, alzando las manos con gesto de derrota, comenzó a retroceder. Ella volvió a pararse en el filo del cordón, descalza y con los pies congelados por el frío del pavimento.

Mientras la chica observaba cómo su tobillo comenzaba a hincharse, una camioneta blanca frenó a su lado con un chirrido suave. El conductor era un cuarentón elegante y con gesto licencioso, que se inclinó sobre la puerta de su vehículo para decirle:

—¡Qué delantera, princesa! ¡Sos lo más lindo que vi en mi vida!

«Yo también —pensó Sebastián, deteniéndose a unos metros—. ¿Y?».

El cuarentón continuó:

—¿Querés que te alcance a alguna parte?

Milagros respondió molesta:

—No, gracias, ya está viniendo a buscarme mi papá.

—¿Seguro? —dijo el veterano, paseando la mirada desde su escote a sus piernas.

La joven tomó la mochila de *jeans* y la colocó delante de su pecho como si fuese un escudo protector, antes de contestarle: —Seguro, vaya tranquilo nomás.

El hombre la siguió contemplando con gesto lujurioso, y dijo con tono intencionado: —No me tratés de usted, que no soy tan viejo. Si quisieras, podríamos hacer muchas cosas juntos.

La muchacha se puso roja, apretó más su bolso y retrocedió. Sebastián perdió la paciencia y, acercándose a la puerta del acompañante, le gritó con rabia:

—¡Tomátelas de acá antes de que te muela a trompadas!

El conductor lo observó con enojo por unos segundos, como si dudara en bajarse, pero después arrancó y se fue.

La joven giró hacia el chico, le dirigió una mirada que congelaba el infierno y, alzando el dedo, le reclamó:

—¿Qué te venís a hacer el matón? Lo que vos me dijiste fue mucho más ofensivo que lo que me dijo él, y por lo menos, ¡él no me apoyó nada! —terminó, poniéndose más roja, antes de darle la espalda.

«Así que sí lo había sentido». Entre el enojo de ella y lo ridículo de la situación, el muchacho tenía ganas de ponerse a reír a carcajadas, pero sospechó que eso a ella no le iba a caer muy bien, con el geniecito que cargaba. En cambio, la contempló con gesto conciliador, sin animarse a tocarla, y le dijo con tono suave:

—Perdoname, por favor, todo fue un terrible malentendido, mis amigos...

—¡No me importa lo que quieras explicarme, yo sé muy bien lo que escuché! —lo interrumpió ella, con los ojos echando chispas y golpeándole el pecho con el dedo índice.

Él vio que la cuadra estaba quedándose desierta, volvió a perder la paciencia y la tomó de los hombros, en tanto que le espetaba:

—¡No seas terca, querés! ¿No te das cuenta de que no te podés quedar sola acá, a esta hora, con ese cuerpo y vestida así? ¡Vas a terminar muerta y tirada en un baldío! —finalizó alzando los brazos con furia.

—¿Y a vos qué mierda te importa? ¿Desde cuándo te autonombraste mi protector, eh? —respondió Mili, pensando que esa noche había dicho más

malas palabras juntas que en sus veinte años de vida... y cómo no, si ese idiota era capaz de sacar de sus casillas hasta al espíritu más pacífico.

—¡Ma´ sí, tenés razón! —le gritó él, ya hastiado, y volvió a alejarse a tranco largo hacia su auto. Luego de hacer diez metros, se detuvo con rabia, se dio vuelta y se cruzó de brazos para mirarla... No había caso, esa trastornada lo iba a tener toda la noche despierto y con el alma en un hilo. ¡Para qué cuernos había aceptado ir a ese desfile de porquería! Hasta hacía unas horas creía tener la vida solucionada, y ahora esa loca de atar había puesto su mundo de cabeza... Aunque nunca en la vida se había sentido tan vivo y tan atraído por nadie, tan necesitado de protegerla, de tocarla, de oler su perfume... La pucha, esos eran pensamientos peligrosos, mejor irse lejos porque, si seguía así, no iba a poder soltarla nunca más... ¡Ja, como si ella se hubiese dejado agarrar alguna vez!

«¡Mierda, me voy!», pensó otra vez, pero se quedó parado, mirándola como un tonto. Ahora la veía rebuscar dentro de su mochila, sacar el celular y sacudirlo con rabia, ¡Típico! Se había quedado sin batería. Ella volvió a hacerle señas a un taxi, que, para variar, pasó lleno. Después volvió a revolver dentro de ese bolso gastado, sacó una campera corta de *jeans* y unas alpargatas blancas, se las puso y prendió hasta el último botón de su abrigo... «No va a resultar —reflexionó él—, todavía le quedan el pelo, la cara y las piernas sin tapar». Pero al menos le había hecho caso en algo.

En esas disquisiciones estaba cuando, por la otra esquina de la cuadra vacía, vio venir caminando a tres hombres con un aspecto de *pesados* que daban escalofríos. No les faltaba nada: anillos gruesos, cadenas a la cintura, chalecos de cuero, tatuajes, piercings, ¡una pinturita! ¡Contraseña, un muerto al hombro!, hubiera dicho su tío Marcos. El miedo por la seguridad de la chica le descompuso el estómago. Corrió hacia ella, alarmado, la tomó del brazo y, vigilando a los tipos, le dijo:

—¡Milagros, ahora sí, vamos, vení conmigo!

Ella, que no los había visto, le contestó de mal modo, sacudiendo su brazo:

—¡Soltame! ¿Cómo sabés mi nombre?

—Eso no importa ahora. ¡Vamos te digo! —le gritó nervioso y sin soltarla.

—¡Yo con vos no voy ni a ver si llueve! ¡Me soltás ya! —le respondió la joven, tironeando en sentido contrario.

El más gordo de los tres, que medía cerca de dos metros, apartó el chaleco para dejar ver un cuchillo amarrado en su cintura y dijo con tono

amenazador:

—La piba está pidiendo que la sueltes. ¿Me explico?

En ese momento, ella los vio y, de forma automática, cambió de opinión y se escondió detrás del muchacho con gesto asustado.

«¿Ahora me haces caso, loca?», pensó Sebas, con todos sus sentidos en alerta, en tanto que respondía:

—No pasa nada, discutíamos por una pavada, pero ya está solucionada — les aseguró con un nudo en la garganta y un miedo visceral que jamás había sentido. Lo peor del caso era que se daba cuenta de que ese miedo no era por él, sentía terror por ella y por lo que le pudiera pasar si caía en manos de esos tipos. «¡Nunca! —se dijo—, primero me van a tener que matar».

—No parece. La piba no te quiere, déjala sola. Ella se viene con nosotros —aseguró el gordo mirándolo fijamente.

Mili lo interrumpió, alarmada, asomando la cabeza detrás de Sebastián y tomada con fuerza de su brazo:

—¡No, no, no, si yo sí lo quiero, vayan u ustedes nomás, a así hacemos las paces!

El chico puso los ojos en blanco. ¿La trastornada se creía que a esos los iba a convencer con palabras como a los otros? Encima se le había prendido al brazo como una garrapata. ¡Genial! Tres contrincantes y un brazo trabado. ¡Era como agarrarse los dedos con la puerta!

El de pelo largo y cara manchada, que se ubicaba a la izquierda del gordo, habló por primera vez:

—¿Sabés qué pasa, gil? Esta es mucha mujer para vos, la vas a tener que compartir con nosotros. —Mientras decía esto, sus compañeros se desplazaban para rodearlos.

Milagros abrió los ojos como platos y comenzó a temblar de un modo incontrolable. «¡Ahora sí te asustas!», pensó él chico, con una mezcla de lástima, enojo y miedo. Después, sin mirarla, le dijo bajito:

—Soltame el brazo.

«¡Bárbaro, lindo momento elige este para dejarme sola!», pensó la chica, con los ojos nublados por las lágrimas.

El gordo sacó el cuchillo de su cintura y le dijo al muchacho:

—Si querés salir vivo de esta, danos la billetera y el celular, y andate.

—Yo se los doy —dijo Sebastián, luego se los sacó del bolsillo y se los alcanzó—. Ahí hay bastante dinero, pero a ella déjenla tranquila. —En tanto

que él hablaba, el de pelo largo, a una señal del gordo, estiró el brazo e intentó atrapar a la joven. El chico lo enfrentó y volvió a cubrirla con el cuerpo.

—No seas pelotudo, gil, ¿no te das cuenta de que lo que más queremos acá es la minita? —continuó el gordo, que era el que parecía llevar la voz cantante—Andate, no te hagas matar de gusto. —Mientras el hombre decía esto, sus compañeros los rodeaban cada vez más cerca. El muchacho, que no quitaba la vista del cuchillo, pensó: «La mejor defensa es el ataque» y como no tenía la más puta posibilidad de escapar de esa, gritó:

—¡Corré, Mili! —Y empezó a repartir patadas y golpes de karate a una velocidad impensable. La primera fue a la mano del gordo, para neutralizar el arma, la cual voló a los pies de la chica que, en lugar de huir, la tomó por el mango y la tiró, con toda su fuerza, hacia la cuadra de enfrente, para que no pudieran recuperarla y usarla contra él. Sebastián siguió la lucha, dándole tal patada al melenudo en la mandíbula que lo lanzó a dos metros de distancia. Luego giró y le pegó al gordo un golpe seco, con el canto de la mano, sobre la nuez de Adán, tan contundente que lo dejó sin aire y de rodillas.

Cuando el chico volvió a girar para enfrentarse a su tercer oponente, el más petiso, que llevaba la cabeza rapada, descubrió que este, con una mano, había abierto una navaja y la tenía apoyada en la garganta de Milagros y, con la otra, la tomaba con fuerza de la cintura, en tanto que lo observaba con cara de loco:

—¡Apartate porque la degüello! —le gritó.

Al muchacho se le heló la sangre en las venas y se paralizó, no podía golpearlo sin lastimarla. Mili leyó su gesto de desamparo y entonces, en una muestra de valentía que él iba a recordar por el resto de su vida, giró su rostro hacia el costado y gritó:

—¡Policía, apúrese, venga pronto!

El petiso miró también hacia el mismo lugar y ese momento de distracción le sirvió a Sebas para sacarle la navaja de la mano, apartarlo de la chica, tirarlo al piso y molerlo a golpes.

Diez segundos después, Milagros se le colgó del cuello por atrás para intentar sacarlo:

—¡Dejalo, no ves que lo estás matando! —le gritó, viendo como la cara del otro se llenaba de sangre.

—¿Y vos no viste que casi te mata? —le respondió él, al tiempo que se

levantaba enojado y la tomaba del brazo, mientras veía que el gordo intentaba también incorporarse—. Ahora sí, vamos antes de que venga la policía y nos tengamos que pasar lo que queda de la noche declarando en una comisaria — continuó con tono autoritario, recuperando su celular y billetera del bolsillo del delincuente.

—Yo... te agradezco lo que hiciste por mí, pero no pienso ir a ningún lado con vos —dijo la joven, con suavidad y bajando la mirada, pero con gesto firme.

¿Así que, después de todo lo que había sucedido, seguía en terca? Sebastián sintió que el miedo que había pasado y la atracción y la furia que le provocaba esa chica se conjugaban en un solo sentimiento y hacían eclosión en su pecho, hasta destrabarse en un fuerte alarido:

—¡¡Ahhhhhhh!!!

Acto seguido, se la cargó al hombro como si fuese una bolsa de papas y, dando largas zancadas para alejarse de los agresores, que comenzaban a incorporarse, se dirigió a su auto.

Milagros le pegaba puñetazos en la espalda y se retorció tratando de bajarse:

—¡Qué hacés, bruto, bajame! ¿No ves que le estoy mostrando el trasero a toda la ciudad? ¡Bajame, te digo! —exclamó, al tiempo que, con una mano, continuaba pegándole y, con la otra, trataba de taparse la *vedetina* blanca, que había quedado a la vista con el forcejeo.

El muchacho ya había tenido suficiente por esa noche, así que, dándole una palmada en la nalga, le gritó:

—¡Quedate quieta y dejá de pegarme porque te llevo otra vez con los tipos esos para que te hagan lo que tenían pensado!

La chica abrió grandes los ojos, alarmada, alzando la cabeza y tratando de sostenerse el pelo que, colgada en esa posición, tocaba el piso, antes de desafiarlo.

—¡No serías capaz!

—¡No me tientes! —le respondió él, en tanto que sacaba la llave y abría el auto a distancia. A continuación, la tiró con brusquedad en el asiento del acompañante y, al ver que ella abría esa puerta para tratar de bajarse, se estiró por encima de la muchacha y la cerró de un portazo. Le puso el cinturón de seguridad, trabó el auto y arrancó a gran velocidad, con la vista fija en el pavimento y los brazos temblando de los nervios y la rabia. Después de

transitar cinco o seis cuerdas, se tranquilizó, frenó y estacionó cerca del cordón.

—¿Querés que te lleve a un sanatorio? —le dijo con voz más calma, mientras veía, alarmado, un hilo de sangre que corría por el cuello de ella.

Mili estaba como en *shock*, se había quedado muda y estática. Sin embargo, le contestó, en tanto que se abrazaba fuerte a su mochila con la mirada baja:

—No, gracias, estoy bien.

Él se inclinó sobre ella y le puso un dedo bajo el mentón para alzárselo y poder revisarla, pero, al hacerlo, el alma se le vino a los pies cuando vio correr dos gruesos lagrimones por su cara de porcelana, que ahora estaba colorada y sucia. Le dieron ganas de abrazarla, de besarle esos labios rellenos y maduros, y decirle que estaba todo bien, pero se contuvo. La mirada de ella, vulnerable y triste, le imponía distancia.

—Pero te está sangrando el cuello, esa basura te cortó —dijo el chico revisándole la herida. Al ver que era superficial, se quedó más tranquilo.

—Es poquito, ni siquiera me duele —respondió ella, mientras Sebastián sacaba un pañuelo y le limpiaba la sangre. Luego él se agachó en silencio, le tomó el tobillo y lo levantó para inspeccionarlo—. ¿Qué hacés? Soltame el pie —agregó la joven con vergüenza.

—Está hinchado, te voy a llevar al sanatorio para que te lo curen —le contestó él, en tanto que acariciaba la zona inflamada y pensaba que era la piel más suave que había tocado en su vida.

—Ni se te ocurra, me hice mal de chica jugando al hockey y se me dobla siempre, en mi casa tengo una pomada y una venda elástica. —Mili, que odiaba ir al médico y más cuando no conocía a los profesionales, se alarmó. Además, estaba agotada y transpirada, quería bañarse, dormirse y olvidarse de que esa noche infernal había existido.

—Entonces dame la dirección y te llevo. —Ella lo miró, desconfiada y dudando, y él se sintió nuevamente molesto—. ¿Sanatorio o casa? Vos elegís —dijo el muchacho, mirándola fijo y con las cejas alzadas.

—Sarmiento 1355, pero andá despacio, que recién casi me infartás —respondió la joven ya vencida, con tono entre mandón y quejoso.

—Sabia decisión —acotó él, observándola con ternura. Arrancó nuevamente y comenzaron a desplazarse por las calles oscuras y solitarias, esta vez más lento.

—¿No vamos a denunciar a esos tipos? —preguntó Milagros preocupada,

al tiempo que sentía las luces de neón desplazándose, cada tanto, sobre sus retinas. Él la contempló en silencio por unos instantes y luego bajó la velocidad, sacó su celular y marcó un número.

—¿Hola, policía? Llamo para informar que en la esquina de Scalabrini Ortiz y Corrientes, tres hombres atacaron a una pareja con un arma blanca para robarles... Sí, el chico y la chica pudieron huir, pero los tipos quedaron ahí y pueden atacar a otras personas... Mi nombre no importa, pero vayan rápido si quieren atraparlos. —Cortó y dejó el celular, luego se masajeó el cuello con gesto cansado.

Milagros lo miró curiosa.

—¿Por qué no quisiste decirles tu nombre?

—Ya te dije, no quiero tener que pasarme toda la noche declarando, y menos por culpa de unas lacras como esas.

Ella se quedó callada, luego lo miró con ojos tímidos y admirados y le preguntó:

—¿Cómo hiciste para...? —Él la observó, interrogante—. Digo..., esos golpes tan fuertes y raros que le diste al gordo y al de melena... ¿Qué fue eso?

Él sonrió con tristeza, en tanto que meneaba la cabeza.

—Son golpes de karate, soy cinturón negro. En realidad, el karate no debe ser usado para atacar, solo para defenderse —dijo tratando de justificarse.

Mili hizo una media sonrisa suave.

—Sí, bueno, te entiendo, pero... ¿lo del pelado qué fue?

Él respondió, molesto: —Ah, no, con ese estaba muy caliente y lo cagué a trompadas.

La chica alzó las cejas ante el comentario que, por un lado, le pareció gracioso y opuesto a lo que había asegurado antes, y, por el otro, algo en su gesto de soberbia, combinado con seguridad y algo de prepotencia, le hizo acordar a Cristian. Después se acomodó la mochila sobre las piernas, para taparse un poco, y dijo:

—Nada de karate para ese, entonces.

—Nada —aseguró él mirando primero sus muslos, ahora cubiertos, y luego su cara con gesto de reproche.

«Solo le falta hacer un puchero —pensó ella—, este tipo es un personaje, casi lo mataron esta noche y él se preocupa porque me tapé las piernas. ¡Bárbaro, soy un imán de tarambanas». Sonrió con ternura y observó que, aun

así, despeinado, transpirado, sucio de sangre y con la camisa rota, seguía siendo el hombre más hermoso que había conocido... y sí, tenía que reconocerlo, también era más lindo que Cristian. Bah, eso le decían sus ojos, no su corazón... Y era valiente, podría haberse ido y haberla dejado sola, pero se había quedado a su lado para defenderla. Era casi milagroso que no hubiese recibido un solo golpe... Iba a tener que averiguar cómo era esa historia del karate para ir ella también, ya que, si había un problema quinientos kilómetros a la redonda, seguro que se le pegaba como una lapa, así que debía aprender a defenderse.

De pronto, ella observó su mano en el volante.

—Tenés los nudillos lastimados —le dijo, tocándolo con suavidad.

A él ese contacto le provocó una corriente de electricidad que le corrió desde la mano hasta la entrepierna. Tratando de disimular su excitación, le respondió:

—No te preocupes, la cara del pelado seguro que quedó peor. —También lo emocionó ese gesto de ternura y preocupación, y el color rojo de sus mejillas cuando retiró la mano, avergonzada. ¿La habría afectado ese contacto tanto como a él? Momentos más tarde, llegaron al edificio en el que ella vivía. «Lo mejor —pensó el joven— va a ser que se baje,irme y no volver a verla en mi perra vida para evitar tentaciones...». Pero no había caso, esa chica lo atraía como el fuego a la polilla, y era cantado que se iba a terminar quemando... Así que, como el idiota incurable que era, paró el auto, se bajó, dio la vuelta, abrió la puerta del acompañante y, pasando un brazo por detrás de la espalda y el otro bajo las rodillas de Milagros, la levantó en el aire.

Ella lo miró, avergonzada y alarmada, mientras se retorció para tratar de apoyar los pies en el piso.

—¿Qué hacés?

—Te llevo en brazos. Con lo hinchado que tenés ese tobillo, no podés apoyarlo hasta que no te lo vea un médico —le respondió Sebas, apretándola contra él para que se quedara quieta, antes de comenzar a caminar hacia el edificio, al tiempo que su perfume de jazmines y el calor que emanaba de su cuerpo lo volvían loco.

—¡Ni sueñes que te voy a dejar entrar a mi departamento! ¡Bajame! —dijo Mili, con tono de enojo y alarma, volviendo a retorcerse para tratar de bajar los pies al suelo.

Sebastián frenó de golpe, con un ataque de furia ¿Otra vez sopa? ¿Hasta

cuándo iba a seguir desconfiando de él? Tenía unas ganas locas de abrir los brazos y dejar que se estampara ese culo redondo y hermoso contra la vereda. En cambio, se contuvo, respiró hondo y le contestó:

—Quedate tranquila, que, con la nohecita que pasé hoy, tenés el traste asegurado.

La chica se puso roja y le gritó con furia:

—¡Sos un ordinario!

—¡Y vos una hinchapelotas! —le retrucó él, con el mismo tono de enojo.

—Y si soy una hinchapelotas, ¿qué hacés al lado mío? —volvió a gritarle ella, con el ceño fruncido y contemplándolo con fijeza.

—¡Es lo que me estuve preguntando toda la noche! — contestó él, con un tono entre enojado y resignado.

Y así se quedaron, estancados en medio de la vereda y mirándose a los ojos con furia. Eso duró unos segundos, hasta que a él la situación delirante y la cara de enojo y confusión de ella, le provocaron un ataque de risa tan grande que casi la termina estampando en la vereda de verdad. Milagros lo observó, primero asombrada, como si se hubiera vuelto loco, pero luego comenzó a reírse a carcajadas ella también, tanto que tuvo que sostenerse fuerte de su cuello para no caerse.

—Vamos, sacá la llave y abrí esa puerta de una buena vez, que me estoy acalambrando —le dijo él entre risas.

—¡Pues te jodés, te dije que me bajaras! No soy livianita, ¿sabés? —le respondió ella, ofendida, porque ese «acalambrando» le sonó a pesada, y pesada le sonó a gordita, todo en uno. Ese tipo era una bestia, pensó mientras rebuscaba las llaves en su mochila.

—No quise decir que eras pesada, pero digas lo que digas y, aunque me acalambre hasta las pestañas, no pienso bajarte hasta que no estés cómoda e instalada en tu casa, ¿Estamos? —le aseguró él, leyéndole el pensamiento y con tono conciliador—. Sos una plumita —agregó, en tanto que pensaba: «Una plumita bonita, tibia, mullida y suave», pero eso no se lo dijo, porque ahí sí que se iba a querer bajar. Igual, con la excusa de alzarla más arriba, la apretó de nuevo contra su cuerpo.

Eso de «plumita» le había gustado más. Después de todo, pensó Milagros, no se vive dos años en el ambiente del modelaje sin convertirse en una coqueta incurable, y «gordita» es el peor insulto que un hombre le podía hacer a una mujer, y más si era uno lindo como ese. Mientras tanto, iba

abriendo primero la reja y luego la puerta del pasillo central. Una vez que estuvieron en el ascensor, apretó el botón «Piso 3» y subieron, ella siempre en brazos de él, que ya mostraba señales de cansancio. «¿Se fumó un caballero andante? ¡Que se jorobe!» continuó pensando ella, en tanto que, por un lado, evitaba mirarlo para no sentir más vergüenza que la que ya le daban esas manos cálidas sobre la piel desnuda de sus muslos y su espalda, y, por el otro, ponía la llave y abría la puerta para que entraran a su departamento.

Al entrar, la calidez del ambiente lo envolvió. Olía a jazmines, como ella, y todo estaba limpio, ordenado e impecable. Lo único que rompía ese orden perfecto eran los libros y fotocopias desparramados sobre las mesas del living y la cocina, cuyos títulos leyó de soslayo: *Anatomía I y II*. ¿Así que estudiaba Medicina? Con razón le gustaba curarse sola. Él paseó la vista a su alrededor; los muebles eran sencillos y sobrios, de estilo antiguo y de madera; no había adornos, solo plantas de interiores y portarretratos también de madera rústica. Después vio un sillón grande y cómodo, color manteca, y con cuidado la acostó ahí, colocándole un almohadón bajo el tobillo hinchado. Luego, le sacó la mochila y, metiendo su mano dentro, comenzó a rebuscar.

Milagros se enderezó alarmada y trató de levantarse para quitársela.

—¿Qué hacés con mi mochila? ¡Dámela, eso es invasión de la privacidad!
—le dijo, molesta y avergonzada.

El muchacho le puso una mano sobre el estómago y volvió a recostarla, luego sacó el teléfono de ella de adentro de su bolsa.

—Quedate quieta ahí, buscaba tu celular para cargarlo, ya que, si querés llamar al médico, estás incomunicada —le respondió con tono tranquilizador.

Ella lo miró enojada.

—¿Y vos cómo sabés que no tiene carga? —Sebas alzó las cejas con gesto pícaro—. ¡Espión! —continuó Mili, cruzándose de brazos.

—Vamos, decime dónde tenés el cargador —le pidió él, mientras abría los cajones del bajomesada buscando dentro de ellos.

—Perdón, ¿alguna vez te enseñaron el concepto de «propiedad privada»? —ironizó ella, con tono seco y asomándose por encima del espaldar del sillón.

—Y sí, pero se ve que no lo aprendí —respondió él, con tono de sorna, en tanto que sacaba un cargador del último cajón, lo conectaba al celular y lo enchufaba—. ¡Listo! ¿Dónde tenés gasa y antisépticos? —continuó el chico, colocándose las manos en la cintura y mirando hacia todas partes.

La muchacha respondió sin pensar.

—En el baño. —Al ver que él se metía en el pasillo que comunicaba a su habitación, se levantó y salió rengueando detrás de él—. ¡Ni se te ocurra que te vas a meter a mi pieza! ¡Volá, andate a tu casa! —le gritó, señalando hacia la puerta de salida.

—¿Qué hacés? ¡Te dije que no apoyaras el pie en el piso! —le dijo él, mientras la alzaba en brazos y la recostaba, esta vez en la cama de una plaza y media, cubierta por un cubrecama de raso color beige.

—¡Vos qué hacés! —le gritó Mili, enderezándose. Estaba asombrada del grado de invasión de su privacidad que había adoptado ese buen hombre.

Sebastián se agachó al lado de la cama y le dijo con voz calma.

—Te voy a decir lo que voy a hacer: voy a prepararte la tina, te vas a bañar y después te voy a desinfectar y cubrir esa lastimadura del cuello y a curarte y vendarte el tobillo. Cuando estés tranquila, limpia, curada y dormida, ahí me voy, pero mañana vuelvo con un médico para que te revise bien.

El tono suave y seguro y la mirada tierna que lo acompañó, llegaron al alma de la chica, que lo miró fijo a los ojos y le preguntó con tristeza:

—¿Por qué?

Él la observó en silencio por unos instantes, en tanto que pensaba: «Porque sos la cosa más hermosa que vi en mi vida; porque tu timidez, tu terquedad y tu valentía me llegaron al alma y me la taladraron; porque en estas poquitas horas desde que te conozco me llenaste el cuerpo y el corazón de emociones y sensaciones que no había sentido nunca, y no me dejaste espacio para nada ni nadie; porque no sé por qué mierda se me aprieta el estómago si pienso que me tengo que alejar de vos». Pensó todo eso, pero, de nuevo, no se animó a decírselo, ya que presentía que la iba a asustar, porque seguía viendo en la mirada de ella una tristeza infinita, un recelo que ponía distancia y levantaba una barrera que iba a ser muy difícil cruzar. En cambio, le respondió:

—Porque me siento responsable por lo que te pasó. Si yo no te hubiera dicho esa burrada, no hubieses salido corriendo sola de la fiesta y estas cosas no te hubiesen sucedido.

Milagros se puso roja de vergüenza y miró hacia abajo, antes de interrogarlo.

—¿Por qué me dijiste eso?

Él se sentó junto a ella en la cama, le colocó un dedo bajo el mentón para contemplarla y comenzó:

—Hace dos semanas fuimos a navegar por el delta con mis amigos Lucas y Tomás, los que estaban conmigo en la fiesta. Ellos tenían un evento en una isla y estaban trajeados, y yo, para hacerles una broma, hice un viraje brusco con el timón y los mandé al agua...

—¡Lindo amigo sos vos, ¿eh?! —lo interrumpió Mili, sonriendo—. Pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo...

—Todo. Ellos querían vengarse haciéndome una broma más pesada, así que me llevaron al desfile con la excusa de que tenía que conocer a la chica más linda de Argentina, vos...

—¡Qué exagerados! —dijo ella, meneando la cabeza con incredulidad.

—Para nada, después me dijeron que eras prostituta y que cobrabas mil dólares la noche y me animaron a que te encarara, para vengarse con tu rechazo.

—¡Y vos, por supuesto, les creíste! —Se cruzó de brazos ella, molesta y ofendida.

—Bueno, tampoco estabas vestida como una carmelita descalza... —le respondió él, con tono irónico y a la defensiva.

—¡Ay, pero qué ordinario! ¡Uno no es lo que lleva puesto, ¿sabés?! ¡Además, yo tenía que usar este vestido horrible por contrato, para promocionarlo! —le gritó ella inquieta y, tomando la otra punta del cubrecama, se envolvió y se tapó hasta el cuello. Luego volvió a mirarlo furiosa—. Y después de todo, por más que les hayas creído, ¿vos acostumbrás pagarle a las mujeres para tener sexo? ¿Tan poco hombre te consideras que no podés conquistarlas como corresponde?

Ahora el ofendido, que comenzó a espetarle cerca de la cara y con el dedo en alto, fue él. Eso de «poco hombre» le había caído como una patada al hígado.

—¡Jamás! ¿Me escuchás? ¡Jamás le pagué a una mujer para que se acostara conmigo! ¡No tengo necesidad, ¿sabés?! ¡Las minas se me regalan gratis!

—¡Soberbio, prepotente, creído! Y si eso es cierto, ¿por qué me querías pagar a mí? —Mili se enderezó y se lo gritó en la cara, enfurecida.

Él pensó: «Porque me calentaste tanto la sangre que no podía esperar para conquistarte», pero no se lo dijo. En cambio, se paró, se pasó la mano por el cabello, nervioso y confundido, la observó fijamente y le respondió:

—No sé, estaba medio borracho y te vi tan linda... Fue un momento de boludo... Después me arrepentí, pero ya era tarde.

Milagros lo escudriñó de soslayo, también más tranquila y le dijo con ironía:

—¡El alcohol, la eterna excusa de los hombres para justificar los desatinos que hacen! Igual juraría que mi cachetazo tuvo bastante que ver con tu arrepentimiento —finalizó con tono pícaro.

—Tenés una derecha contundente —reconoció él, sonriendo y frotándose la mejilla—. Pero no, de verdad que nunca lo había hecho, se ve que fuiste una tentación muy grande... —agregó, contemplándola con ternura.

Ella lo observó, avergonzada y dudosa.

—¿De verdad me hubieras pagado mil dólares? ¡Qué estupidez! ¡Yo como un mes entero con ese dinero! —dijo, reflexionando y alzando las manos con tono de asombro.

—Bueno, si cambias de idea, avísame —comentó él con tono de broma, pero pensando que, por ella, hubiese sido capaz de pagar diez veces más. Luego fue hasta el baño, puso a llenar la bañera, revolvió el botiquín, sacó gasas, Pervinox, cinta hipoalergénica y una pomada que decía «Calmaflex» y volvió a la habitación con gesto triunfante—. Acá encontré todo, solo me falta la venda elástica para el tobillo, ¿Dónde la guardás? —preguntó el muchacho, comenzando a mirar hacia todas partes con intención de seguir buscando.

—¡Alto! ¿No te cansás de husmear en la privacidad ajena? La venda está en el cajón de mi ropa interior, y ni se te ocurra que te voy a dejar meter los garfios ahí! —explotó Mili, comenzando a bajar de la cama.

Él fue hacia ella y volvió a recostarla.

—No te muevas. Vamos a hacer una cosa, yo meto la mano en el cajón sin mirar y cuando toque algo rugoso, lo saco. —Fue hasta el *placard*, abrió la puerta, encontró los cajones y, mirándola fijo, metió la mano en el primero, tanteó y sacó la venda elástica y una bombacha blanca con gesto victorioso.

—¡Esa es una *vedetina*, animal! —aulló Mili, molesta y avergonzada—. ¡Dámela ya mismo!

—Seguro, la vas a necesitar después del baño —dijo él, alcanzándosela—. ¿Y el camisón? A ver... —continuó buscando debajo de su almohada y, segundos después, sacó un camisón blanco con florcitas rosas—. ¡Bingo!

—¡Dejá eso! —lo amonestó ella, luego le dio un manotón y se lo quitó de las manos—. ¿Cómo supiste que las cosas estaban en esos lugares? —agregó con el ceño fruncido.

—Porque las mujeres son muy predecibles, además, tengo dos hermanas mayores —aclaró Sebastián, con una sonrisa pícara, antes de ayudarla a incorporarse y llevarla hacia el baño—. Te estoy llenando la tina, ahora te vas a bañar para que yo pueda curarte. —La dejó parada en la puerta, colgó la toalla y el camisón del toallero, probó la temperatura del agua, cerró la canilla y le dijo—: Princesa, su baño.

Ella lo miró con ojos redondos y asombrados, no podía creer que tuviera tanta desfachatez:

—¡Fuera de «mi» baño! —gritó, resaltando el mí y señalando hacia afuera.

—Tus deseos son órdenes —le respondió él, se inclinó respetuosa y burlescamente y se retiró.

Mili cerró la puerta y puso llave, no fuera a ser que a ese metiche se le diese por espiarla. Luego se desvistió, se ató el cabello en un rodete alto, y tanteó la temperatura del agua con el pie. Estaba perfecta. Se sumergió, dejando el tobillo hinchado para lo último. ¿Qué estaría haciendo ese sinvergüenza? De seguro estaba recostado en «su» sillón y mirando «su» televisión... Su caradurez no tenía límites... Bueno, tampoco tenía que ser tan dura... A pesar de que había estado pésimo y la había avergonzado al principio, después se había portado muy bien... Eso sí, si su madre se enteraba que había metido a un desconocido a su departamento, se infartaba de una. Sintió la cabeza transpirada y decidió lavársela, así que, tapándose primero la nariz, se sumergió por completo. Luego emergió, se puso champú y comenzó a masajearse el cuero cabelludo con energía.

Mientras tanto, Sebastián recorría el departamento, observando atentamente las imágenes que poblaban los portarretratos para tratar de saber más de ella. Sobre el televisor, una foto más grande mostraba, en un primer plano, a Mili sonriendo feliz en medio de dos jóvenes, casi adultos, que también reían, con sus mejillas apretadas a la de ella. Uno era más morocho y parecía el más grande, pintón, de ojos café, cejas anchas, dientes parejos y nariz grande. El otro era la cara de ella, pero con ojos celestes, pelo rubio más oscuro y bastante mayor que la chica. Por el parecido, si no eran hermanos, eran primos. La foto siguiente le aclaró las dudas. Allí aparecía Milagros de niña, no tendría más de seis años, rodeada por los mismos muchachones y dos adultos, cantado: eran los hermanos y los padres. El hombre tenía el cabello matizado de canas, el rostro cuadrado y unos hombros robustos, pero los ojos eran de un verde inconfundible e idéntico al de la muchacha. La mujer, de

piel trigueña y cabello rubio oscuro, teñido de seguro, a juzgar por las canas que mechaban sus raíces, tenía las facciones más delicadas. Por el parecido, era, sin dudas, la mamá de Mili, pero los ojos eran marrones y los labios más finos. ¿A quién habría sacado ella esa boquita tan rellena y tentadora? Todos sonreían, abrazados y con el mar de fondo. Eran una familia de gente hermosa disfrutando sus vacaciones. A juzgar por las canas y las arrugas de los padres, que tenían aspecto de cincuentones, y la diferencia de edad con sus hermanos, llegó a la conclusión de que su princesita era una «hija de la vejez», mimada y consentida. ¡Con razón era tan caprichosa! Sobre la mesa del living había cuatro fotos más. En la primera Milagros sostenía en brazos a una bebé preciosa. ¿Tendría una hija? El corazón comenzó a golpearle muy fuerte, pero en la segunda se le aclararon las dudas y recuperó la tranquilidad. La misma bebé, en brazos de una joven de cabello castaño con rulos, que era abrazada por el hermano mayor, el morocho. ¿Así que ya tenía una sobrinita?

La última foto lo dejó paralizado. Sobre una moto deportiva roja, se veía a Milagros, en los inicios de la adolescencia, no tendría más de catorce o quince años, con un chico que debería tener más o menos la misma edad y que, salvo en el color de los ojos, se parecía muchísimo a él, o a como él era a esa edad. ¡Con razón ella lo observaba en la fiesta, debió haber notado el parecido! Y él, como un boludo, pensó que era porque se lo quería levantar. Ella estaba sentada detrás del muchacho y los dos tenían los cuerpos inclinados uno a cada lado, con el torso girado hacia el otro, mirándose a los ojos y sonriendo; vio tanto amor en la mirada de la chica que el alma se le fue al piso. Por si le quedaban dudas de la relación que la unía al otro, en la siguiente foto, en un primer plano de perfil, aparecían abrazados y besándose con los ojos cerrados, y, por si fuera poco, Mili tenía una mano apoyada en la mejilla del infeliz ese, como acompañando el beso con una caricia. Ahora sabía por qué no le prestaba atención a nadie: ella tenía un novio al que, sin dudas, amaba, esperándola en algún lugar. Se quedó mirando fijo la imagen, con un nudo en la garganta y unas ganas enormes de sentarse en el suelo y llorar, o de meterse en la foto, agarrar a ese pibe, separarlo de ella y molerlo a trompadas. Al final, no le quedaron fuerzas ni para embromarse, y se sentó en el sillón, absoluta y definitivamente derrotado.

Era mejor así, él nunca debió haberse olvidado de que se iba a casar con Elena dentro de dos meses. Durante siete años habían sido novios, y las madres de ambos venían preparando la fiesta de bodas desde hacía más de

diez meses. Debería estar feliz. Elena era la mujer perfecta para él, bellísima, aunque no tanto como Milagros, culta, elegante, inteligente, habían asistido a la misma escuela, se habían criado en los mismos círculos y sus padres eran socios accionarios en varias empresas. Su único defecto era su excesiva conciencia de clase. Trataba con desprecio o indiferencia a todos los que no pertenecían a su grupo social y eso, a veces, lo fastidiaba y avergonzaba. Pero siempre había sido muy comprensiva con él. Durante años habían llevado una relación muy libre, saliendo cada uno con sus respectivos amigos. Ella también había hecho la vista gorda con sus infidelidades, que habían sido muchas, y él estaba seguro de que se había enterado de unas cuantas. Sin embargo, jamás le había dicho nada. Sospechaba que, alguna vez, Elena también le había sido infiel, pero él era el menos indicado para reprocharle nada. Podía ser muchas cosas, pero no hipócrita.

Igual, le hubiese gustado que, alguna vez, su novia lo contemplase con los mismos ojos de adoración con los que Milagros miraba a ese chico, pero vamos, nadie puede pedir aquello que no es capaz de dar y, siendo sincero, él nunca había amado de verdad a ninguna mujer, ni siquiera a su novia. Y ahora, cuando se había cansado de buscar algo que ni siquiera sabía lo que era, cuando se había resignado a casarse y sentar cabeza con la chica más conveniente y adecuada, aparecía Milagros y, como un tsunami, le daba vuelta el mundo de cabeza y lo hacía olvidarse de todo, de su familia, de sus compromisos y de sus obligaciones. Quería creer que lo que tenía era una tremenda calentura, que se le iba a pasar en cuanto lograra acostarse con ella, pero esa ensalada de sentimientos encontrados, que se le habían mezclado adentro desde el primer momento en que la vio y la fuerza con la que casi podía sentir correr la sangre en sus venas cuando la tenía cerca, lo hacían sospechar que era algo mucho más fuerte, mucho más profundo, lo que lo ataba a ella como una cadena de acero.

¿Eso sería amor? Nunca lo iba a saber porque Milagros no iba a dejar a ese chico ni por él ni por nadie, y ¡vamos!, salvo que el tipo fuera un pelotudo atómico, tampoco iba a soltarla así nomás.

¿Para qué carajos había aceptado ir a ese desfile de mierda? Si sus amigos supieran lo redondita que les había salido la venganza, se revolcarían de la risa.

Estaba enterrado en la autoconmiseración, cuando escuchó abrirse la puerta del baño, y atraído como el metal a un imán, fue hasta su habitación y golpeó

con suavidad, antes de preguntar:

—¿Se puede?

—Sí, pasá —respondió la chica con timidez.

Él entró y la vio, descalza, parada sobre la alfombra, con la cara lavada, el cabello envuelto en un toallón en forma de turbante y enfundada en un camisón blanco y gastado, que le llegaba a la rodilla, sin mangas, con florcitas y botones rosa, y cerrado hasta el cuello. Aun con ese trapo anticuado y mojugato, que contrastaba con el vestido infartante que llevaba cuando la conoció, estaba preciosa. ¿Desde cuándo él le prestaba tanta atención a las ropas? Desde que eran de ella. «Corazón, estás bien muerto», pensó, parodiando al poeta. Luego, tomándola del brazo y llevándola hacia la cama, le dijo:

—Vení, acostate acá, así te curo.

Ella se recostó, obediente, y él retiró la almohada para poder verle mejor la herida del cuello, tomó el Pervinox, que había dejado sobre la mesa de luz, y mojando una gasa desinfectó el corte.

—¡Ay, que me arde! —se quejó Mili, frunciendo el ceño.

—Aguantá, que ya termino —le pidió él, mientras tomaba una gasa limpia y, coloándola sobre la herida, la pegó con la cinta—. Ya está, quedaste un pimpollo —agregó mirándola a los ojos y sonriendo con tristeza—. Ahora le toca a tu pie —continuó, tomando la pomada, se sentó a sus pies y levantó con cuidado el tobillo hinchado, para colocarlo sobre su pierna.

—¿Qué hacés, nene? —dijo ella, avergonzada ante el contacto y flexionando la rodilla para apartarse de esa mano toquetona e invasiva.

—Masajes con un antibiótico desinflamatorio. ¿No ves? —respondió él molesto, después volvió a tomarla de la pantorrilla para no hacerle mal y le estiró la pierna hasta volver a colocar el talón sobre su muslo, con firmeza—. ¡Quedate quieta, que te vas a hacer mal! No te voy a hacer nada malo, quiero curarte nada más —agregó, en tanto que comenzaba a masajear suavemente el tobillo con la pomada—. Está cada vez más hinchado, yo no lo vendaría ahora que está en reposo, pero mañana sin falta te llevo a hacer una resonancia. Se te está empezando a formar un hematoma, eso quiere decir que podrías tener algún ligamento roto.

—¿Y vos cómo sabés todas esas cosas? —preguntó ella, alarmada y curiosa.

—Porque me rompí dos ligamentos jugando al fútbol y me tuve que pasar

tres meses enfrascado en un yeso —le respondió él, alzando las cejas y volviendo a colocar el pie sobre la cama con cuidado.

—¡Ay, no, la boca se te haga a un lado, me muero si tengo que pasarme todo ese tiempo enyesada! —dijo Mili, abriendo los ojos como platos, luego se sentó en la cama para inspeccionar mejor su tobillo.

—No te amargués, a lo mejor no es tan grave, pero me juego un ojo de la cara que una distensión de ligamentos tienes seguro —comentó él acariciándole el empeine.

—¿Y eso qué es? ¿Cómo se cura? —preguntó Mili, ansiosa y curiosa.

—Cuando el ligamento se estira, pero no se rompe. Ahí te ponen una bota ortopédica por tres o cuatro semanas y quedás como nueva —le contestó él, masajeándole ahora la pantorrilla.

—Pensar que estoy estudiando justo Anatomía y no sabía todo eso, ¡Qué vergüenza! —dijo la chica mirando hacia abajo—. ¡Ey, dejá de tocar que ya me curaste! —agregó, frunciendo el ceño y tratando de flexionar de nuevo la pierna para alejarla.

—Bueno, señorita arisca —dijo él, al instante se levantó y dejó la crema sobre la mesa de luz. Al hacerlo vio la foto. El mismo chico parecido a él, pero con ojos color miel, sonreía con calidez a la cámara desde un frío portarretrato. Se quedó quieto, observándolo, luego miró fijo a Milagros y le preguntó—: ¿Quién es?

—Cristian —le respondió la joven, contemplando la imagen con enorme tristeza y desamparo.

—¿Es tu novio? —volvió a interrogarla, inquieto, preguntándose por qué ella se había angustiado tanto de golpe.

—Era —respondió ella tomando la foto, después la besó y la cobijó contra su pecho.

—¿Te peleaste? —quiso saber él, ¿Por qué era tan bestia de poner el dedo en la llaga cuando veía que ella estaba sufriendo?, se cuestionó a sí mismo.

—No —respondió Mili con un hilo de voz y las manos temblándole de modo incontrolable en tanto que apretaba el portarretrato.

Él sabía que había llegado la hora de quedarse callado, que ella estaba al límite de cruzar un camino doloroso y terrible que él desconocía, pero el deseo morboso de saber y los celos lo impulsaron a seguir.

—¿Entonces?

—¿No entendés? ¡Está muerto, se murió hace cuatro años! —le espetó la

chica, angustiada, con todas las tensiones de esa noche acumuladas detrás de sus ojos. Después, bajando la cabeza, comenzó a llorar con desconsuelo.

Él se quedó mirándola, como atontado, sin saber qué cuernos hacer. Podía lidiar con su furia, pero no con su dolor. Su dolor lo desarmaba tanto que él también sentía ganas de llorar... Esa era la tristeza en su mirada, la que tanto lo había atraído... Desde un primer momento, había podido leer una intensa pena en el fondo de sus ojos y había deseado protegerla, pero lo que Mili sufría era el dolor de la muerte y, contra él, estaba tan indefenso como ella.

Hizo lo único que podía hacer en ese momento, se sentó a su lado en la cabecera y la abrazó, murmurándole palabras de consuelo y acariciándole la espalda hasta que, cuando creyó que no iba a poder seguir escuchando ese llanto desgarrador, ella se quedó sin lágrimas y, con un hondo suspiro, se fue durmiendo lentamente. La acostó despacito, para no despertarla, la tapó y se quedó con las pupilas fijas en su rostro de pestañas húmedas y mejillas rojas y llenas de surcos. Con cuidado, le fue desenroscando el toallón del pelo y se lo sacó para que estuviese más cómoda, al igual que al portarretrato, que continuaba apretando aún en sueños.

Era la hora de volar, de correr, de huir bien lejos. Si de algo estaba seguro era de que ella era una buena chica. No podía ilusionarla para después hacerla sufrir casándose con otra, y más sabiendo por lo que había pasado, y tampoco podía dejar colgados a Elena y a toda su familia cuando estaban a punto de casarse. Tenía que irse bien lejos... Lejos de Milagros, de su belleza, de su valentía, de su perfume, de su dolor y de su desamparo. Pensó todo eso, pero, con esa terquedad y decisión que solo es capaz de dar un gran amor, se fue acostando despacito de costado y le clavó la mirada. Quería grabarse su rostro en la retina para toda la eternidad. Si lo logró o no, nunca lo supo porque, agotado por las intensas emociones que había vivido a lo largo de esa mágica y fatídica noche, y tomando las manos de ella entre las suyas, se quedó él también profundamente dormido.

¿Puede el amor de un hombre honesto restaurarlo todo? ¿Incluso un alma rota?



Bárbara, a raíz del divorcio de sus padres, comprendió de forma cruel que los cuentos de hadas con final feliz son solo fantasía. La niña mimada que fue, de pronto se vio expulsada de su maravilloso palacio de cristal, para quedar a la deriva y vulnerable en un mar de erróneas decisiones de cuyas consecuencias aún hoy le es imposible escapar, pues para su desdicha, el pasado siempre regresa.

Durante años, creyó tener el control de su cuerpo y emociones, se sintió una mujer madura dueña de sí, pero el desprecio de Ian, un chico atractivo, rico y en apariencia perfecto, resquebrajó su frágil coraza y le recordó la fealdad que en ella se guarda. La sensación de ser solo un objeto carente de valor que se usa y se tira terminó por demoler el poco respeto que tenía por sí misma. Destruída hasta los cimientos e incapaz de erguirse dentro de su caos emocional, jamás sospechó que la motivación necesaria para salir adelante llegaría a través del hombre más remilgado, odioso y frustrante que pudiera existir.

El verdadero príncipe azul no siempre se presenta montado en un espectacular corcel blanco, a veces lo hace a través de una simple llamada de atención.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en Televisa Aguascalientes, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Fabiola Arellano

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-930-0

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

La buena, la mala y yo

Nota editorial

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Epílogo

Nota del autor

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Fabiola Arellano

Créditos